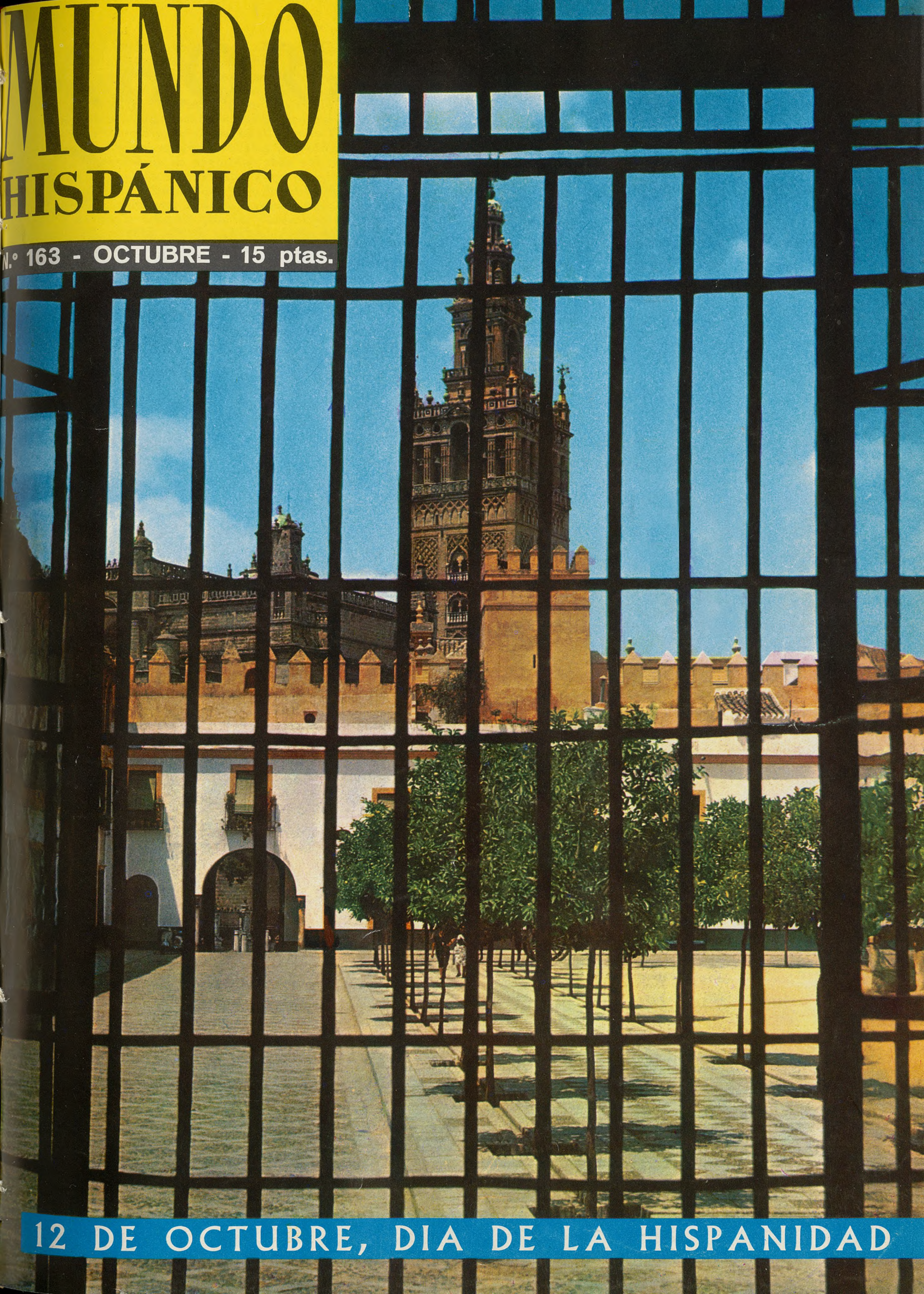


MUNDO HISPÁNICO

N.º 163 - OCTUBRE - 15 ptas.



12 DE OCTUBRE, DÍA DE LA HISPANIDAD

ESPAÑA, GRAN POTENCIA

El Desfile de la Victoria, conmemorativo del XXV aniversario de la Cruzada contra el comunismo, ha dejado una impresión indeleble en los cientos de miles de personas que lo han presenciado. La superación técnica aplicada a las máquinas de guerra tuvo su expresión a lo largo de la Castellana en esa manifestación incomparable de potencia y de unidad. Cuando llegó el Generalísimo Franco a la tribuna, un pueblo vibrante le aclamaba con el mismo entusiasmo que en los días jubilosos de la liberación. Y los 50.000 ex combatientes y alféreces provisionales que desfilaron después ante el Jefe del Estado, curtidos por la lucha ayer, y hoy incorporados a una vida civil activa, son el mejor testimonio de que España sigue en pie en las vanguardias de la defensa de Occidente. Porque no bastaría este moderno material bélico en que se fundamenta la paz de España, si no estuviera manejado por hombres inasequibles al desaliento, mandados por el Capitán del Siglo.

(Sigue en la pág. 63.)

FOTOS EN COLOR HENECÉ



AHORA O NUNCA

POR BLAS PIÑAR

Quizá porque llevo todavía en el alma la impresión de mi último viaje por Hispanoamérica, tengan las líneas que ahora encabezo ese fervor enardecido y novicial del entusiasta. Ya sé que este clima psicológico puede desquiciar las cosas trastocando su sincera objetividad. Pero es cierto, igualmente, que sólo el calor emocionado de la empresa ofrecida sugestión y arrastra con una vocación incontenible y contagiosa.

La situación que atraviesan los países hermanos de la otra orilla aconseja una vez más —y en esta ocasión, sin duda, decisiva— insistir en la tarea hispánica de nuestro pueblo. El español no lo es del todo mientras la dimensión hispanoamericana no le vertebral y estimule, de igual modo que el hispanoamericano sólo puede considerarse como tal en la medida en que lo español le configure y aliente.

Es verdad que somos un país europeo, pero también es verdad que nuestra misión y nuestra influencia en Europa están condicionadas por la entidad del personaje que vamos a representar. Y la experiencia nos dice que en la esfera de las relaciones internacionales ha sido, en gran medida, la solidaridad y el respaldo de Hispanoamérica los que han hecho que nuestro papel sea respetado.

De otra parte, y por lo que ahora nos concierne, lo hispánico renace en nuestra América y no ya como un recuento con las raíces históricas de cada país, sino como una necesidad biológica, como única posibilidad de supervivencia y de plenitud nacionales.

En América se ha perdido la fe en muchos evangelios que sugestionaron con sus baratijas la ingenuidad de ciertos cuadros dirigentes. Nadie espera a estas alturas que la salvación puede operarse desde el Norte. La «nordomanía», como la bautizara con desdén el uruguayo José Enrique Rodó, ha muerto. Sólo quedan como vestigios de la misma algunos grupos desarraigados, incomprensidos por el pueblo e incapaces, por su educación, de entenderle e ilusionarle.

Nadie espera tampoco la salvación de las fórmulas liberales, ni de los juegos políticos de salón, al margen de las inquietudes y de los problemas vivos y acuciantes de la hora. En mis conversaciones con hombres de partido, forjados en la lucha electoral, he intuido de un modo claro que el

sistema no sirve, que el momento actual postula con urgencia un cambio y que es preciso, a pesar de la nostalgia y de la inercia, sustituir los esquemas recibidos.

En ese trance, ante una América hispánica cuya unidad vuelve a probarse por el embanderamiento que en uno u otro campo acaba de producir el fidelismo, la España de hoy no puede estar a la simple expectativa, apoyada en su propio balcón. Lo que está en juego en Hispanoamérica es sagrado. Se trata del ser, del ayer y del futuro de España.

El comunismo ha encontrado, al fin, su versión americana. Las figuras de Stalin o Kruschef carecían y siguen careciendo de fuerza sugestiva, pero Castro es un español criollo, hijo de españoles, alzado en armas en Sierra Maestra enarbolando una doctrina de valor continental. La lucha contra el imperialismo yanqui, la transformación social del país y la independencia de la nación tienen fuerza para levantar a todos y a cada uno de los pueblos de Hispanoamérica.

Lo nacional y lo social han tenido siempre una fuerza arrebatadora sobre las masas. Que después se mancillen las ideas y se hipotequen los movimientos políticos que las utilizaron no arrebató un ápice de verdad a aquella afirmación rotunda y a aquel hecho insoslayable.

El gran error de Norteamérica ha consistido y consiste en estimar que sus fórmulas políticas y económicas son válidas en cualquier latitud y de un modo especial en las naciones hispanoamericanas. Si los Estados Unidos no hubieran supeditado a sus propios intereses los del mundo occidental, es claro que los movimientos nacionales de signo social, con savia a un tiempo hispánica y cristiana, hubieran permitido una evolución distinta de los países de Hispanoamérica.

En naciones en trance de desarrollo, sin capitales suficientes, con un enorme crecimiento demográfico, con una riqueza potencial enorme y con una conciencia clara de las injusticias sociales e internacionales, es necesario, y a la larga inevitable, un régimen de autoridad servido por minorías inasequibles al desaliento, entregadas al ministerio público con una fe intransigente y fanática.

Si esas minorías tienen un concepto sobrenatural de la existencia y están informadas de un espíritu profundamente

cristiano, los sistemas políticos que se instauren en América no caerán en los errores y hasta en los crímenes del nacional-socialismo alemán o del fidelismo cubano, el cual, en última instancia, ha perdido las razones que le justificaron al dar entrada sin reservas, en la dirección del país y en la marcha de la revolución, a los agentes comunistas.

La lección de Cuba es tremenda y exige un rápido aprendizaje. Los esquemas heredados no sirven. Los movimientos y los sistemas de autoridad se imponen. La transformación económica y el cambio de las estructuras sociales ha de producirse. Importa, pues, que estas realidades no sean aprovechadas, como ha ocurrido en Cuba, por los sagaces y avispados del momento, cuya red se extiende, para sacar ventaja, por el Viejo y el Nuevo Mundo.

La observación atenta del momento hispanoamericano pone de relieve que una gran parte de su izquierda popular y revolucionaria milita en ella no por lo que tiene de filocomunismo, sino porque arranca políticamente —aunque sólo sea como juego táctico— de lo social y de lo nacional, entrelazados con una reiterada y machacona exaltación de la lucha contra el imperialismo norteamericano. Hoy, ante el ejemplo del fidelismo, la izquierda popular y revolucionaria de buena fe comienza a sentirse incómoda. Vislumbro que esas banderas no tienen más objetivo que seducirla, movilizarla y levantarla en un episodio pasajero y beligerante, tras el cual la máquina fría, firme, experimentada e inexorable del comunismo organizado, las arrincona y escupe.

De otra parte, un sector escogido y valioso de la juventud cristiana de Hispanoamérica ha comenzado a vivir la tarea pública con espíritu de misión y de heroísmo. Me refiero, claro es, a los grupos nacional-cristianos que estiman como propias las banderas a que antes aludíamos.

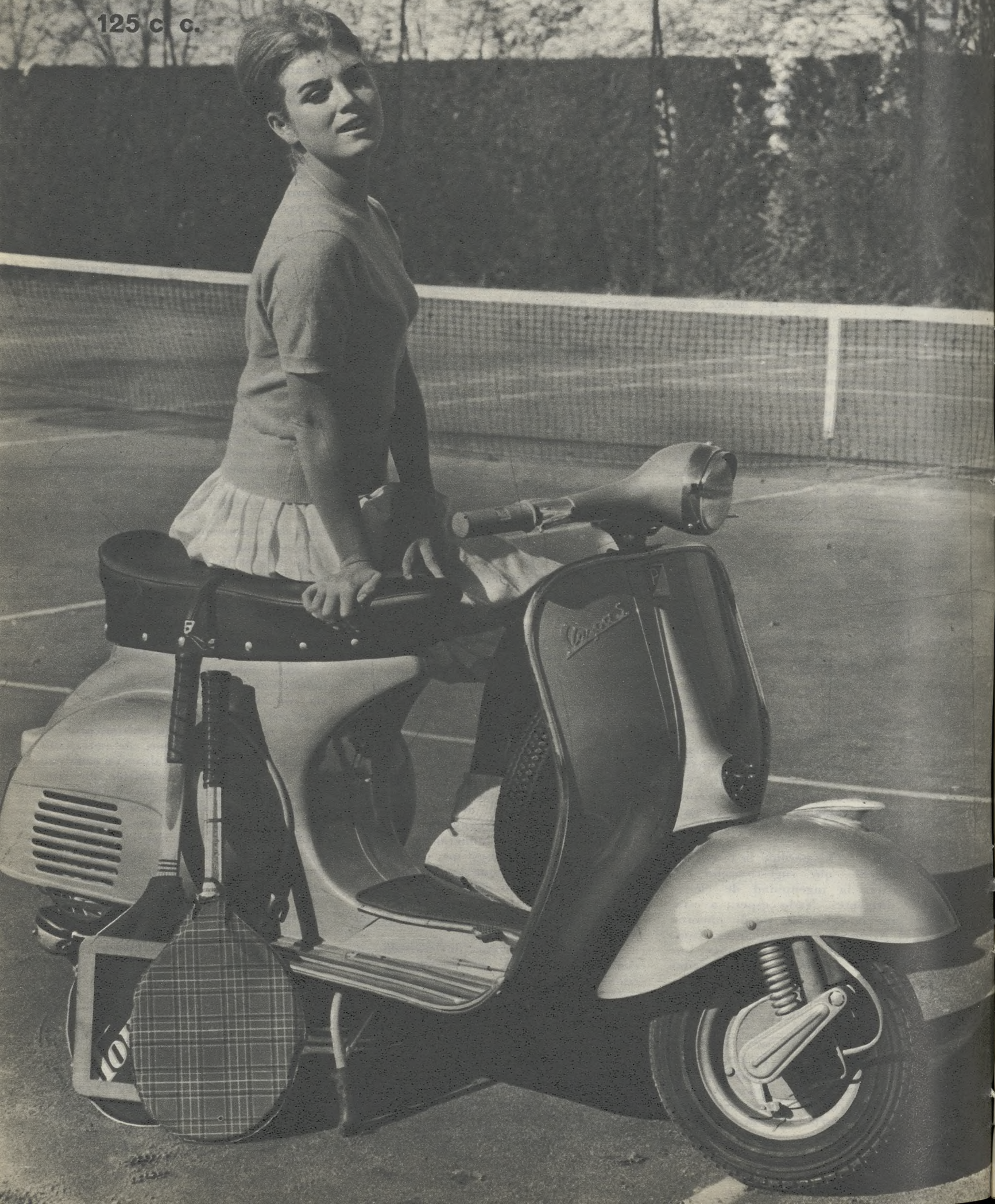
Tengo confianza en que los grupos nacional-cristianos y la izquierda revolucionaria con sentido nacional, llegarán a encontrarse, entenderse y fundirse, y espero que de esa fusión nazcan movimientos políticos nuevos, autóctonos, de entrañable calidad hispánica, que realicen en cada país y en toda América la revolución que exige el tiempo y la hora en que vivimos.

Recuerdo que al oír a José Antonio durante el Consejo de Guerra que acordó fusilarle, uno de los jueces —militante de izquierda— le dijo: «Si hubiéramos conocido antes tu doctrina, ni tú estarías en el banquillo de los procesados, ni yo entre aquellos que te juzgan. Estaríamos juntos, a la intemperie, combatiendo por las mismas ideas.»

Me estremece el pensamiento de que España permaneciera muda e indiferente ante la América hispana convulsa y enardecida de nuestro tiempo y que muchos hombres de la izquierda nacional pudieran un día imprecarnos diciendo que su carrera desbocada y atolondrada hacia el comunismo, fue debido a que España, en su momento, no supo cumplir su tarea hispánica de enseñarles de un modo gallardo, viril y valiente cómo se hace una revolución social y nacional dentro de un orden cristiano.

Vespa

125 c c.



MUNDO HISPÁNICO

Director: FRANCISCO LEAL INSÚA
Subdirector: SALVADOR JIMÉNEZ
Redactor-Jefe: JOSÉ GARCÍA NIETO

NÚMERO 163 - OCTUBRE 1961 - AÑO XIV - 15 PESETAS

Depósito legal M. 1.034-1958

SUMARIO

PÁGS.

Reja sevillana. (Portada en fotocolor de Henece).....	1
España, gran potencia. (Fotocolor Henece).....	2 y 63
Ahora o nunca. Por Blas Piñar.....	3
Sobre política cultural. Por José M. ^a del Rey.....	5
Madrid, capital de las Españas. Por Ernesto La Orden Miracle.....	7
Don Julio Casares: lingüista y lexicógrafo, diplomático y músico. Por Ziro Pabón Núñez.....	13
La campaña a favor de la pureza del idioma. Por Eduardo Marco.....	16
Los Reyes Católicos, fundadores de América. Por Grego- rio Prieto.....	19
La Hispanidad, hoy. Por Ernesto Palacios.....	22
Canto a la Hispanidad. Por José García Nieto.....	24
A la busca de una Sevilla sin tópico. Por Francisco Leal Insúa. (Fotocolor Henece).....	26
Las estancias de Colón en Sevilla. Por Santiago Montoto.....	33
Huelva, la orilla de las tres carabelas. Por Jesús Yagüe.....	36
El Uruguay: tierra ande naide es más que naide. Por Car- los Lacalle.....	38
Objetivo hispánico.....	41
El Centro de Investigaciones Biológicas. Por el Dr. Octavio Aparicio.....	42
La palabra Hispanidad tiene veintiún siglos de uso. Por Nelly Cortés.....	46
Riesgo y esperanza del cine español. Por Manuel Orgaz.....	50
Páginas de la mujer. Por Helia Escuder.....	53
Francisco Franco, Caudillo de la Paz. Por Luis López Anglada.....	55
Portugal asume su destino. Por J. L. Gómez-Tello.....	56
La raíz al aire.....	57
Heráldica. Por Julio de Atienza.....	60
Pasatiempos. Por Pedro Ocón de Oro.....	61
Consultorio de decoración. Por José M. ^a Toledo.....	62

DIRECCIÓN, REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

Avenida de los Reyes Católicos, Ciudad Universitaria. Madrid (3)

TELÉFONOS

Dirección.....	244 02 48
Redacción.....	244 06 00
Administración.....	243 92 79

DIRECCIÓN POSTAL PARA TODOS LOS SERVICIOS

Apartado de Correos 245 - Madrid

EMPRESA DISTRIBUIDORA

Ediciones Iberoamericanas (E. I. S. A.), Oñate, 11 - Madrid (20)

IMPRESO EN LA FÁBRICA NACIONAL DE MONEDA Y TIMBRE

ENTERED AS SECOND CLASS MATTER AT THE
POST OFFICE AT NEW YORK, MONTHLY: 1961
NUMBER 163. ROIG. NEW YORK "MUNDO HISPÁ-
NICO". SPANISH BOOKS, 576, 6th Ave. N. Y. C.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

ESPAÑA.—Semestre: 85 pesetas.—Año: 160 pesetas.—Dos años: 270 pe-
setas.—Tres años: 400 pesetas.

AMÉRICA.—Año: 5 dólares U. S.—Dos años: 8,50 dólares U. S.—
Tres años: 12 dólares U. S.

ESTADOS UNIDOS Y PUERTO RICO.—Año: 6,50 dólares U. S.—Dos
años: 11,50 dólares U. S.—Tres años: 16,50 dólares U. S.

EUROPA Y OTROS PAÍSES.—Año: certificado: 330 pesetas; sin certi-
ficar, 270 pesetas.—Dos años: certificado, 595 pesetas; sin certi-
ficar, 475 pesetas.—Tres años: certificado, 865 pesetas; sin certi-
ficar, 685 pesetas.

NOTA.—En los precios anteriormente indicados están incluidos los
gastos de envío por correo ordinario.

ARTÍCULOS EJEMPLARES

SOBRE POLÍTICA CULTURAL

Por JOSÉ MARÍA DEL REY

*Ningún artículo de vocación hispánica más adecuado para
reproducir hoy en esta sección que el publicado por el hispanista
uruguayo señor Del Rey en El Bien Público, de Montevideo.*

En los últimos tiempos, sobre todo, hemos oído hablar mucho de política cul-
tural. Por la forma como generalmente se habla nos parece que son muy
pocos los que saben en realidad de qué se trata. En esto de la política cultural,
de las relaciones culturales con otros países, junto a mucha improvisación
y tanteos existe no menor frivolidad y, con lamentable frecuencia, mucho
más ruido que nueces. Aquí del refrán: «No es oro todo lo que reluce».

Por esta razón quisiéramos dedicar algún o algunos artículos para examinar
qué sea o qué deba ser una política cultural, cuáles sus fines y medios, cuáles
sus más adecuados instrumentos. Quede para otra ocasión próxima.

En este artículo y en cierto sentido como introducción o prólogo, y acaso
como ejemplo para lo que nos proponemos abordar, queremos referirnos a
dos beneméritas instituciones que a lo largo de varios años han cumplido
en los medios intelectuales rioplatenses una labor cultural constante tan
meritoria como ejemplar y fecunda. Se trata de la Institución Cultural Espa-
ñola y del Instituto Uruguayo de Cultura Hispánica.

Nos adelantamos a dejar constancia de que no pretendemos hacer histo-
ria, y mucho menos historia completa; es decir, sin omisiones o lagunas,
sino más bien escribir algo así como unos comentarios marginales. Y si
alguna vez nos resolvemos a poner algunos nombres, entiéndase que lo ha-
cemos para que nos sirvan como de apoyaturas para lo que vamos diciendo,
y no para encumbrar justamente a unos y olvidar injustamente a otros. Por
otra parte, casi no sería necesario advertir que si escribimos sobre algo, ello no
puede ser sino desde una perspectiva y desde unos recuerdos. Nada más grato
nos sería que otros, desde su perspectiva y con sus recuerdos, completasen
lo imperfecto de nuestra visión personal. Pero no se pretenda de nosotros
que nos instalemos o escribamos desde recuerdos o perspectivas ajenas. Nada
tan imposible.

LA INSTITUCIÓN CULTURAL ESPAÑOLA

Antes de referirnos a lo realizado por la Institución Cultural Española
del Uruguay, nos parece muy ilustrativo y oportuno preguntarnos por la
razón misma de su fundación. Ocurre siempre lo mismo: un propósito funda-
mental o fundacional (que con el tiempo se cumple o se frustra o se tuerce)
y en la raíz misma y ya en la misma hora primera, un hombre de valor excep-
cional y egregio. Ambas condiciones se cumplen de un modo pleno y cabal
en la Institución Cultural Española.

Don Avelino Gutiérrez, destacado médico español con larga residencia en
Buenos Aires, hombre de clara inteligencia, sólida formación y férrea voluntad,
nacido en la misma provincia española que dio a la cultura universal nombres
tan ilustres como los de José María de Pereda y Marcelino Menéndez y Pelayo,
fue la persona que desde Buenos Aires puso los cimientos de las diversas Insti-
tuciones Culturales Españolas de América.

Y en cuanto al propósito fundacional, resulta igualmente oportuno decir
algunas palabras preliminares.

Por aquellos años (más o menos, los primeros quince del siglo en que vivi-
mos), el prestigio de la ciencia española en los países de Hispanoamérica estaba
un poco venido a menos. Desconocimiento de los valores reales de algunas
cosas, subestimación de los valores conocidos en otros. Aquellos hombres
beneméritos se impusieron el deber de dar a conocer lo español en las tierras
americanas de lengua española. No simplemente lo español de siglos preté-
ritos, lo español medieval o de nuestros grandes siglos de oro, sino lo español
actual, lo español del siglo XX, y sin excluir, naturalmente, otros aspectos
de la cultura, dedicaron su preferente atención a presentar los valores con-
temporáneos de la con propiedad (o sin ella) llamada ciencia española; es decir,
la Medicina, la Física, la Química, la Matemática. Ciertamente que no quedó
excluida ni la filosofía ni ramas del saber, tales como la filología, la historia, la
literatura y el arte.

Pero la verdad es que se colocó, en primer término, «lo científico», ya que si
por todos era reconocido el valor de las artes y letras españolas, en cambio se
negaba o se menospreciaba o se discutía el valor de la ciencia española y la
significación de su aporte a la cultura universal.

¿Cuál *modus operandi* emplearon las Instituciones Culturales Españolas para cumplir sus fines? Uno realmente de gran prudencia y acierto, cuya eficacia no ha caducado y que se debería nuevamente imitar.

De acuerdo con la Junta de Ampliación de Estudios, establecida en Madrid, las Instituciones Culturales Españolas se imponían la obligación (con sus solos recursos, sin subvenciones oficiales, y esto es doblemente meritorio y ejemplar) de contratar anualmente a un destacado profesor español para que dictase ya conferencias, ya clases o cursillos, en las Universidades rioplatenses. El mes elegido era, generalmente, julio, época de vacaciones universitarias, tanto en la Península como en el Río de la Plata, con lo cual los cursos normales no sufrían perturbaciones.

De tal modo, a lo largo de casi veinte años, los universitarios y el público culto de Uruguay y Argentina llegaron a conocer personalidades científicas españolas de renombre universal, como Pi y Suñer, Del Río Ortega, Blas Cabrera, el Padre Rodés, Gil Casares, Gómez Moreno, Eugenio D'Ors, Rey Pastor, Novoa Santos, Legaz Lacambra, Menéndez Pidal, Pérez de Ayala y Barcia Trelles.

La verdad es que tras una seria y detenida labor de varios años se reconquistó el prestigio de la Cultura Española, y su influjo en los medios culturales rioplatenses ganó tanto en profundidad como en amplitud y extensión. Y así hoy, junto a los nombres ya citados, son familiares y conocidos no solamente Unamuno y Ortega, Valle Inclán y Baroja, Azorín y Pérez de Ayala, Zuloaga y Albéniz, Granados y Falla, Machado y Jiménez, Salinas y Guillén, Gerardo Diego y Vicente Aleixandre, sino también Tapia y Barraquer, Madinaveitia y Urrutia, Marañón y Jiménez Díaz.

A este general conocimiento contribuyó en forma primordial, digna de todo encomio y merecimiento, la Institución Cultural Española. Y así como al comienzo dejábamos constancia del nombre del médico santanderino don Avelino Gutiérrez, es de toda justicia que los hombres cultos del Uruguay recuerden (y le guarden perenne gratitud, porque si el prestigio se ganaba para España, la siembra fecunda se realizaba en el Uruguay), los nombres de don Manuel Senra y don Víctor Arcelus, del doctor Constantino Sánchez Mosquera y don Ángel Aller. ¡Cuántos trabajos, sacrificios y desvelos ignorados, cuánta prudencia y tesón en el desempeño de sus cargos, cuánta firmeza y tacto en una larga tarea sin espectacularidad, pero de una eficacia duradera y profunda!

LOS INSTITUTOS DE CULTURA HISPÁNICA

Ni como rivales ni como sustitutivos de las Instituciones Culturales Españolas, sino como realmente complementarios y coadyuvantes, deben ser entendidos los Institutos de Cultura Hispánica. Si aquellas fueron fundadas por españoles, dirigidas por españoles y respondían a una política cultural española sobre temas españoles y con hombres españoles, los Institutos de Cultura Hispánica, en cambio, fueron fundados por americanos y españoles, pretenden cumplir una política cultural hispánica, con hombres hispánicos (americanos y españoles: tanto monta...) y sobre temas hispánicos.

Su fundación en Madrid (año 1946) y las sucesivas fundaciones de Institutos nacionales, regionales o locales, responden a la conciencia de unidad cultural, de comunidad cultural hispánica, de responsabilidad histórica común, de unidad de destino, que sintieron con la más viva y honda claridad un grupo gene-

roso de americanos y españoles frente a las piedras seculares de la dorada Salamanca o bajo los arcos de la Plaza Mayor de Madrid. Aquellos hombres, venidos desde las más distantes regiones del mundo hispánico, desde México a Chile, desde Perú a Brasil, congregados ahora (1946) dentro de los muros de El Escorial, comprendieron súbitamente (muchos lo venían comprendiendo desde largos años antes) la profunda realidad de lo diverso y de lo idéntico, y descubrieron simultáneamente con la más sorprendente y maravillosa claridad que si los espléndidos, deslumbrantes, asombrosos ramajes podían llamarse Cuba o Venezuela, Colombia o Paraguay, Uruguay o Argentina, la sola raíz común, la raíz íntegra y viva, la raíz integradora y vivificante seguía llamándose España. Y, a su vez, los españoles comprendieron, sintieron, con no menos verdadera y profunda claridad, que una España sin América era una inmensa, incomprensible, absurda mutilación. Y cuando (año 1946) por Salamanca y Compostela o por Segovia y Madrid iban paseando juntos aquellos generosos, emprendedores, magníficos americanos y españoles, comprendieron que su patrimonio cultural no estaba formado solamente de Martí, si eran cubanos; ni de Rodó, si uruguayos; ni de Sarmiento, si argentinos; ni de Bello, si venezolanos; ni de Montalvo, si quiteños; ni de Cervantes, si españoles, sino que a todos por igual correspondía la responsabilidad de conservar, acrecentar, propagar y defender un patrimonio cultural común, dentro del cual entraban con iguales derechos, aunque no siempre, desde luego, con igual jerarquía, Cervantes y Montalvo, Unamuno y Martí, Menéndez Pidal y Andrés Bello, Machado y Rubén Darío, Valera y Rodó, el *Canlar del Mio Cid* y *Martin Fierro*.

He aquí el propósito fundamental de los Institutos de Cultura Hispánica: defender, exaltar, propagar unos valores culturales comunes. Y aunque nuestra intención actual es referirnos exclusivamente al Instituto Uruguayo de Cultura Hispánica, no cumpliríamos con el deber de justicia si no pusiéramos aquí los nombres de la hora fundacional y primera: los españoles Joaquín Ruiz Jiménez y Alfredo Sánchez Bella, y los americanos Pablo Alonso Cuadra, Carlos Lacalle y Alberto Arocena Uriarte.

Por tres etapas o tiempos pasó el Instituto Uruguayo de Cultura Hispánica. Un primer tiempo que podríamos llamar prefundacional; una segunda época fundacional, y un tercer tiempo, de restauración y afinamiento.

En la hora prefundacional, bajo la presidencia de José G. Antuña, y con el experto pilotaje de Carlos Lacalle y Mateo Magariños de Mello, se realiza la I Gran Exposición del Libro Español y se dictan conferencias tan magníficas como las leídas por Ramón Pérez de Ayala y Agustín de Foxá.

La segunda época, bajo la presidencia también del escritor José G. Antuña, se distingue, sobre todo, por la colaboración y aprobación de los estatutos de la Institución, el otorgamiento de numerosas becas y organización de actos culturales de gran importancia (conferencias de José María Pemán, Antuña y otros intelectuales de singular jerarquía).

La tercera época, en la cual estamos, comenzada en 1955 y cumplida bajo la presidencia del escritor y ensayista don Alejandro Gallinal Heber, se caracteriza primordialmente por los cursillos y conferencias dictadas en su local propio, la organización de la Biblioteca con su correspondiente fichero de temas y autores, las publicaciones realizadas bajo su patrocinio y las numerosas becas otorgadas a estudiosos e investigadores uruguayos.

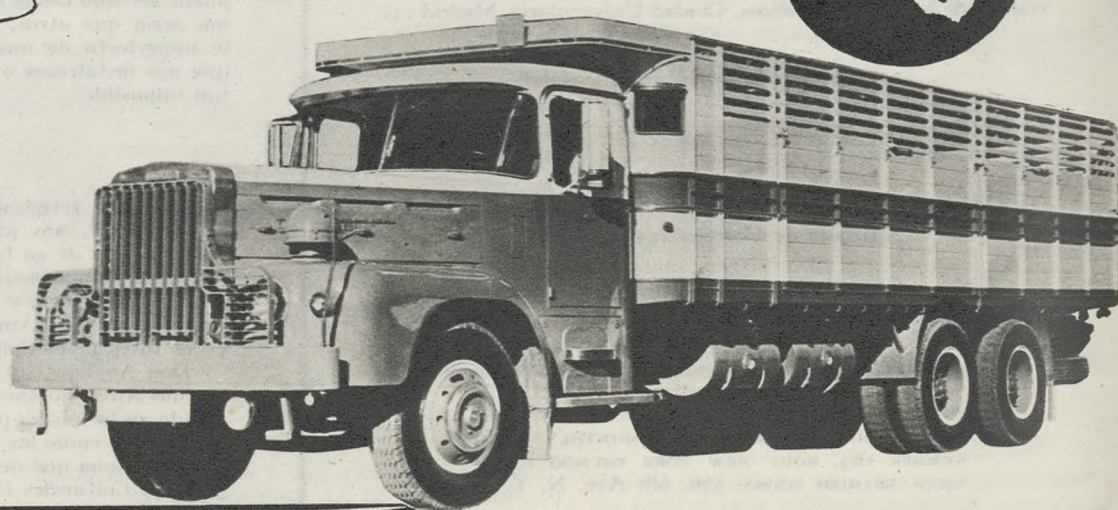
¿Es mucho lo realizado? ¿Es poco acaso? Sin apoyos oficiales, en circunstancias no siempre favorables, cercados a veces de incomprensión y recelos, con recursos muy limitados siempre, opinamos que lo realizado por Alejandro Gallinal Heber y el pequeño grupo de sus colaboradores es digno de los mayores elogios.

NUEVOS MERCADOS PARA LOS PRODUCTOS DE EXPORTACION...

CON EL CAMION Leyland "BUFFALO"

16 tons.
200 HP.

ALEMANIA
SUIZA
FRANCIA
BELGICA
DINAMARCA



Resuelva los problemas de EXPORTACION Y TRANSPORTE utilizando las mejores CARRETERAS de Europa con el mejor CAMION del mundo.

HOY MISMO PUEDE ADQUIRIRSE CON AMPLIAS FACILIDADES DE PAGO GARANTIZADO EL SUMINISTRO DE PIEZAS DE RECAMBIO

INFORMESE EN:

ATECO, S. A.

Paseo Marqués de Monistrol, 7 - MADRID

VAR, S. A.

Paseo de Recoletos, 14 - MADRID

MERCAUTO

Alberto Aguilera, 8 - MADRID



Comienza el tráfico en la mañana madrileña

Madrid, capital de las Españas

Por ERNESTO LA ORDEN MIRACLE

Cádiz tiene tres mil años. Tarragona, Mérida, Astorga, Barcelona, Sevilla y otras muchas ciudades españolas cumplen holgadamente dos milenios. Madrid tiene mil años mal contados, y, sin embargo, es la capital de España.

Barcelona y Lisboa son señoras del mar. Sevilla y Zaragoza reinan sobre grandes ríos y campiñas fértiles. Madrid no tiene mar ni casi río y está rodeada de páramos pedregosos o de campos pobres. Y, sin embargo, Madrid es la capital de España.

Tarragona y Mérida fueron metrópolis provinciales romanas. Toledo fue capital de los visigodos y de Carlos el Emperador. Barcelona tuvo condes soberanos, Córdoba albergó califas y Granada dio un trono de ensueño a reyes moros. Burgos, Valladolid, León, Pamplona y Zaragoza fueron cortes de reyes cristianos. Madrid no fue, hasta el siglo XVI, más que una aldea alrededor de un castillejo. Y, sin embargo, Madrid resultó elegida para capital de España y casi del mundo por un rey en cuyos dominios no se ponía el sol.

TRIUNFO DE LA BUROCRACIA Y LA ESTRATEGIA

Ello ocurrió hace cuatro siglos, en mayo de 1561. El monarca más poderoso de su tiempo pudo, sin duda alguna, hacer otra elección. Como era rey de Portugal y conde de Barcelona, nada le impedía situar su corte junto al mar, atento a los navíos del Mediterráneo y del Atlántico. Siendo un hombre eminentemente conservador, bien pudo mantener la corte en Toledo, considerada cabeza de España por los visigodos y por los reyes castellanos, hasta el momento de la conquista de Sevilla. La misma ciudad del Betis le ofrecía entonces un bello y rico asiento para su trono, pendiente de las galeras de América y del oro de la Casa de Contratación. Con todo, según cuenta Luis Cabrera de Córdoba en su *Historia de Felipe Segundo*, «terminadas las Cortes de Toledo en 1560, el rey, que había mostrado preferencia a residir en Madrid en las épocas y tiempos en que había podido, determinó hacer de esta villa la residencia real perma-

nente y el asiento fijo de la Corte y el Gobierno supremo, llevado, sin duda, de la circunstancia de la centralidad.»

«La circunstancia de la centralidad!» Mi llorado amigo Aurelio Viñas, que durante muchos años enseñó Historia de España en la Sorbona, resumía en dos palabras las razones de la capitalidad de Madrid: Burocracia y estrategia. En primer término, la burocracia. España era el primer Estado del mundo que se estaba organizando a la moderna, con una política, una diplomacia y una administración. El Gobierno no debía seguir en ninguna de las viejas capitales, pues era preferible crear para él una residencia nueva, ajena a las rivalidades heredadas. Lo que Estados Unidos hizo con Washington, lo que Australia y el Brasil están haciendo con Canberra y Brasilia, lo hizo Felipe II hace cuatro siglos con Madrid. Había que gobernar desde un centro nervioso a vastas y heterogéneas porciones del mundo. Iban a multiplicarse en torno al monarca las secretarías, los consejos, las oficinas, las covachuelas. La creación de la burocracia

cia, esa inmensa realidad tan criticada y tan necesaria, es un invento de Felipe II y de Madrid. Por algo decía Aurelio Viñas que si Felipe II es canonizado algún día, idea nada disparatada, él será, sin duda alguna, el santo de los oficinistas, el patrón celestial de la calumniada burocracia.

Otra razón de peso fue la estrategia. París acababa de ser ocupado por los españoles de Flandes y era de prever que caería alguna vez en manos de los cosacos o de los austríacos, bajo el poder de Bismarck o de Hitler. Cuando Felipe II eligió a Madrid se aseguró de que el trono de nuestros reyes no sería hollado por los piratas del Mediterráneo ni por los almirantes de Inglaterra ni por los mariscales de Richelieu. Si Napoleón entró en Madrid ello no fue en guerra abierta, sino a favor de una traición diplomática y militar. Por algo cuando Alejandro de Laborde trazó su itinerario descriptivo de España en 1800 —obra que sirvió de base a los planes del Estado Mayor napoleónico—, reconocía que la posición de Madrid era

contrariado el consejo del Emperador. Cuando el Rey Prudente eligió Madrid como cabeza de sus Estados dio una muestra de acierto y de buen juicio, evitó las rivalidades entre las antiguas Cortes hispánicas y encontró un emplazamiento ideal para su política, su diplomacia, su burocracia y su estrategia.

EL MADRID DE LOS AUSTRIAS Y DE LOS BORBONES

¿Cómo era Madrid hace cuatro siglos? Ciertamente, muy poca cosa. El castillo moro de Magerit que había conquistado Ramiro II en el año 939 no fue ganado definitivamente para la cristiandad hasta el año 1083, por obra de Alfonso VI, el de Toledo. Durante toda la Edad Media apenas si se alzaron, junto al alcázar que habitó el destronado rey León de Armenia en tiempos de Juan I, más que unas pocas casas encerradas entre muros. Todavía hoy, en la toponimia

a levantar junto al monarca, Madrid dio un estirón extraordinario y empezó a construir casas, palacios, conventos, calles y plazuelas hasta el Prado. El sobrio estilo escurialense, casi romano, creó el estupendo Puente de Segovia sobre el minúsculo Manzanares, mientras la inspiración de la arquitectura flamenca, con sus altos chapiteles de pizarra, construyó el Palacio Real de los Austrias, seguido por la imponente Plaza Mayor, el Palacio de los Consejos, el de la Cárcel de Corte —hoy Ministerio de Asuntos Exteriores— y el del Buen Retiro, cuyos restos forman el actual Museo del Ejército. Brotaron aquí y allá los conventos de todas las órdenes religiosas, muchos de los cuales han sido destruidos, mientras siguen presentando sus bellas y pequeñas fachadas en la Encarnación y las Carboneras, las Trinitarias y las Descalzas Reales, sobre las mismas callejas que vieron deambular a Cervantes, a Lope y a Calderón. El delirio barroco, ya en tiempos de Felipe IV y Carlos II, creó la obra maestra del Puente de Toledo y se des-



Edificios de la cabecera de la Plaza de España

très heureuse, muy afortunada, a cien leguas de Bayona, a cien leguas de Portugal y a cien leguas de Gibraltar. Lo que Mustafá Kemal hizo en 1920, trasladando la capital de Turquía desde Estambul a Ankara, para asegurar la subsistencia de la nación otomana, es lo que Felipe II se adelantó a hacer en 1561.

Es probable que junto a estas razones de burocracia y estrategia operasen en el ánimo de Felipe II las consideraciones de clima, los buenos aires y las buenas aguas de Madrid, que le habían ayudado mucho a él mismo durante su infancia. Históricamente es falsa aquella anécdota que atribuye al emperador Carlos V la frase de que si su hijo quería perder sus Estados debería llevar su capitalidad a Madrid. Está probado que Carlos V estaba enamorado del sitio de Madrid, por su sanidad y su frondosidad en aquella época, y un hijo tan obediente como Felipe II, convencido del genio político de su padre, no hubiera

madrileña, la Almudena nos recuerda dónde estaba enclavado el *almudí* o granero del trigo, y el Campo del Moro nos habla del campamento de algún muslim sitiador. Rodeado de espesos bosques de encinas y de madroñeras, entre las cuales es posible que anduvieran osos y en todo caso hubo ciervos, lobos y jabalíes, el caserío de Madrid no desbordaba de la hoy llamada Puerta del Sol. No era Madrid una ciudad como Toledo, Burgos, Salamanca o Sevilla, orgullosas de su grandeza y de su rango real. No era más que una villa, poco más que una aldea, sin catedral y sin obispo, con tres o cuatro iglesias levantadas sobre las antiguas mezquitas. Su lujo supremo era un monasterio, no muy grande, el de los Jerónimos, levantado allá lejos, en el Retiro, donde los reyes de Castilla iban algunas veces a cazar.

Al establecer Felipe II su Corte y su burocracia, acrecidas con las moradas que la nobleza se apresuró

bordó en las fachadas del Hospicio, de San Cayetano y de Montserrat. Madrid quedó convertida, dentro de su modestia, en una prima hermana de la vieja Viena, sin ninguna catedral gótica, por supuesto, pero llena de chapiteles germánicos y de barrocas portalladas.

A nueva dinastía, nueva estética. Los Borbones trajeron el aire de Versalles con Felipe V y el de Nápoles con Carlos III, el Rey Constructor, al que, con razón, se ha llamado el mejor alcalde de Madrid. Un incendio dio ocasión a que el alcázar de los Austrias se convirtiera en el más grande y hermoso de los palacios reales de Europa, asentado con su mole clásica sobre los despeñaderos del Campo del Moro, que sirvieron de cimiento al castillejo medieval. Se construyeron entonces todas las piezas mayores de la arquitectura de Madrid: la Aduana, que hoy es Ministerio de Hacienda, y la Puerta de Alcalá; el antiguo



Correo, hoy Dirección General de Seguridad, y las Salesas Reales, que ahora son el Palacio de Justicia; todas las fuentes del Prado, el Jardín Botánico, el Observatorio Astronómico y el Museo sin rival.

A pesar de este esfuerzo constructivo, Madrid llegó a comienzos del siglo XIX siendo una de las capitales menos monumentales de Europa, quedándose no sólo por debajo de Sevilla, Salamanca y otras ciudades españolas, sino también a mucha distancia de México, la espléndida corte del virrey de la Nueva España. Para colmo de males, las nuevas construcciones y el aumento de la población acabaron con los bosques circundantes y dejaron a Madrid rodeado de pardas tierras de sementera. Menos mal que los reyes mantuvieron para sus cacerías los bosques del Retiro, la Casa de Campo y El Pardo, que hoy son los pulmones forestales de la capital. A mediados del siglo XIX, después de la invasión francesa, la pérdida del Imperio y las guerras civiles, la Villa y Corte quedó muy decaída, mientras Barcelona y Lisboa, en los dos extremos de nuestra Península, emprendían su ascensión de grandes urbes.

SALVADA POR EL LOZOYA Y POR EL «METRO»

En ese momento salvó a Madrid un milagro de la naturaleza y de la técnica, el milagro del agua. No el que pudieran realizar las pobres linfas del humilde Manzanares, sino el que le aportaron las nieves de la Sierra de Guadarrama, captadas oportunamente en el fresco río Lozoya, a un centenar de kilómetros de distancia y llevadas al seco y polvoriento Madrid de la época mediante el Canal de Isabel II. La propia Reina castiza abrió, en día 24 de junio de 1858, la llave del surtidor, que se elevó en la calle de San Bernardo a una altura de 30 metros. «Señora: Hemos tenido la suerte de ver a un río poniéndose de pie», dijo entonces, con romántica solemnidad, el ministro Posaada Herrera. El primer depósito de aquellas aguas tenía una cabida de 1.500 metros cúbicos. Más de un millón de metros cubican hoy los depósitos que alimentan a la capital. Gracias al caudal del Lozoya.

Plaza de la Moncloa, con el Arco del Triunfo y el Ministerio del Aire



Un aspecto del Manzanares



Calle de Serrano

por el cual es envidiado Madrid por casi todas las capitales del mundo, se explica el prodigioso crecimiento de la Villa y Corte (que en un siglo ha pasado de cien mil habitantes a dos millones), y la abundancia y belleza de sus parques y jardines.

Los reinados de Isabel II y de Alfonso XIII, pese a los disturbios políticos casi continuos, presenciaron ya francamente el auge de Madrid. La Reina de los Tristes Destinos o el Rey Pacificador inauguraron la Biblioteca Nacional y la Casa de la Moneda, el Teatro Real, el Banco de España y el ensanche que lleva el nombre del marqués de Salamanca, genio financiero de la época en España. Madrid se convierte en diócesis, aunque comparta su título con Alcalá de Henares. La pérdida de las Antillas y los reveses de África no detienen tampoco el crecimiento de Madrid, que estrena, en tiempos de Alfonso XIII, la Casa de Correos, la Bolsa, los Ministerios de Fomento y de Instrucción Pública, los Bancos y los Círculos de la calle de Alcalá, los palacios de la Castellana, los hoteles del Prado, las estaciones ferroviarias del Norte y del Mediodía, el barrio de Argüelles, el paseo de Rosales, el Parque del Oeste y la Gran Vía.

¡La Gran Vía de Madrid! Hoy nos parece ya casi una calle ordinaria, totalmente incorporada a nuestra visión de la ciudad, pero hay que recordar aquel día de 1910 en que el joven monarca Alfonso XIII dio el primer golpe de piqueta sobre los callejones dormidos —Caballero de Gracia, Tudescos, Silva y tantos otros que aparecieron en las zarzuelas de la época—, y abrió una arteria nueva que se cuajó en seguida de edificios suntuosos, coronados por el primer rascacielos de Madrid, la Telefónica. Madrid crecía tanto que ya no le bastaba la circulación sobre sus calles y tuvo que recurrir al ferrocarril subterráneo, al «Metro», inaugurado en 1919 por el mismo rey Alfonso XIII. Bajo la Puerta del Sol, que ha perdido casi toda su animación superficial, pasan diariamente 2.100 trenes y un millón de pasajeros, orientados hacia los extremos de Tetuán, Vallecas, Ventas, Embajadores y Argüelles, todos los cuales se han quedado cortos, porque Madrid está en la adolescencia.

Poco pudo prosperar bajo la segunda República, aunque en ese tiempo se construyó el nuevo Viaducto y se iniciaron las obras de los Nuevos Ministerios y el enlace subterráneo de las estaciones ferroviarias, que fue llamado chistosamente «el túnel de la risa».

La guerra estuvo a punto de ahogar a Madrid, destruyendo sus barrios del Oeste y empobreciendo toda la ciudad. Bien cara pagó Madrid, si es que realmente la tenía, aquella frivolidad de «ciudad alegre y confiada», que la hizo consentir la caída del Trono en 1931 y perder ella misma, al dejar de ser Corte, el título más preclaro de su señorío. En aquellas noches trágicas de 1936 a 1939, mientras se escuchaba el tableteo de las ametralladoras y el estallido de las minas en la Ciudad Universitaria, y caían sobre el casco de la ciudad —parsimoniosamente, para no hacer mucho daño—, las granadas de las baterías nacionales del Cerro de Garabitas, los madrileños nativos u honorarios tuvimos muchas ocasiones para pensar en el drama de Madrid, que era el de España entera.

EL MADRID DE LA PAZ DE FRANCO

Hasta que llegó la aurora de la liberación, aquel 28 de marzo de 1939 que no podremos olvidar jamás, y Madrid volvió a ser la capital de España, de una España que ya era libre, y era una y aspiraba a ser grande, a ser mayor. En la nueva era, Madrid iba a convertirse en el Gran Madrid. Su término municipal tenía que incorporarse todos los poblados vecinos, desde los Carabanchales a Fuencarral y desde Vallecas a Vicálvaro y Villaverde. Se remozarían admirablemente las viejas galas urbanísticas, el Salón del Prado y la Puerta del Sol, la Gran Vía y la Castellana. Iba a nacer la Castellana Nueva, la Avenida del Generalísimo Franco, trazando en dirección del norte una de las arterias rectas más anchas y más largas del mundo, ornada con el soberbio campo deportivo del Real Madrid. Se transformarían todos los accesos a la urbe y se crearían las autopistas de Barajas y de la Sierra. Brotarían en toda la periferia los barrios residenciales y los extensos y cuidados caseríos obreros, entre zonas verdes de nueva plantación. Se multiplicarían los edificios de gran porte, que darían a nuestra capital un imprevisto aire norteamericano, y el rascacielos de la Plaza de España levantaría a 117 metros de altura sus 28 pisos de hoteles y de oficinas, superados ya por otro gigante inmediato, al que se ha dado el ambicioso título de «La Torre de Madrid».

¿Qué más? Hasta el humilde Manzanares ha sido canalizado con tanta habilidad y belleza, que hay

sitios en que se parece al Sena o al Tíber, pongo por ríos caudalosos y famosos. Ahora comprendemos lo que los Felipes tuvieron en su imaginación al hacer los soberbios puentes de Segovia y de Toledo, comparables a los más hermosos de Roma o de París. El «arroyo aprendiz de río» tiene hoy tan buen aspecto, por obra y gracia de los ingenieros, que le va a dar razón al poeta italiano Manzoni cuando lo emparejaba con el Rhin en su oda a Napoleón, y hasta al mismísimo «Gran Corso», siempre ampuloso en sus proclamas, cuando aseguraba que sus soldados habían vadeado el Manzanares con el sable en la boca...

El Madrid actual, en pleno desarrollo, llama la atención de todos sus visitantes, europeos o americanos, por el buen tono y estilo de sus edificios modernos, inspirados algunos, como el Ministerio del Aire, en las tradiciones clásicas, y acogidos otros a los nuevos cánones funcionales, como la inmensa Casa de los Sindicatos, que se ha construido para mayor contraste frente al incomparable Museo del Prado. El rojo del ladrillo, el gris del granito y las pizarras y el blanco de la piedra de Colmenar forman una sinfonía de colores en el semblante del nuevo Madrid, que está convirtiéndose a pasos agigantados en una de las ciudades más bellas de Europa.

¡Qué soberbios trozos de gran ciudad son la Gran Vía y la calle de Alcalá, embellecida ésta con sus espectaculares desniveles, que confluyen como en un lado en esa redonda plaza que todo el mundo llama de la Cibeles por la diosa que parece estar ordenando a sus leones que la conduzcan hasta la Puerta del Sol! ¡Qué espléndido conjunto el de las tres plazas y el parque que hoy encuadran la mole del Palacio Real, junto al cual ya se está terminando la iglesia de la Almudena, que será, por fin, una catedral digna de Madrid! ¡Qué magnífico río de asfalto entre alamedas, con meandros sinuosos como un río de verdad, ese paseo de la Castellana, que parte Madrid en dos, aunque ya comienza a estar celoso de esa fabulosa Avenida del Abroñigal que, tres o cuatro kilómetros más hacia el Oriente, marcará un nuevo límite del casco urbano frente al valle del Jarama! ¡Qué extraordinaria nueva Avenida de los Reyes Católicos!

¡Qué hermosos parques y jardines embellecen a la capital de España por doquier y le devuelven, cada día más, el antiguo marco verde del oso y el madroño de su escudo! Admirable es el Buen Retiro, con sus

olmedas, que aún se acuerdan de los Austrias, y el gran estanque en que los reyes jugaban a las naumaquias y hoy navegan los niños y los novios. Preciosos son el Jardín Botánico y el Salón del Prado, el balcón de Rosales y el Parque del Oeste, este último con sus frondas renovadas después de la guerra. La antigua posesión real de la Casa de Campo ofrece hoy a todos los madrileños los dieciocho kilómetros de perímetro de su gran parque natural, lleno de encinas, pinos y retama, con espléndidos golpes de vista sobre Madrid y sobre los picos de la Sierra que Velázquez pintó. Bello pinar el de la Dehesa de la Villa, asomado también al paisaje serraniero y a las ondulaciones verde-grises de la Moncloa.

LA MARAVILLOSA CIUDAD DE LOS ESTUDIOS

¡La Moncloa! He aquí un nombre de exótica raíz que nos habla de la duquesa Cayetana y de don Francisco de Goya, cuyo cuerpo descabezado yace un poco más allá, en la ermita que él mismo pintó para la inmortalidad, entre las frondas de San Antonio de la Florida. La gran finca, linderera con el monte real de El Pardo, pertenecía a Alfonso XIII en 1927, cuando el rey cumplía sus bodas de plata con la Corona, y fue regalada por él al pueblo español para que se construyera en ella una Ciudad Universitaria. Pujaron las obras desde aquel día hasta 1936; pero los cuatro jinetes del Apocalipsis emprendieron entonces su desenfadado galope sobre España, y la Ciudad Universitaria se convirtió en campo de batalla durante el asedio de Madrid. El Hospital Clínico se vino abajo entre el estallido de las minas. En la Casa de Velázquez se luchó piso por piso y habitación por habitación. Los infolios de la Biblioteca de Filosofía y Letras, procedentes de la vieja Universidad de Alcalá, sirvieron de parapeto a los soldados. Del palacete de la duquesa de Alba no quedó piedra sobre piedra. Murieron fusilados todos los árboles y el terreno cambió de fisonomía con las voladuras, los nidos, las trincheras y el cañoneo.

Pero la Ciudad Universitaria de Madrid está hoy más hermosa que nunca, enteramente reconstruida, con sus árboles y jardines renacidos, con un palacete de la Moncloa nuevo, con un soberbio Palacio de América y hermosos Colegios Mayores para que residan los estudiantes. El Arco del Triunfo que se ha erigido en su entrada lleva esta clásica y rotunda inscripción: ARMIS HIC VICTRICIBUS MENS JUGITER VICTURA. A las armas que vencieron aquí, la inteligencia que siempre vencerá.

RIQUEZA Y ENCANTO DE MADRID

Para redondear este elogio de Madrid nos falta hablar de su riqueza y de su encanto. La capital de España posee hoy una vida económica e industrial de primer orden, que la hace rivalizar con Barcelona, Bilbao y otras ciudades de la periferia. El hada madrina de este crecimiento no ha sido el agua del Lozoya, como en 1858, ni el ferrocarril subterráneo, como en 1920. Ha sido la energía eléctrica, aportada por las centrales del Tajo y el Alberche, a escasa distancia de la capital, o traída desde lejos, a través de media España, por las gigantescas conducciones que vienen del Sil, el Esla y el Duero, en tierras de Galicia y de León. Gracias a ellas la vida económica de Madrid ya no se reduce a un próspero comercio de consumo y a una rica industria de la construcción, sino que ha entrado en la fase de la gran industria, creando en torno a la ciudad un cinturón de fábricas y de talleres de toda clase. Junto a esas zonas industriales están surgiendo los nuevos y grandes poblados obreros —San Blas, Manoteras, Villaverde, Puerta Bonita, Ciudad Pegaso, Palomeras, Entrevías, El Patriarca, Nuevo Vicalvaro, Santa Marca, San Cristóbal de los Ángeles y muchos más—, que se construyen con belleza y alegría. Los planes del Gran Madrid prevén ya la descentralización de la industria madrileña hasta Navalcarnero y Alcalá de Henares, e incluso hasta Guadalajara, Toledo y Aranda de Duero, creando riqueza por toda la meseta castellana.

¿Cambiará con todo esto el alma de Madrid? Nuestra capital ya no es, desde luego, aquella ciudad burguesa y mediocre de las novelas de Galdós, ni los llamados «barrios bajos» conservan exactamente el color de los personajes de Arniches o los héroes de Baroja. No han desaparecido del todo, ciertamente, aquellas estampas entrañables, caras a Emilio Carrere, Ramón Gómez de la Serna y los viejos cronistas de la Villa. San Isidro Labrador sigue siendo el Patrón de la capital de España, pero ya casi no hay «isidros» campesinos en sus calles. Hasta las verbenas de San Antonio de la Florida y la Paloma van perdiendo el ambiente despreocupado y chulapón de antaño, que se conserva, como en un frasco de perfume, en las melodías de las zarzuelas que entusiasmaban a nuestros padres. Pero el alma limpia y alegre de Madrid, recuperada después de la Cruzada, sigue guardando todo su encanto de humanidad. Más que la cabeza de España, Madrid es su corazón. En Madrid nos sentimos como en nuestra casa, no solamente todos



Calle de Sevilla

Fotos HENECÉ

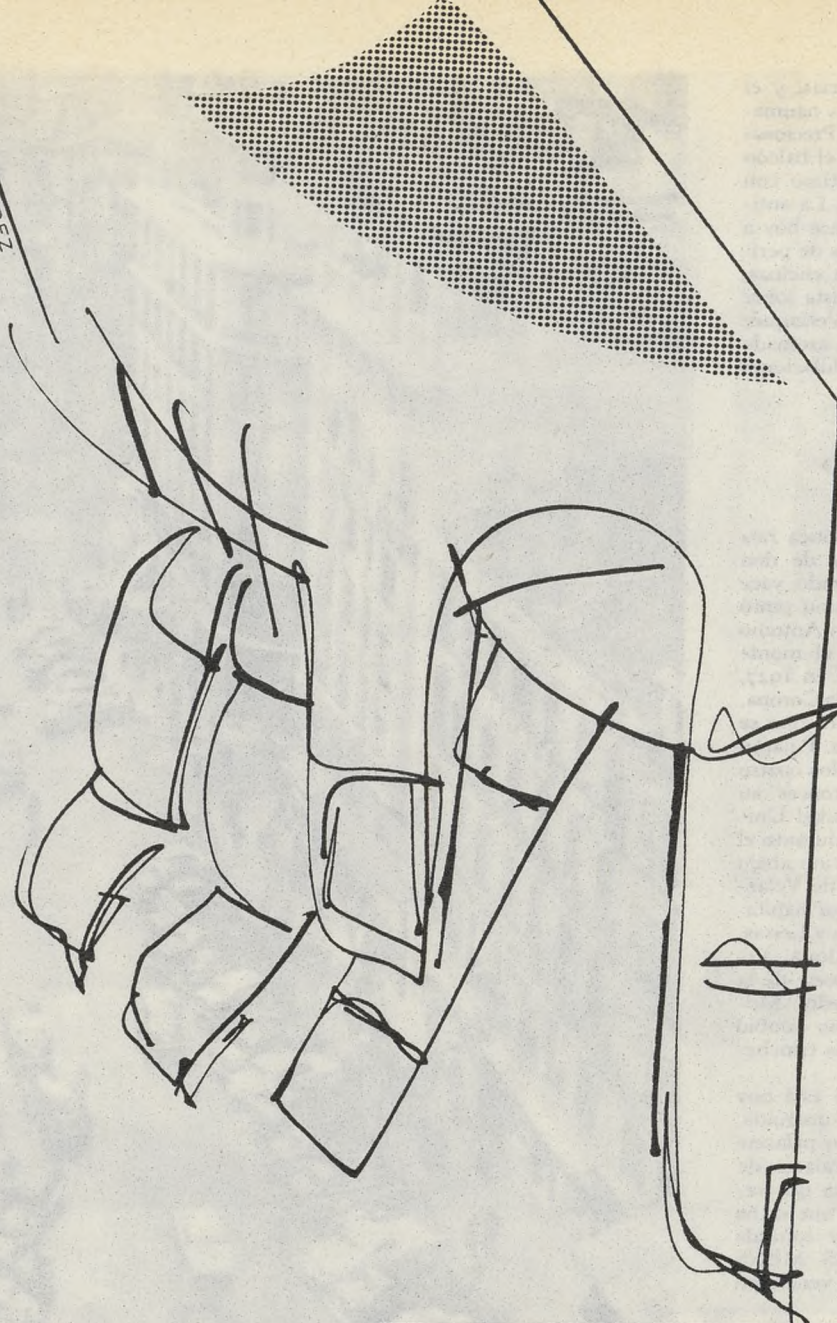
los españoles, sino también todos los hispanoamericanos, y hasta los extranjeros propiamente dichos, que se dejan seducir por el contagio de su simpatía.

CAPITAL DE TODAS LAS ESPAÑAS

A los españoles de las cincuenta y dos provincias, Madrid nos da la misma sensación de «Patria chica». Todos nos sentimos, al mismo tiempo, hijos y dueños de Madrid. La capitalidad no es para Madrid un monopolio, sino un servicio, que ella realiza con felicidad. Cede sonriendo a Burgos la flor del buen habla castellano; comparte con Barcelona y Bilbao el cetro de la economía; ofrece a todos los provincianos de mérito el bastón de mando de la política nacional. Tiene tanto del Norte como de andaluz; es cristiana vieja, pero un poquito gitana; encarna a la Madre Patria, pero parece criolla. Por algo es la capital de Europa que tiene más parecido con una gran ciudad de allende el mar. Los hispanoamericanos se sienten a sus anchas en Madrid. Ya lo dijo Ramón Gómez de la Serna en su cripta de Pombo: «El hispanoamericano ve que no hay nada que le moleste o le hostilice en la vida espa-

ñola, pues ha llegado a comprender la perfecta igualdad de trato. En España no hay *metecos* ni *gallegos*. El fraterno amigo a quien se le pregunta: ¿Y cómo encuentra Madrid? Se sobrecoge porque no encuentra diferencia con algo que había en la capital de su país, y responde al fin: «Muy bien; la segunda patria.»

Aunque México y Buenos Aires la superen en grandeza y otras urbes criollas la emulen en hermosura, todos los hispánicos reconocemos en Madrid, por la gracia de Dios, el título de «Capital de las Españas». Proclamémoslo solemnemente en estas fiestas de su cuarto centenario. Al mismo tiempo que erigimos una estatua a Felipe II junto al Palacio Real, porque instaló en Madrid su Trono de ambos mundos, establezcamos en Madrid para los siglos venideros un testimonio grandioso de su capitalidad hispánica. Bauticemos la futura avenida del Abroñigal con el nombre de «Vía de la Hispanidad» y demos a las calles y plazas circundantes los nombres y los monumentos de los conquistadores, los misioneros y los emancipadores de América. ¡Avenidas de Hernán Cortés y de Francisco Pizarro, de Simón Bolívar y de José de San Martín! ¡Calles de Santa Rosa de Lima y de San Pedro Claver, de Vasco de Quiroga y de Junípero Serra! Para gloria y orgullo de todos los que hablamos español. Así sea.



...lo interior de lo exterior

**FOCOEX estuvo allí para interiorizarse
en la realidad económica de Iberoamérica.**

**Fomento de Comercio Exterior, S. A.
(FOCOEX) es una filial del**

BANCO EXTERIOR DE ESPAÑA,

**que tiene como finalidad preferente
favorecer el intercambio comercial
con esos países.**

BANCO EXTERIOR DE ESPAÑA

Carrera de San Jerónimo, 36 Madrid. 14-

GRATIS
solicite el folleto
"FOCOEX
estuvo ALLÍ"





DON JULIO CASARES

Lingüista y lexicógrafo, diplomático y músico

A los 84 años es un hombre feliz, dedicado a la investigación y estudio del idioma.

Por

CIRO PABON NUÑEZ

El cronista ha dirigido sus pasos hacia el Palacio de la Lengua, sito en la calle de Felipe IV, número 4, de Madrid. Pretende cumplir la cita previa concertada con el ilustre lingüista y lexicógrafo don Julio Casares, quien ocupa desde 1936 la alta y merecida posición de secretario perpetuo, dedicado amorosa e ininterrumpidamente durante casi toda su vida al estudio e investigación del idioma.

La recoleta habitación en la cual el sabio tiene su gabinete de trabajo —entre numerosas estanterías con libros, fichas y papeles— contrasta con la magnificencia y riqueza de los amplios y adornados —con monumentales obras pictóricas— salones y escaleras de la casa desde la que semanalmente los Inmortales dan fijeza, brillo y esplendor a la ubérrima lengua castellana.

Don Julio Casares es de mediana estatura, encanecida cabellera y cuidado bigote, que realzan su señorial distinción. Es un hombre eminentemente sencillo, cordial y acogedor. Tiene una clara y serena memoria que, a sus años, le permite recordar fechas, lugares y nombres, y hasta la página exacta de un libro con admirable precisión. En comparación afortunada, y para resaltar otra de las face-

tas de la personalidad del polígrafo español, un compañero suyo en la Academia y escritor de valía le llamó «suave y seguro Metternich de la Gramática». Quería referirse al tacto y al espíritu conciliador del secretario perpetuo, de que hace gala cuando una discusión entre académicos lleva trazas de no concluir nunca.

Don Julio ha sido un incansable y tenaz defensor del idioma. Como polemista, ha librado exitosas batallas, en la Prensa y en la tribuna. Por otro lado, ha escrito la monumental obra *Diccionario Ideológico*, que ha sido el primer esfuerzo gigantesco y logrado por sacar el idioma del puro desorden —por ser orden únicamente formal— del índice alfabético, e introducir en él un orden conceptual en el que las palabras se agrupan por afinidades y familias.

DATOS BIOGRÁFICOS

Don Julio Casares nació el 27 de septiembre de 1877 en Granada, donde cursó sus primeros estudios, que continuó luego en la Universidad Central de Madrid. Desde muy joven entró al servicio del Ministerio de Asuntos Exteriores. En París estudió lenguas orientales y allí obtuvo el

Este año la Real Academia Española aceptó seiscientas nuevas palabras

diploma en lengua japonesa. Trabajó, posteriormente, en la Legación de España en Tokio, y al regresar a Madrid ingresó en el Departamento de Interpretación de Lenguas hasta ascender a jefe. Sus actividades internacionales le llevaron en muchas ocasiones a Ginebra, como delegado en la Asamblea de la Sociedad de las Naciones. Fue miembro de la Comisión de Cooperación Intelectual, Presidente de varios Congresos internacionales, de propiedad intelectual, de Instrucción pública, etc.

Durante varios años ejerció la crítica literaria en *ABC*, y buena parte de sus trabajos de este género y de filología se han reunido en los seis volúmenes de sus «Obras completas», cuyo último tomo está actualmente imprimiéndose. Ha publicado, igualmente, un *Diccionario inglés-español*, otro *francés-español* y hace unos años el *Diccionario Ideológico de la Lengua Española*, una de sus más acabadas obras.

Infatigable trabajador intelectual, don Julio Casares ha sobresalido también como músico. En su juventud obtuvo el primer premio de violín del Conservatorio de Madrid y ha dado a conocer, en varios conciertos, las obras siguientes: «Ave-maría», para coro mixto; «Cantata», para voces blancas y orquesta; «Introducción y fuga» y «Cuarteto», para instrumentos de arco. En 1919 fue llamado a la Academia, y desde 1936 ocupa la Secretaría perpetua. Es, además, director del Seminario de Lexicografía y del Instituto de Filología Hispánica «Miguel de Cervantes», consejero de honor del Consejo Superior de Investigaciones Científicas y vocal de la Asamblea Nacional de la UNESCO.

LA ENTREVISTA

Nos llama la atención, al sentarnos frente a don Julio, en su escritorio, que en una mesa cercana, entre numerosos diccionarios y libros, se encuentran varios folletos con tiras cómicas o «Tebeos» —como se denominan en España— del héroe infantil Roy Rogers. Le apuntamos tal nimiedad y él, con una ancha sonrisa, nos dice que son propiedad de sus veinticuatro nietos, que periódicamente vienen a verle, ya

que vive en una de las plantas del palacio solariego de la Academia.

—¿Cuál es su programa diario de trabajo?— le preguntamos.

—Mi programa rutinario comprende desde las diez de la mañana hasta las nueve de la noche, con el intervalo de la hora de la comida. Este programa sufre alguna alteración semanalmente porque debo asistir los jueves a la Junta de la Academia y los viernes a la Comisión del Diccionario.

—¿Cómo se le ocurrió acometer el trabajo de hacer el *Diccionario Ideológico de la Lengua*, que parece que consumió veinticinco años de su vida?

—Empezando la respuesta por el final, le diré que cuando nació en mí la idea no tuve, por fortuna, la visión profética de aquel personaje que, al alistarse en los Tercios de Spínola para la campaña del Palatinado, se despedía de sus deudos exclamando: «Parto para la Guerra de los Treinta Años.» Si yo hubiera presentado cuán largo y áspero era el camino que emprendía, seguramente me habría faltado abnegación para seguirlo. Y si hoy mismo no pensara que mi obra presta un servicio importante a la lengua y al pensamiento hispanos, no tendría inconveniente en afirmar que la empresa del *Diccionario Ideológico*, mirada egoístamente, desde todos los demás ángulos posibles, ha sido la mayor equivocación de mi vida.

UNA OBRA NUEVA

—¿En qué obra está empeñado ahora?

—En ninguna personal, fuera del tomo VI de mis «Obras completas», que está imprimiéndose actualmente, y que recoge conferencias, ensayos y discursos de varias materias. Los cinco anteriores comprenden, respectivamente, los siguientes títulos: «Crítica profana», «Crítica efímera», «Divertimientos filológicos», «Cosas del lenguaje» y «Nuevo concepto del diccionario». No está incluida la «Introducción a la lexicografía moderna», traducida al ruso y agotada, ya que los mil quinientos ejemplares que se editaron fueron vendidos en su totalidad en el extranjero. Esta obra tiene un prólogo del insigne romanista

W. von Wartburg y es, en realidad, la recopilación de las conferencias dadas a mis colaboradores como preparación para el *Diccionario Histórico de la Lengua Española*.

EL DICCIONARIO HISTÓRICO

—¿Y cómo marcha la edición del *Diccionario Histórico*?

—El primer fascículo, letra A, ya salió a la luz pública, como usted sabe. Está en preparación el segundo, que contiene también una pequeña parte de la misma letra. Cada fascículo es de ciento sesenta páginas y cada tomo llegará a las mil cuatrocientas.

—¿Cómo surgió la idea de hacer el *Diccionario Histórico*?

—Dejando a un lado la modestia, le diré que fue un propuesta mía. La Academia había empezado un *Diccionario Histórico*, que no estaba a la altura de los estudios y conocimientos modernos. Estudiando el *New Dictionary of Oxford*, comprendí que ése debía ser el modelo que había de tomar, modificándole y mejorándole en parte, pues siempre el que viene después tiene más experiencia que el que salió antes.

—¿Podría darme una idea de esa obra?

—En este Diccionario se da la biografía de todas las palabras y acepciones con que se ha enriquecido la lengua, desde que hicieron su aparición hasta hoy, con ejemplos tomados de los textos antiguos y de las más recientes publicaciones, tanto de España como de Hispanoamérica.

—¿Cuál es el coste?

—Este dato le dará una idea: la sola impresión de cada pliego vale unas treinta y nueve mil pesetas (más de seiscientos dólares). Recientemente el Gobierno español ha concedido un crédito extraordinario de dos millones de pesetas. La obra, naturalmente, no está aún totalmente financiada, pues su coste es muy grande. Hasta ahora los Gobiernos hispanoamericanos, con la excepción del de Colombia, no han concedido a esta empresa, que es de todos, su necesaria colaboración económica. Sería deseable que los Gobiernos hispanoamericanos nos concedieran una ayuda especial aun cuando fuera de mil dólares US cada uno, por cuanto de esta forma se reuniría una apreciable cantidad que nos permitiría continuar, sin agobios económicos, la empresa. Ojalá que las Academias correspondientes de Hispanoamérica, que ya en el Congreso celebrado en Madrid se mostraron por conducto de sus delegados dispuestas a obtener



1818
TEJIDOS
B & C

Antiguas Pañerías

Bustillo y Cia.

Socio Sucesor F. Vives

Altas Novedades para Caballero

Plaza Mayor, 4-5-6 (Junto al Arco de Cuchilleros) Madrid

Sin sucursales

Llamamiento a los Gobiernos hispanoamericanos para que colaboren en la edición del monumental "Diccionario Histórico de la Lengua"

este apoyo, no desmayen en las intenciones que públicamente nos expresaron en tal ocasión.

NUEVAS PALABRAS

—¿Cuántas nuevas palabras ha aceptado en este curso la Academia?

—Alrededor de las seiscientas. Claro que hay muchas más, que son modificaciones de acepciones corrientes, como sucede, por ejemplo, con la palabra «ramplonería».

—¿Cuál es el proceso que sigue la Academia para aceptar una nueva palabra?

—Se presenta la palabra, ya sea por los académicos españoles o correspondientes o por los académicos hispanoamericanos, y se delibera acerca de su formación y fonética española, y se procede luego a su definición. Y si ésta no puede salir, como ocurre muchas veces, de las discusiones en el pleno, la palabra pasa a la Comisión de Diccionario, formada por técnicos en lexicografía, como don Ramón Menéndez y Pidal, don Vicente García de Diego, don Dámaso Alonso, don Rafael Lapesa, don Rafael Fernández Ramírez y quien le habla.

—¿Cuál es la regla actualmente vigente en materia de acentos en nombres extranjeros?

—Las reglas anteriores sobre esta materia han sido derogadas. No se pondrán en las palabras extrañas más acentos que los que ellas tengan en su lengua original. Accediendo a una solicitud de la Academia de la Lengua de Colombia, se ha autorizado que se acentúen la palabras como si fueran castellanas. Como sucede, pongamos por caso, con «Fenelón» y «Ottawa» (con tilde en la O).

NO HAY VACANTES

—¿Hay actualmente vacantes en la Academia?

—Ninguna. El último académico que ingresó fue Gil y Gaya.

—¿Cuál ha sido la palabra más difícil de aceptar por la Academia en los últimos tiempos?

—La palabra «presupuestar». Estaba condenada como galicismo, pero en atención a que en Hispanoamérica era de uso corriente, e incluso figuraba hasta en las



Una sesión de la Real Academia Española

Constituciones de algunos países, se le dio finalmente cabida en el Diccionario. Lo mismo sucedió con la palabra «llamado» (telefónico), que es lo clásico: llamamiento (acción de llamar). En Hispanoamérica se usa la primera y en España se dice «llamada», que tuvo su ingreso en el siglo XVIII por el uso de la expresión «toque de llamada».

—¿Es usted feliz, don Julio?

—Sí, señor; he cumplido ochenta y cuatro años y no tengo más defecto físico que un poco de sordera para oír de lejos, pues de cerca desaparece.

—¿Qué consejo daría usted a los escritores jóvenes?

—¡Que lean a los buenos escritores! No tanto los clásicos, que puedan parecerles lejanos, sino a los modernos, como Valera, Menéndez y Pelayo, Unamuno, etc...

—¿Conoce la labor de nuestro Instituto Caro y Cuervo, de Colombia?

—Sí. Es muy seria, muy fecunda y está muy bien orientada.

Nos despedimos de este hombre excepcional agradeciéndole la atención de recibirnos y deseándole que aún cumpla muchos años.

MERCADO DE ARTESANIA ESPAÑOLA

Floridablanca, 1

(Frente al Congreso y al lado del Museo del Prado)

MADRID



Unica exposición de todos los artículos de artesanía española,
antiguos y modernos, y siempre selectos



◀ D. Joaquín Vargas Méndez, Ministro de Educación de Costa Rica, creador de la campaña para la pureza del idioma

Invitado por el ministro de Educación Nacional, señor Rubio García-Mina, el ministro de Educación Pública de Costa Rica, don Joaquín Vargas Méndez, realizó una visita a España. Durante los tres días que permaneció entre nosotros, el señor Vargas Méndez fue agasajado y cumplimentado por autoridades e intelectuales. Su agenda de actos estuvo repleta de compromisos. No obstante, el señor Vargas Méndez tuvo la gentileza de dedicar varios minutos —en las últimas horas de su estancia en Madrid— a uno de nuestros redactores, a quien recibió en el hotel en compañía del embajador de Costa Rica en España, don José Pozuelo.

Don Joaquín Vargas Méndez, que ha iniciado en su país un movimiento en pro de la pureza del idioma castellano, nos informó en el sentido de que la campaña, dirigida a toda la población estudiantil de Costa Rica, estará estimulada con numerosos premios y que, asimismo, se incrementarán las importaciones de libros editados en España. Esta campaña, que finalizará con una Semana de la Hispanidad, será solemnizada con la presentación en Costa Rica de una compañía teatral española.

Acerca de esto y de otras cuestiones de interés, nos dijo también el ministro costarricense:

—¿Cuál cree, señor Vargas Méndez, que puede ser la aportación de Costa Rica a la lengua castellana?

—Esta campaña en pro de la pureza del idioma, dirigida especialmente a los que cursan la enseñanza primaria y a los del grado medio. Dada la gran repercusión que ha tenido ya, queremos que se extienda hasta la esfera universitaria. Teniendo en cuenta que está dedicada de manera especial al sector de la juventud, esperamos que las generaciones próximas se sirvan y, a la vez, sirvan a la lengua con mayor brillantez y eficacia.

—¿Qué cosas son las que dañan o amenazan a la pureza del idioma?

—Los modismos populares, los neologismos y la influencia de lenguas extrañas; pero, sobre todo, el desconocimiento y la incultura. Nuestra campaña se prolongará durante varios años, con el fin de que el idioma escrito en libros, avisos, carteles, periódicos, y el idioma hablado en la radio, televisión, etcétera, llegue a tener toda la propiedad y la pureza que corresponde.

—¿Qué trascendencia tiene para Costa Rica y para Hispanoamérica en general el idioma español?

—La presencia permanente del tesoro legado por la Madre Patria y el mantenimiento del patrimonio común, que constituye, al mismo tiempo, uno de los vínculos espirituales más fuertes que nos unen.

—La labor educativa en Costa Rica en los últimos años ha sido ingente, y ha dado frutos tan brillantes como una importante reducción del índice de analfabetismo y la apertura, en 1941, de la Universidad de San José. ¿Considera, señor ministro, que se ha llegado a la meta propuesta?

—Un plan de educación pública no puede

La campaña a favor de la pureza del idioma durará varios años en Costa Rica

El ministro señor Vargas Méndez ha estado en Madrid para incrementar el intercambio cultural

ser independiente de los demás aspectos del desarrollo de un país, ni puede ser rígido, sino que ha de someterse a la evolución de los distintos planes nacionales y adaptarse a las necesidades de cada momento. Nuestro Gobierno, consciente de sus deberes, dedica especial atención al campo de la educación, con el apoyo y el convencimiento de todo el país. Efectivamente, el analfabetismo ha quedado reducido, según las últimas estadísticas, a un 14 por 100. Y aún es posible que en la actualidad, si pudiera hacerse rápidamente una estimación, sea inferior a esta cifra.

—¿Qué medios se han puesto en juego, fundamentalmente, para lograr todo eso?

—El presupuesto de Educación representa un 30 por 100 del presupuesto general, y, como le he dicho, se emplea con el apoyo y el entusiasmo de todos. Costa Rica es un país cuyos recursos no aumentan al mismo ritmo que aumenta, sin embargo, su población. Es cierto que somos una de las naciones de Centroamérica que no padece problemas raciales. Por otro lado, Costa Rica no mantiene ejército nacional, puesto que sus dimensiones reales y económicas no se lo permiten. Con la paz de su orden interno y con el ahorro de todo gasto, podemos emplear más dinero y atención en los problemas educativos.

—¿Qué acción podría ejercer España por Costa Rica en el orden de la cultura?

—Una acción tutelar, como la de los padres para con los hijos. Enviar misiones culturales —como en otras ocasiones se han recibido ya— para reforzar nuestras campañas. Compañías de teatro, pensadores y conferenciantes, y así lo he hecho constar al pedir un mayor acercamiento. El obstáculo del Océano Atlántico, que nos separa, puede salvarse de otra forma.

—¿Qué dificultades entorpecen la labor de la Hispanidad?

—La influencia inevitable de otros países. Hemos de estar vigilantes de que España



Facultad de Filosofía y Letras

sea la primera y principal fuente de influencia y de cultura. Costa Rica debe mucho también a Francia y a Estados Unidos, pero no puede olvidar que España es, por muchas y profundas razones, una auténtica Madre.

—¿Cómo juzga el panorama actual de las letras costarricenses?

—Es francamente bueno, y esperamos que la campaña por la pureza del idioma beneficie mucho a los jóvenes escritores y a las letras en general.

—¿Qué impresión se lleva, señor ministro, de España?

—En estos breves días que he permanecido aquí me ha impresionado el nivel tan avanzado en que se encuentra España en todos los órdenes. Especialmente en el campo de la educación —que es el que me ha ocupado—. España se halla verdaderamente a la vanguardia. Al hablar de España tengo que hacer constar mi agradecimiento profundo a Su Excelencia el Jefe del Estado por la distinción de que me ha hecho objeto, con la concesión de la Gran Cruz de Alfonso X el Sabio, que me ha sido anunciada; y al ministro español de Educación, señor Rubio García-Mina, por las constantes atenciones que he recibido en España durante estos días. En una palabra, todo ello me hace pensar y desear un próximo viaje a España.

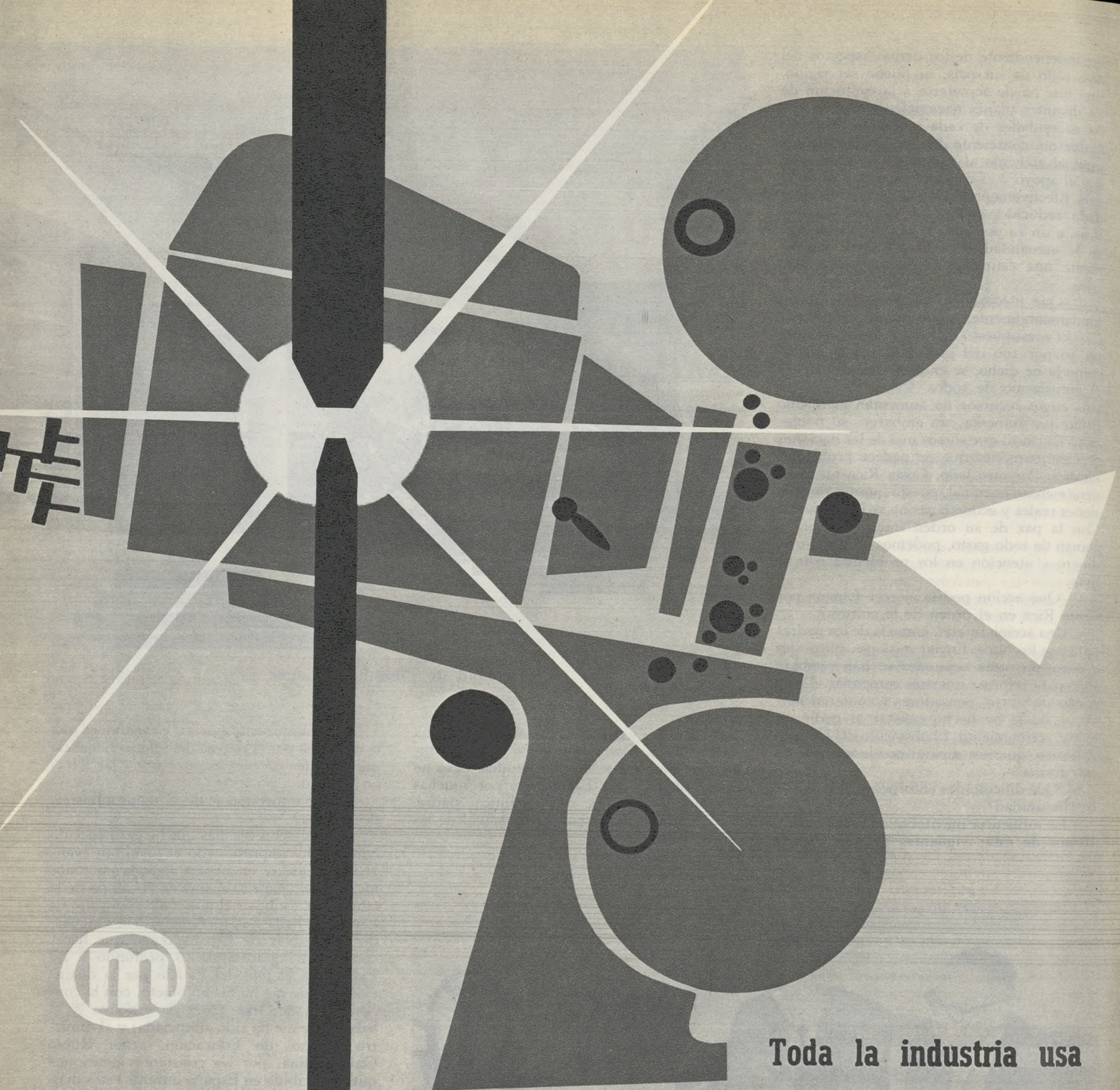
* * *

Agradecemos al señor Vargas Méndez y a don José Pozuelo, embajador de Costa Rica, la atención y la amabilidad con que nos han atendido. Mientras el señor ministro hace ya los preparativos para su partida, don José Pozuelo nos aclara todavía algunos extremos y nos habla de su proyecto de que a la campaña se sumen algunos intelectuales españoles con la organización de un curso cultural intensivo para el que —en los momentos en que transcribimos esta entrevista— se hacen los primeros trámites.



El Ministro de Educación, Sr. Vargas Méndez, con el Embajador, Sr. Pozuelo, charlando con un redactor de M. H.

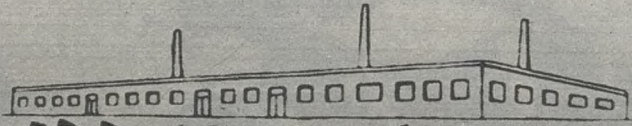
EDUARDO MARCO



Toda la industria usa

J. BRIONES

CARBONES ELECTRICOS **GELTER**


C. Móstoles S.A.
GELTER MARCAS REGISTRADAS 

Fábrica:
MADRID

Antracita, 10 al 16

Fábrica:
BARCELONA

Esplugas del Llobregat

LOS REYES CATOLICOS, FUNDADORES DE AMERICA

Por GREGORIO PRIETO



«Tanto monta, monta tanto, Ysabel como Fernando.» Se puede unir por afinidad o por contraste. Entre Isabel y Fernando existía contraste y afinidad, que en lazo armonioso les unió inseparablemente en sus vidas paralelas. De ahí la gran obra realizada entre ambos, producto del amor, comprensión y respeto.

Puestos en la balanza los recíprocos afectos que se profesaban, Isabel sale ganando: ella, más amante que amada, pero toda discreción y medida, siempre amadora, por la intuición genial del amor, en todo momento supo acertar, y así ganó el cariño de Fernando, porque el amor con amor se gana, y así, unidos en afinidad, realizaron la obra portentosa de la fundación de América.

En contraste, Fernando fue todo cautela, de cálculo inteligente, y su política sabia era justa en su matemático alcance, mientras que Isabel, intuitiva genial, celestial tora en su empuje y gozosamente bañada del amor de Fernando, por añadidura Dios le concedió gracia y suerte, rozando muchas veces el portento en su espiritual adivinación. Y así se iba desarrollando su vida de manera milagrosa. Los Reyes Católicos supieron aprovechar en beneficio del mundo y de sus adelantos toda ocasión propicia.

Gran diestro, Fernando dirigía con invisible batuta, y su esposa obraba en su noble bondad y como ser magnífico santificaba todo lo que le rodeaba. El talento político de Fernando se entrelazaba con la intuición de Isabel y su santidad en el obrar, que producían el milagro.

Por eso Isabel, yo creo, merecería ser Santa de altar, como propagadora sin límites de la Religión Católica, que fue la más alta meta que recorrió, y porque ya en su vida terrenal así la calificaron quienes supieron comprenderla y amarla.

Recibí gran alegría cuando vi en el zaguán

del Ayuntamiento de Plasencia una lápida de piedra que se dice estuvo antes colocada en una de las puertas de entrada a la ciudad, la puerta de Talavera, y en la cual se hace alusión a la toma de Granada. El motivo de mi satisfacción fue el leer, por primera vez, en una inscripción pública estas palabras: DIVUSQ — FERNANDUS + DIVA — HELISABET — SANCTA — CONIUNX. (El excelso Fernando y la excelsa Isabel, su santa esposa.)

Claramente se llama «Santa» a Isabel, lo cual viene a coincidir con mi idea, otras veces expuesta, de que si hay una Reina en la Historia digna de los altares es Isabel I de Castilla: idea defendida también por otras personalidades y eruditos, pues en verdad no me explico cómo no se ha santificado ya a esta santa mujer, el ser que más ha contribuido a extender el catolicismo en el universo. Me figuro que habrá razones que a mí no se me alcanzan, pero en mi ardorosa admiración a su vida ejemplar creo que debe ser reparado este olvido.

El dominico Padre García Figar, en las páginas de *A B C*, dice: «¿Es viable la beatificación de Isabel la Católica?», razonando y tratando de esclarecer este tema. «La Iglesia dice— mide sus héroes por la parte superior de sus almas, por sus renunciamentos voluntarios, por sus sacrificios cruentos, por su justicia sin miramientos sociales, por su fe teológica inquebrantable, por su esperanza sin medida, por su amor a Dios y a los hombres sin distinción de razas, clases o categorías. Por estos valores eleva a sus hijos a la categoría de los bienaventurados. El rigor con que mide los merecimientos de un bienaventurado, antes de subirle a los altares, es extremo. Hubo beatificaciones populares en los primeros siglos, aprobadas más tarde por la Iglesia...» «El Código Católico establece dos

categorías de bienaventurados: los mártires y los confesores. En la categoría de confesores entran las vírgenes, las matronas, las viudas. En las causas de las confesiones debe discutirse la duda: si constan las virtudes teológicas Fe, Esperanza y Caridad para con Dios y para con el prójimo, y de las cardinales, Prudencia, Justicia, Fortaleza y Templanza y de sus anejas en grado heroico en el caso y para el efecto de que se trata.» (C. 2.104.) «Para la beatificación de un siervo de Dios, además de la heroicidad de sus virtudes, se requieren milagros obrados por su intercesión.» (C. 2.116.) «Está previsto el caso en el que el bienaventurado haya recibido culto público o no lo haya recibido, no siendo esto inconveniente alguno para su beatificación. ¿Podrían probarse las virtudes heroicas, lo mismo las teológicas que las morales, de Isabel la Católica? Éste sería el comienzo de un informe para su beatificación.»

Entre otras muchas virtudes que poseía la Reina Católica, una de las más arraigadas era la «de su amor a Dios y a los hombres, sin distinción de razas, clases o categorías». Basta leer un trozo de un escrito suyo: «Traten muy bien e amorosamente a los dichos indios, sin que les fagan enojo alguno, procurando que tengan los unos con los otros mucha conversación y familiaridad, haciéndose las mejores obras que ser pueda...»

Isabel supo unir excepcionalmente a seres dispares, como hebreos, árabes y españoles, mediante su santidad amorosa, y tuvo la intuición divina de creer y ayudar a esa empresa «del otro mundo más allá de los mares», empresa que en esos momentos sería tomada como hechicería, mucho más osada que lo que ahora supone, en relación a época, que los posibles viajes a la Luna.

No acabaríamos nunca si tratáramos de razonar esos milagros entre humanos y divi-

nos de que Isabel era realizadora en todo momento. Podrían compararse su vida y sus acciones con las de Juana de Arco, Teresa de Jesús y Catalina de Siena, para ver si rivaliza o francamente supera a la de estas mujeres insignes en el terreno de la virtud heroica.

Por ahí andan unas hojitas (sólo para uso privado) con una «Oración para implorar la protección del Señor por intercesión de la sierva de Dios Isabel la Católica», que quién sabe si algún día darán sabroso fruto, ya que también parece que cuentan «las beatificaciones populares» para que la Iglesia tome cartas en el asunto.

En fin, doctores tiene la Iglesia que un día u otro, creo yo, resolverán favorablemente la santidad de nuestra Isabel.

Dejemos los terrenos vedados de la alta espiritualidad para pisar en otros que a patas firmes sostienen a los famosísimos Toros de Guisando, casi inmortales en su dura piedra de granito, que vieron llegar un buen día a sus rediles a Isabel. ¡Con qué respeto y amor intocable, pasional e imposible, serían testigos, viendo firmar la posibilidad de la grandeza de España estos toros que guardaban la Venta que sirvió nada menos que para contratar su reinado a la Reina Católica, unida más tarde al rey Fernando, para que fuera un hecho tal grandeza!

De estos toros sólo queda hoy el recuerdo perpetuado en la piedra. Sobre ellos ha habido revuelo y discusiones tremendas. No creo que haya existido una polémica de mayor empuje, unida a la erudición más precisa, a la literatura más exigente y a la más delicada y fuerte poesía. En ella han intervenido famosos escritores y eruditos, y sería curioso (y así intento hacerlo) ver publicados, reunidos algún día esos artículos para que se logre levantar de nuevo sobre sus cimientos la

Venta en la que Isabel fue jurada por Princesa y legítima heredera de los Reinos de Castilla y de León, un buen día de septiembre de 1468.

Mucho se ha discutido sobre si eran cinco o cuatro estos antiquísimos toros y sobre la época de que proceden. En realidad, resumiendo, para lo que esta discusión está encaminada, lo mismo da, pues lo importante y trascendental es que con este motivo de gran polémica se vea levantada esa Venta por la que España fue grande, ya que en aquella posada caminera se encontraron un día una princesa nacida para las encumbradas misiones y un pobre rey marcado con todas las taras que el destino, a veces, se complace en amontonar en un ser desvalido.

Esa Venta, además de recuerdo sería Fundación. Con ella se aunarían voluntades para realizar, a ejemplo de Isabel y de Fernando unidos, grandes empresas, ya que son símbolos de comprensión, ejemplos de videncia que, con voluntad creadora y mediante el amor, supieron poner en la práctica.

Queda constancia «del singular amor» en la Capilla real de Granada. En ella, dispuesta muy inteligentemente, hay una ordenación de los tesoros que Isabel donó a su muerte. Tesoro que la Reina Católica quiso quedara en su bien amada Granada, menos lo que el rey quisiese tomar para sí, como bien lo especifica en su testamento de mujer amante hasta el último momento de su vida: «... E suplico al rey, mi señor, se quiera servir de todas las dichas joyas e cosas o de las que más Su Señoría agradaren, porque viéndolas pueda tener más continua memoria del singular amor que a Su Señoría siempre tuve: y aun porque siempre se acuerde que ha de morir y que lo espero en el otro siglo y con esta memoria pueda más santa e justamente vivir.»

Memoria de singular amor. ¿Cómo no

había de ser singular también el amor en una mujer que no tuvo igual en el mundo? Memoria de singular amor lo es también la misma Capilla real, tan bella y recogida. Amor a Granada, bien ganada con sangre de los mejores caballeros de toda España, que tenían en sus campamentos, como un ángel tutelar y guardián, a la reina más grande de todos los tiempos.

Más de quinientos años han transcurrido desde el nacimiento de los Reyes Católicos. Ni los más feroces enemigos de la gloria de España —molestos, como molesta mirar el esplendor del sol cara a cara—, se han atrevido a empañar este espejo de virtudes.

Cuando en todos los rincones de esa América que tanto mimaron los Reyes se festeja su recuerdo como una fiesta propia es porque algo muy verdadero ha vencido al tiempo, porque sus voluntades aunadas en amor, sus virtudes, la rectitud, siguen siendo ejemplo para todos los humanos.

Para completar la idea total que se pueda tener de los Reyes Católicos, hay que venir a la Cripta granadina, donde no hay más que unos cofres cerrados y negruzcos, sin un adorno, sin nada superfluo. Los cofres nada más. Dios, arriba, que todo lo juzga.

A mediados del presente mes de octubre, Gregorio Prieto ofrece, en la Sala de Exposiciones del Instituto de Cultura Hispánica, medio centenar de óleos y dibujos sobre retratos de los Reyes Católicos y lugares históricos relacionados con su reinado, en la exposición que el artista titula: «Homenaje a los Reyes Fundadores de América».





Sos. de Rey. Carlos. 4.ª. 1957. J. G. V.



La Hispanidad, hoy



LOS ORIGENES Y EL DESTINO

Por ERNESTO PALACIOS

NO DEBEMOS ESPERAR, SINO HACER

Hay en la *Defensa de la Hispanidad*, de Ramiro de Maeztu, un capítulo titulado «La Hispanidad en crisis», sobre el cual conviene insistir, por la magnitud del problema que remueve y resuelve. Vivimos en una trágica encrucijada de la historia, en que domina la preocupación angustiosa por los destinos colectivos, y hay una conciencia despierta sobre los peligros que nos acechan y sobre la necesidad de elegir entre los caminos oscuros que se abren a nuestro paso. Sabemos que no es indiferente éste o aquél; que hay que elegir bien, porque en ello puede irnos la vida; que no debemos abandonarnos al optimismo providencialista, arrojó con que nuestros mentores halagaron nuestros oídos hasta adormecerlos y que hizo las veces de ideal nacional hasta los comienzos de la Guerra europea.

Nadie cree ya entre nosotros en el progreso indefinido hacia la democracia perfecta; ni en la retórica de tierra de promisión, fundada en la extensión de nuestro territorio y en el número de nuestras vacas; ni en el mito de la prosperidad creciente con que nuestros políticos pretendieron coonestar su imprevisión y su pereza. Hemos sufrido en carne propia los rigores de la crisis y nuestra dependencia de la política y la economía mundial; hay hambre en nuestros campos, porque sus productos se malvenden; el optimismo ha quedado relegado a tópico de oratoria oficialista, y nuestra confianza en el porvenir ha cedido ante el pánico y ha sido sustituida por un sentimiento de indefensión y la convicción consiguiente de que no debemos «esperar», sino «hacer» nuestro destino.

ORFANDAD DE IDEAL

Hacer nuestro destino. Fácil es decirlo; pero ¿estamos preparados para ello? Obrar, sí; pero ¿en qué sentido? Una nación sólo obra válidamente en el sentido que la determina su propia índole, prescrita en su historia. Para hacer, hay que ser. El problema de lo que haremos está, pues, para nosotros, condicionado por el problema previo de lo que somos. Y esto es lo grave. Porque si bien la conciencia del ser nacional se ha despertado vivamente en algunos núcleos precursores (que no coinciden, salvo alguna excepción, con quienes invocan la exclusividad del «nacionalismo»), dicha conciencia no existe como fenómeno colectivo. La conciencia del ser nacional supone un «querer ser», supone un ideal que

inspire la conducta, supone una meta. Y esto no lo tenemos, porque nos falta lo único que podría comunicárnoslo: una historia. No sabemos qué hacer porque no sabemos lo que somos; y no sabemos lo que somos porque se nos ha confundido deliberadamente sobre nuestros orígenes y no sabemos ahora de dónde venimos.

Un ideal nacional no puede consistir en que gobiernen los hijos de criollos o los hijos de gringos, en que haya democracia o dictadura, socialismo o fascismo, sino que debe contemplar la situación de nuestra patria en el conjunto de las naciones, mirar hacia afuera, no hacia adentro. ¿Cuál de nuestros hombres políticos, cuál de nuestros partidos demuestra sospechar siquiera la existencia de una misión exterior de la República? De ahí nuestra situación semicolonial, que no se cohonestaba con alharacas patrióticas, ni con la farisaica indignación ante las palabras de un concejal, ciertamente antipatriota por su filiación, pero que no hizo sino repetir plebeyamente los mismos conceptos expresados poco antes, en lenguaje diplomático, por un alto embajador patriótico, con el consentimiento, expreso o tácito, y aun el entusiasmo de los mismos que ahora se escandalizan.

SEÑALAMIENTO DEL DAÑO

Esa trágica orfandad de ideal en que se encuentran, como nosotros, todos los pueblos hispánicos, es el mal que señala magistralmente Maeztu en el libro citado. Orfandad que obedece a causas complejas, pero principalmente a la defección de las clases dirigentes españolas del siglo XVIII, que, seducidas por el espejismo de las ideas revolucionarias, renegaron de los principios en que se había fundado la grandeza del imperio. España olvidó su misión «católica», y este olvido señaló el comienzo de la disgregación. ¿Cómo reprochar a las jóvenes naciones surgidas de la anarquía militar sobreviviente a la consiguiente pérdida de rumbo y el buscar ejemplos extraños para su constitución y sus costumbres? Sólo quedó subsistente el vínculo del idioma, que barbarizó con entusiasmo, porque hasta en el abuso del galicismo seguimos siendo españoles, a pesar nuestro.

Al pretender emanciparnos de la tradición española, no hicimos sino seguir el camino de la metrópoli, que también se había apartado de aquella, como se comprueba por la formación mental de los prohombres de nuestra revolución: Capdevilla no se equivoca al hablar del «españolismo» de Rivadavia, siempre que se entienda por tal el de los «afrancesados» y

«progresistas», que propiciaron el sistemático descastamiento con castizo afán apostólico. De todo ello proviene la anarquía de España y la desorientación de la mayor parte de las repúblicas de Hispanoamérica, fluctuantes, según exacta expresión de Maeztu, «entre los yanquis y el sovieta».

A semejanza de los liberales de España, nosotros quisimos ser también cualquier cosa menos españoles. Pero entonces, ¿qué seríamos? Como no podíamos declararnos hijos de nadie, nuestro orgullo nos llevó a componernos una genealogía fabulosa, aunque vacía de la realidad sustancial que anima las leyendas de Cadmo y de Eneas. Según el mito, descendíamos de una hembra autóctona, que había sido fecundada por un dios extranjero, el genio de la Revolución Francesa, dando a luz un pueblo heterogéneo, pero dueño del porvenir. La doncella había tenido en su pubertad un mal trance con hombres vestidos de hierro, que le enseñaron su idioma y sus creencias. Convenía olvidarlo, para que sus descendientes dijese que aquello había sido un sueño. Acogiéndonos al precepto yanqui, llegaríamos a borrar hasta el estigma de la lengua que nos recordaba el desliz maternal, con sus balbuceos de Cruz y de Espada, con su obsesión de grandes palabras heroicas... La paternidad revolucionaria, ésta sí era nuestra razón de ser, nuestro título a la admiración del mundo, nuestro galardón, la cifra de nuestra esperanza.

LA CONCIENCIA HISTÓRICA

La adopción de este mito arbitrario envenenó toda nuestra vida colectiva. Porque declararnos hijos de la Revolución, tanto daba como declararnos hijos del Caos, ya que sus principios implican la negación de todas las condiciones de la convivencia social. Ellos nos obligaban a despojarnos, en nombre del Progreso, de nuestra religión heredada; en nombre de la Civilización, de nuestra predisposición atávica por la ventura; en nombre de la Prosperidad, de nuestro idealismo caballeresco; en nombre de la Igualdad, del culto por los héroes; en nombre de la Libertad, de la sumisión a la autoridad legítima. Todas las virtudes sociales en que habría podido fundarse la grandeza nacional fueron hostilizadas y befas, con el fin de imponernos un igualitarismo de hormiguero laborioso y laico, donde la única aventura legítima consistiría en enriquecerse, el único culto honrado sería el del becerro de oro y los únicos héroes los fundadores de escuelas destinadas a perpetuar esa abyección.

Renunciamos así a la Historia, para resignarnos a la pros-

peridad material de la factoría, cuya vida se cuenta por la periodicidad de sus balances. Y en esta empresa bastarda a que nos condenaba la generación organizadora, ni siquiera conseguimos el objetivo que nos proponíamos, ya que la riqueza material no la obtiene una nación con los mismos procedimientos de una casa de comercio, sino por añadidura, cuando se propone una finalidad trascendente a la riqueza misma. «Para ser ricos —escribe Maeztu— hay que tener conciencia de un ideal y de una misión. Esaú vendió por un plato de lentejas su derecho de primogenitura, y ésta es una de las parábolas de más extensa aplicación que se han escrito. ¿Cuántas veces no habrán hecho otro tanto los políticos de la América hispana y los de la misma España? ¿No hemos visto a los hijos de las mejores familias disputarse las representaciones de las firmas extranjeras, sin dárseles una higa de que estaban enajenando la economía nacional, al poner en manos extrañas lo que debiera hacerse por las propias...?» El ex embajador en la Argentina pone, sin duda, el dedo sobre la llaga.

¿Dónde está el camino de la salvación? Es el caso de repetir la fórmula que Maeztu adopta: *Ex proterito spes in futurum*. Sólo una revisión de nuestra historia nos pondrá en condiciones de proclamar abiertamente ante el mundo nuestro ser y nuestro ideal. Pero, por lo dicho, se infiere cuál será el sentido de dicha revisión, que tenderá, naturalmente, a restablecer el vínculo natural con la tradición hispánica. Acontecimientos recientes nos indican la persistencia de una reserva espiritual incalculable, que casi un siglo de laicismo materialista no ha logrado destruir y que sólo espera adquirir conciencia de su misión, conciencia histórica, para triunfar definitivamente.

HAY QUE REVISAR CONCEPTOS

Desde hace un tiempo viene formulándose en nuestra literatura, con intensidad cada vez más angustiosa, el problema de nuestro destino como nación. ¿Hacia dónde vamos? ¿Qué nos espera en el futuro incierto del mundo? Se explica la ansiedad, se explican los ojos ávidos y el corazón oprimido, porque nunca ha estado el porvenir tan oscuro, tan cargado de nubes tormentosas. Pero la respuesta no es fácil.

Porque para saber cuáles fuerzas habrán de prevalecer en el rumbo que tomemos, es indispensable conocer previamente nuestra índole colectiva, nuestro ser. Y un pueblo no es algo estático, sino en movimiento: es un organismo vivo. Y sólo cabe conocerlo en toda la extensión de dicho movimiento, vale decir, en su nacimiento y en su historia. La interrogación sobre los orígenes y la respuesta a aquélla será tanto más acertada cuanto más nos preocupemos de responder exactamente a ésta.

Por supuesto que una cuestión tan ardua no admite, ni puede admitir, respuestas simplistas, ni una solución definitiva y permanente. En rigor, cada generación se la plantea y la resuelve a su manera, la que mejor conviene a su vocación circunstancial. Así ha ocurrido entre nosotros. Pero la eficacia de estas interpretaciones se juzga por sus resultados: no todas son igualmente válidas. Porque, o bien se les otorga a las verdades históricas un carácter meramente relativo y pragmático, o bien se acepta la posibilidad de un perfeccionamiento del sentido histórico, de una certeza obtenible a través de sucesivas rectificaciones. Si lo primero, la pregunta referente a nuestros orígenes no tendría sentido. Si lo segundo, cabe admitir un juicio de valor sobre todas las respuestas ya formuladas. El criterio para determinar su error consistiría, principalmente, en verificar el agotamiento de sus virtualidades de acción. Una filosofía de la historia sólo puede ser verdadera en la medida en que es fecunda; en la medida en que sirva como repertorio de normas de realización práctica actual. La determinación de los orígenes y el desarrollo sólo interesa en función del destino.

La angustia, la desorientación en que nos debatimos, ¿no indica que hemos perdido el rumbo? ¿No indica que nos equivocamos sobre nuestro ser porque acaso haya una desviación en el juicio sobre nuestros orígenes? ¿No indica la necesidad de revisar algunos conceptos heredados?

Es lo que me propongo hacer como contribución personal a los festejos del Día de la Hispanidad.

DEPLORABLE ACTITUD POLÉMICA

Tanto la generación de la Independencia como la de la organización nacional encararon la cuestión de nuestros orígenes y, por consiguiente, la de nuestro ser y nuestro destino, en una actitud de polémica con respecto a España. Era el enemigo; la garantía de nuestra existencia consistiría en diferenciarnos, en renegar en lo posible de su influjo. Todo el pensamiento del siglo contribuía a legitimar esa posición. Corría la época de la expansión de las ideas revolucionarias, democráticas, la época del liberalismo, y España pareció quedar retrasada en un movimiento que se suponía fatal. Atraía todas las miradas, en el Norte, el crecimiento fabuloso de los Estados Unidos. Y nosotros creímos encontrar en sus instituciones el modelo perfecto de la organización civilizada, y el compendio de todos los vicios en la nación que nos había dado el idioma y la fe.

Teníamos defectos: los conocíamos. Y como estos defectos (o, mejor dicho, particularidades consideradas defectuosas por la equiparación con el patrón yanqui), eran típicamente españoles, se dio en considerar nuestro origen como una desgracia y el purgarnos de esas taras, es decir, el descastarnos, como el secreto de nuestra salvación. Los mejores espíritus se empeñaron en buscar argumentos que probaran la existencia de una diferencia sustancial entre nosotros y los

fundadores. No bastaba con la simple aspiración a diferenciarnos; había que sostener que ya éramos distintos. El principal paladín de esta campaña fue Sarmiento. El más absurdo, Alberdi, con su abyecta equiparación del heroísmo y la barbarie y con su ideal de poblar el territorio con inmigrantes nórdicos, protestantes, que limpiaran hasta los últimos vestigios de la herencia nefanda.

Pero si no éramos españoles, ¿qué seríamos...?

Desde los primeros tiempos de la Independencia, ya se había esbozado una mística incipiente, estimulada por el humanitarismo del siglo, que daría respuesta a esta interrogación inquietante. La necesidad de ostentar una genealogía se tradujo en una idealización y una glorificación del indio aborígen, víctima de la conquista. Esta glorificación se inicia con los escritos de Moreno, de Monteagudo, de los principales voceros de la Revolución, y alcanza forma política en el proyecto de monarquía incaica. No es difícil percibir la vinculación de dicha propaganda con la idealización del «hombre natural» que se había hecho carne en la mentalidad de ese cuarto de siglo: era la influencia de Juan Jacobo, traducido por Moreno. La consecuencia de todo esto fue remachar, con fines polémicos, la solidaridad de los americanos con el aborígen, contra el español; el considerar la revolución como un desquite de la «usurpación» cometida por España, y el entroncar artificialmente a las nuevas naciones libres con la tradición indígena. Nuestros antepasados no serían los españoles. Nuestros héroes no serían los Cortés, los Pizarro, los Mendoza —esos «tiranos»—, sino Lautaro, Caupolicán y Tupac Amará...

Las generaciones siguientes persistieron en ese espíritu, como lo demuestra, entre otras cosas, el empeño de don Vicente Fidel López en otorgarles una ascendencia ilustre —aria— a los indios peruanos. Pero la actitud antiespañola se manifiesta, especialmente, como europeísmo liberal «iluminado», que abomina de España, sobre todo de su tradición católica «oscurantista». El acento histórico se hace europeo. Se invoca y se sigue el ejemplo francés e inglés. No nos consideramos, desde luego, españoles; sí (aunque un poco a pesar nuestro, como transacción) «latinos». El problema de los orígenes pierde en importancia. Liquidada la Guerra de la Independencia, se mitiga el indianismo polémico y se le sustituye por la convicción de que nuestra tarea colectiva consiste en ponernos a tono con las últimas novedades de allende los mares. No seremos, pues, una cultura alimentada por las raíces, como todas las verdaderas culturas, sino por las ventosas o garfios de sus ramas, como las plantas parásitas. No una cultura auténtica, sino de imitación.

HACIA LA REVALORIZACIÓN DE LO ESPAÑOL

La inquietud por la procedencia y el destino nacional se acentuó con motivo de los exámenes de conciencia del centenario, y se tradujo en una revalorización de lo español entre nosotros. Pero el sarmientismo no había pasado en vano, y la sustancia de dichas tentativas consistió en medir, en dosificar cuál había sido el verdadero aporte de España a la obra de nuestra formación y cuál el de otras culturas: como si se tratara de valores equiparables.

Las disidencias se limitaban a la apreciación de las proporciones. Todos coincidían, empero, en adjudicarnos la hibridez como un galardón. Se fluctuaba entre quienes otorgaban a España la primacía y quienes a Francia; volvió a aparecer el indio, cuya realización literaria más acabada fue el mito de Eurindia. Los españoles, apelando a la «maternidad» española, nos aconsejaban una permanente sujeción a la influencia peninsular. Los latinizantes (que tuvieron su cuarto de hora cuando la Gran Guerra), a la francesa o a la italiana. Los indianistas, por su parte, se empeñaban en que llorásemos, sin ganas, por la extinción de los incas.

Pero ¿qué éramos nosotros en realidad? Porque la clave de la cuestión consistía en saber dónde estaba nuestra tradición verdadera. Puesto que existíamos, debíamos tener un origen cierto. Y los más decididos españoles, no obstante su obsesión de la maternidad española, consentían en la interpretación histórica heredada, que nos atribuía una diferencia «sustancial» con España, proveniente de algún padre desconocido... ¿La Revolución Francesa? ¿La Constitución norteamericana? ¿El indio? ¿La inmigración internacional?

SOMOS LA PROLONGACIÓN DE ESPAÑA EN EL RÍO DE LA PLATA

Creo que ya es tiempo, para nuestro bien, de terminar con esa actitud farmacéutica, que pretende calificarnos por los ingredientes reales o imaginarios que entran en nuestra composición y que padece la equivocación básica de confundir lo esencial con lo accidental, lo genuino con lo adventicio, la forma con el elemento material, indeterminado.

Si hablamos en términos de filosofía de la cultura, no hay, en mi opinión, problema alguno. Estamos lejos de ser un producto híbrido. No descendemos de estas o aquellas corrientes mezcladas. Somos españoles; mejor dicho, somos la prolongación de España en el Río de la Plata, por la persistencia entre nosotros de los dos elementos diferenciales, constituyentes de cultura, que son la religión y el idioma. No provenimos, espiritualmente hablando, de españoles e indios, sino exclusivamente de los primeros. Nuestra verdadera tradición, nuestra historia, es la de España, a través de los conquistadores, que siguen viviendo en nosotros.

La influencia indígena ha sido aquí, en la Argentina, nula como contribución de cultura e ínfima como aporte de sangre. Por lo demás, ¿qué pueblo del mundo puede blasonar de pureza racial? Somos una nación blanca, de población integrada por corrientes inmigratorias superpuestas al núcleo originario; pero donde conserva éste el predominio espiritual mediante los elementos formativos de la fe y el habla.

Considerada la cuestión de este modo, que parece obvio, pero que, según hemos visto, no lo es, se abre un horizonte amplísimo ante nuestros ojos. Podemos, por lo pronto, determinar claramente nuestra actitud con respecto a España, con respecto al aborígen y con respecto a las influencias extranjeras que han colaborado en el desarrollo de nuestra vida nacional.

Con respecto a España, el hecho de considerarnos como una prolongación en América de su raza y de su historia, excluye la posición de minoridad a que el españolismo tradicional nos condenaba. No; nada de tutelas. Continuamos la historia de España aquí, en América, al mismo título que los habitantes de la Península la suya; ella nos es común hasta que se bifurca por el trasplante; Pelayo está a la misma distancia de unos y de otros, y tan nuestros como de ellos son la lengua y el romancero y los grandes capitanes de la conquista. Tenemos una manera peculiar de ser españoles, que ha cambiado de nombre y se llama ser argentinos. Constituímos una rama autónoma y no inferior de la hispanidad, según la palabra reanimada por Ramiro de Maeztu. Y dónde se realizará mejor el destino de la raza, si aquí o allá, sólo el futuro puede decirlo.

Con respecto a las influencias extranjeras en nuestras ideas y en nuestras instituciones, el reconocimiento de nuestra esencia española pone de relieve su carácter adventicio. Liberalismo inglés, francés o norteamericano deben cargarse en la cuenta del «espíritu de la época», al que no fue ajena la misma Península. Hoy está siendo barrido por el comunismo ruso, que no alcanza tampoco a desnaturalizar la sustancia invariable.

Por lo que se refiere al indio como elemento «esencial» en la formación de nuestra nacionalidad, cabe advertir que esa invención de los doctores de las ciudades que habían leído a Rousseau (y que se ha perpetuado en la interpretación corriente de nuestra historia, de tal modo que resulta difícil desarraigar de las mentalidades escolares la idea de la «usurpación» española —fácil tema de elocuencia para los primarios— y de la «revancha» de la Independencia), esa invención polémica, repito, no fue nunca sentida verdaderamente por el pueblo de nuestra campaña, que conoció al indio antes de que fuese exterminado. El de la realidad no era, por cierto, el que se conoce leyendo a Chateaubriand en un sillón confortable.

LA CONCIENCIA DEL ORIGEN ANTE LA INCÓGNITA DEL DESTINO

El decir que somos España trasladada a América y prolongada en la historia significa el simple reconocimiento de un hecho innegable. La conquista española en América cumplió todos los requisitos esenciales para la transmisión del espíritu. El conquistador vino con sus penates, como el padre Eneas troyano a las costas remotas de Italia, y dejó sus hijos, su idioma y su fe. Acto imperial que engendra imperios, según lo sabía Virgilio, doctor en fundaciones:

*dum conderet urbem
inferretque deos...*

La aplicación de este punto de vista a la interpretación de la historia argentina resulta fecundísima en consecuencias. Por lo pronto, incorpora a nuestro panteón las figuras de la historia española en su época más gloriosa; nos da una nueva luz para juzgar la Guerra de la Independencia, y nos proporciona un criterio para distinguir, en los sucesos posteriores, las corrientes genuinamente nacionales de aquellas que, por excesiva adhesión a ilusiones o intereses momentáneos, nos apartaban de nuestra verdadera tradición, de nuestro ser profundo.

Pero, sobre todo, nos comunica la conciencia de un origen, de una raíz nutridora, en cuya savia nos recuperamos periódicamente. Nos da el secreto para no seguir dispersándonos en locas aventuras de imitación, siempre estériles, ya que no hay renovación verdadera fuera de lo tradicional, ya que «lo que no es tradición es plagio». Dice Santayana que «entenderse a sí mismo es la forma clásica de consuelo, y eludirse a sí mismo, la romántica». ¿No habrá llegado para nosotros la hora del clasicismo, después de tanto fantasear?



CANTO A LA

Aguas vivas, caminos que Dios mismo tenía
sin designar apenas, laberinto probable;
tentación de los hombres con la dulce madera
dócilmente curvada para formar la nave;

tiempos cuando la brújula era rosa del todo,
vientos como sus pétalos de unánime apariencia,
marineras jugadas cuando el triunfo era carta
que había que buscarse donde la muerte empieza;

manos que dibujaban torpemente los mapas,
aprendices alumnas de la lección del mar,
manos que iban dejándose islas entre los dedos,
dudas en los timones hacia la inmensidad;

tradición geográfica de la Grecia helenística
manteniendo la hermosa redondez de la tierra;
sueños de navegantes contra los meridianos,
cabos a los que dieron su nombre las tormentas,

yo os veo en la distancia decidiendo inquietudes,
ofreciéndole tragos a la sed española,
mintiéndole bordadas al dios de los naufragios,
desafiando astros y enamorando costas;

yo os veo ya tres árboles que un bosque ha separado,
tres fuerzas teologales de una fe nunca dicha,
tres formas de la tierra volcándose en el agua,
tres industrias del hombre rumbo a la epifanía.

Y, de pronto, el milagro y el regalo del cielo:
mejor que lo buscado, lo que el Señor dispuso;
occidente tenía aún un occidente,
tenía otros latidos el corazón del mundo;

de pronto, esa gran dalia de atlántica belleza,
el más allá que alumbra la tenebrosa sima,
esa mitad del fruto que completa un prodigio,
esa tierra que es gala de la que la origina.

Voy a decir su nombre y el mío estoy diciendo;
llamo y se me enamora la mano en la llamada;
voy a escribirlo y siento que escribo entre mis venas,
voy a juntar sus letras y se arrodilla mi alma;

sus letras brilladoras que en la noche del tiempo
elevan una mágica constelación de oro;
siete letras que evocan la bíblica semana:
lúcido candelabro de Dios ante su Trono.

Digo América y digo «el mundo está bien hecho»;
digo América y digo «ya está entera la fruta»;
digo América y gozo su vecindad amante;
digo América y una forma de amor se alumbra.

En su sola palabra, como el que llama a un hijo,
hay un volcán ardiendo de arrojadiza entraña;
en su sola palabra, como el que graba un árbol,
hay una tierna herida jugosa y delicada,

Por

José

García

Nieto

HISPANIDAD

hay un brazo que lleva, pródigamente extenso,
cruces en los navíos, cruces en los arados,
hay una voz que dice lo que decir quisimos,
hay un sueño que vuelve realidad lo soñado.

Digo América y digo trance de amor, y digo
memoria más durable, gracia más espejada,
forma pura en el tiempo de mi misma cantera:
digo América y digo sublimación de España...

Y os veo, ciegos héroes, andando sin descanso,
superando los ríos, desbrozando las selvas,
tocando con los dedos flores de un primer día,
poniendo el pie en el sitio de la imposible huella;

os veo entre los pájaros de millonaria pluma,
entre las cordilleras de sucesiva nieve,
junto a las soledades de la llanura insomne,
bajo cielos distintos y estrellas diferentes;

os veo dando nombres a tanta maravilla
que, ni tierras natales, ni novias recordadas,
ni santos de las diarias íntimas oraciones
bastan para el bautizo de estas nuevas Españas.

Y se elevan Santiagos, Córdobas, Cartagenas,
Toledos y Valencias, y Cuencas y Trujillos;
santo y seña viajero de los tensos fervores,
testimonio de estirpe, naturaleza en vilo...

Y os veo dando a un tiempo la invención y las leyes,
haciendo compatibles costumbres y sorpresas,
dejándole al reinado del corazón la norma,
que amor que bien se gana no quita fortaleza.

Tiempo nuevo de España, carne nueva de España,
razón de ser de España, de estar para la entrega,
fruto que madurando completa su hermosura,
aunque de aquella rama maternal se desprenda;

América de antigua y enorme varonía,
sangre que en valiosísimo torrente nos prolonga,
bien te enseñó el oficio de dar tierra a la tierra,
de dar nombre a los nombres la España nombradora;

América, en tu sitio nuestro lugar encuentras,
en tu hermanada altura nuestra talla levantas:
Bolívar ha nacido de nuestra misma fuente,
ha vuelto cauce arriba por nuestras mismas aguas.

No hay libertad que escales que a España no libere;
nada que tus heridas abra que no nos duela;
no hay sol que tú levantes que nuestra luz no acuse,
no hay sombra que te cubra que no nos ensombrezca.

Eres en nuestro verbo y estás en nuestras cruces,
nuestro árbol enriqueces, propagas nuestro grito:
eres como un espejo donde se están mirando,
eternamente jóvenes, nuestros ojos antiguos.

Los fogosos caballos que cabalgó Pizarro
¿no son hoy un galope continuado en la Pampa?
¿Y los gauchos, aquellos centauros de otro tiempo
que imaginaron dioses las huestes de Atahualpa...?

Iglesias mexicanas, Virgencitas morenas,
credos de mis mayores con popular hondura;
Lima con esas calles de los varios oficios
—«Plateros», «Bordadores»— de madrileña alcurnia;

las Antillas, tendiendo su collar desgranado
hacia un cuello imposible de inabarcados mares,
¿no son otras Canarias crecidas con fortuna,
dorándose, meciéndose bajo los platanales?

Perú, Ecuador y Chile de oestes marineros,
Colombia con la lengua más pura de Castilla,
llanos de Venezuela —Manchas de otros Quijotes—,
borriquillos ibéricos por cumbres de Bolivia;

piedras que nos repiten, piedras que nos completan,
y una canción que dice cosas que ya dijimos;
una danza que acaso perdimos en el aire,
una voz que nos dice lo que un día hemos dicho.

América transida, mirándote a ti misma,
bastándote a ti misma, la de andadura firme,
vamos reconociendo tu paso entre los pasos,
sabemos que existimos a veces porque existes;

tu juventud enciende las posibles cenizas
de tanta pasión junta para darle a la tierra
una oración de labios siempre proclamadores
de la verdad de Cristo en una hermosa lengua;

América difícil de amor; difícilmente
comprendida en su mágica vigilia bautismal;
América del oro mejor, el que se alza
con la espiga y el árbol junto al cañamelar;

te veo con el rostro que nos recuerda, el brazo
que arrancó en nuestras vastas raíces creadoras,
redescubriendo un mundo con español estilo,
volviendo antigua savia al corazón de Europa.

Tú eres la carabela feliz y regresada;
tú la de un viaje último donde emprendimos cien;
tú el fénix levantado de la gloriosa lumbre
que quemara las naves finales de Cortés;

tú siendo el pulso nuevo, el vigor del futuro,
tú la clara mañana sobre el árbol capaz,
donde los nidos tienen calor de los de antaño,
donde pesan las ramas con el fruto en agraz.

Canto lo que te espera, lo que por ti le espera
a la Cruz y a la lengua con que nos hermanamos;
canto por la más virgen de nuestras heredades,
canto lo que nos salva cuando te estás salvando.

A la busca de



Torre en la calle de la Araña

Por

Francisco

Leal

Insúa

Sol implacable en el Anfiteatro de Itálica. Buscar una Sevilla sin tópico es encararse a la dificultad, pero puede vencerse mirándolo todo en riesgo de transpiración durante los primeros días de agosto, cuando la ciudad se vacía y ya no hay mariposas. Y como el gran río antes de ser árabe fue romano, debe empezarse por Itálica. Naturalmente, olvidando a Rodrigo Caro y a Francisco de Rioja, a Gautier y a Merimée. Por eso llegamos limpios de retórica, sin mentalidad de manual, sin documentación de museo, sin miedo a la insolación, sin guía... Y nos encontramos, de pronto, en una soledad absoluta de campo ante la fosa bestiaría de este Anfiteatro, que hace dos mil años cobijaba a veinticinco mil personas, llegadas por todos los caminos, en ese graderío ahora descarnado y ya sin más espectadores que unos lagartos grandes atentos al relumbre azulante de los saltamontes que practican su corto vuelo de catapulta. Y encima de esta gran caja elíptica, la gran tapa del cielo.

¿Qué amores y qué dolores habrán comenzado y terminado aquí, en tardes como ésta? El rumor lejano de las legiones por las calzadas, la furia de los gladiadores, los ayes de los vencidos..., todo está enterrado bajo esta luz, todo ausente de esos vomitorios, de esos derrumbes, de la umbría de las galerías interiores a las que sólo llegan unos graznidos de cuervos desde los olivares circundantes, como en tiempos los alaridos próximos de las fieras.

La importancia de Itálica hay que medirla por la grandeza de su Anfiteatro. El colorista mudejarismo de Sevilla hay que interpretarlo a partir de estos grises y ocres del hormigón romano sustentador de mármoles y de mosaicos. E incluso la historia universal tiene aquí sus parcelas. Por eso, resulta emocionante pasear por esta calle principal de Itálica entre las calas abiertas del alcantarillado centrado en sus ocho metros de calzada más otros cuatro a cada lado, a modo de aceras porticadas. Pasear lentamente, como lo harían los patricios dialogantes, con las clámides recogidas, a la espera de nuevas de las batallas en las que tomaban parte los italicenses. Sentarse en cualquier basa truncada de estos edificios residenciales que aún conservan su propio trazado, la iniciación ascendente de sus muros, los sorprendentes mosaicos de sus pavimentos terrosos...

(Sobre la tracería estática de esos mosaicos recalentados por el sol pasa la bramante sombra de un avión de línea. La cabeza de Baco, asomada al centro del solerío de la casa de los pájaros, se queda con sus cabellos de cristal de roca enhiestos de coraje. También la trepidación fugitiva hace cabecear filosóficamente a los cipreses del altozano. Y, de nuevo, la quietud solar...)

A la derecha de esta vía central de Itálica, dicen que la más ancha que tuvo el Imperio Romano, se ve aún el umbral de piedra de otra casa con tres accesos de entrada. El del medio está más gastado que los otros porque las pisadas eran por ahí más frecuentes. Huellas de amor, de trabajo y de lucha. Esos pies, ¿a dónde iban, de dónde venían? Ahora que todo está muerto en la muerta ciudad de Itálica aún quedan vivos los testimonios: en el acceso de la izquierda se conserva el hoyuelo del pivote de la cancilla con unas curiosas rayaduras semicirculares que demuestran que esa puerta arrastraba un poco su peso sobre la piedra del umbral. ¿Qué manos femeninas la abrían para dar a la colonia la gracia de su presencia enamorada? ¿Qué modelo de estatua venusina salía por esa puerta a sentir el rumor del Betis cercano en horas de inundación?

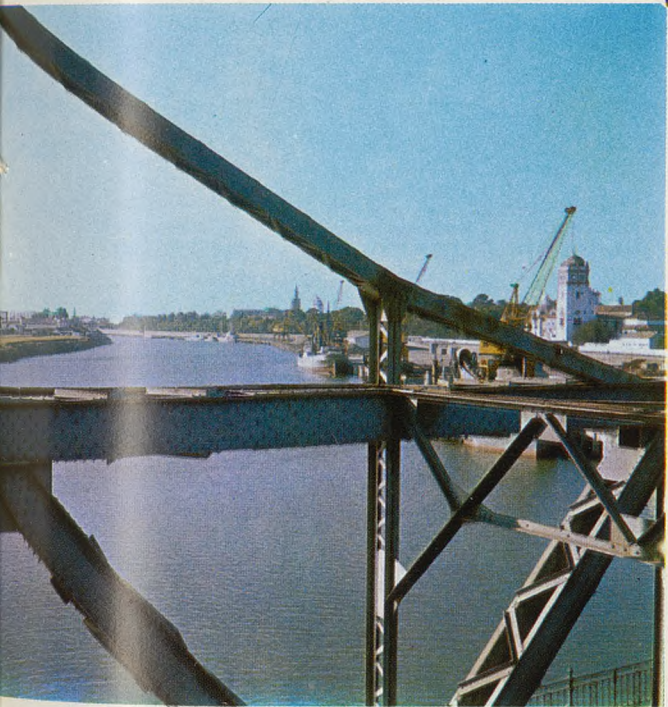
Los mosaicos, en los museos, carecen de la emoción del lugar. Aquí, sirviendo aún de pavimento a las moradas tal como las dejaron hace dos milenios los vencedores de Cartago, dan una sensación de hogar vacío, pero al que pudieran volver sus gentes en cualquier momento. Y se identifican perfectamente los aposentos que servían de dormitorio porque en ellos el dibujo respeta un ancho margen blanco al lado de la pared a la que se arrimaba el lecho. ¿En qué saleta de éstas aguardaría la madre de Trajano noticias de su esposo, mientras el primer Emperador provincial que tuvo Roma, niño aún, aprendía el ejercicio de las armas por estos campos? ¿En cuál yacería Publius Aelius Adrianus con su mujer, la gaditana Domitia Paulina, para engendrar al segundo de los emperadores provinciales del mundo, que también en estas tierras béticas habría de iniciarse en los lances de la caza? Mansiones, pórticos, termas, torres, murallas, aljibes, el acueducto, el gimnasio..., todo subyace en este Santiponce caminero con la vecindad monástica de San Isidoro del Campo, en una obsesionante nostalgia de histórica grandeza.

Y Sevilla. Sorpresa marítima de tierra adentro con alaridos de barcos a cien kilómetros del mar... Sevilla, de noche, sin liturgia

una Sevilla sin tópico



Ruinas del Anfiteatro de Itálica



◀ Muelle de Tablada: Un mar interior a cien kilómetros del Atlántico

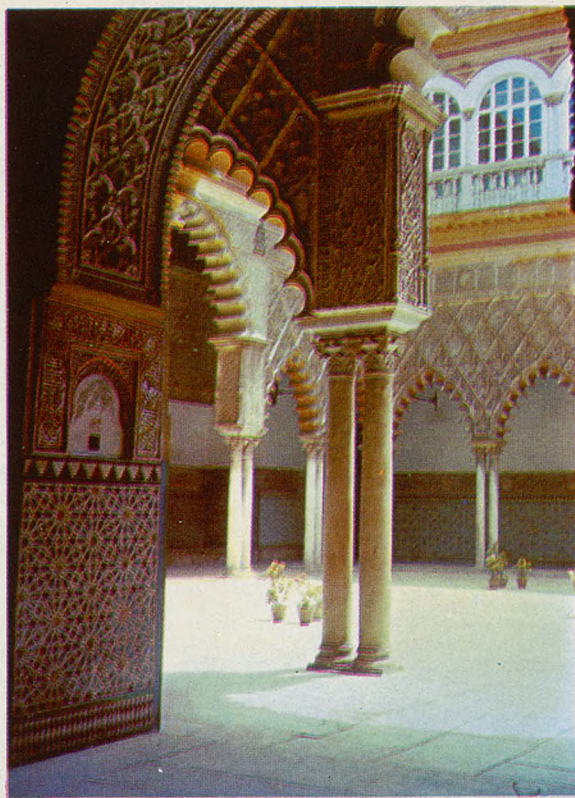


Pináculos y arbotantes centrales de la Catedral, desde la Giralda

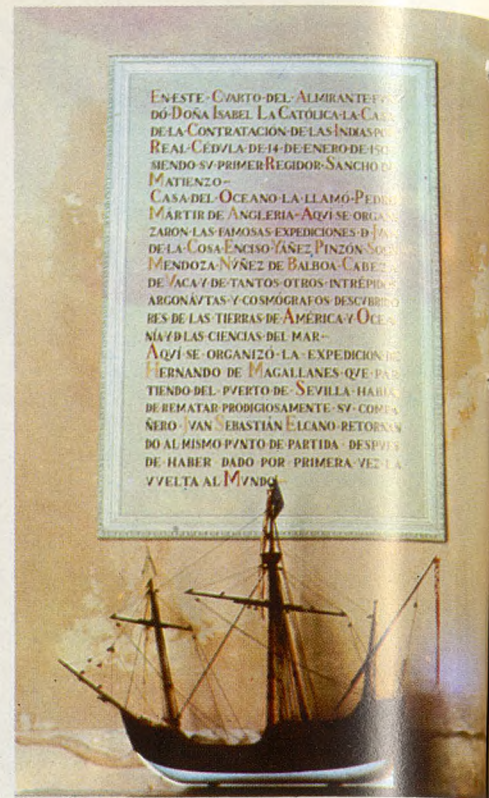
◀ Uno de los puestos de refresco frente a la Plaza de la Maestranza, bajo el sol de un domingo con toros



Entrada al Archivo de Indias



Arquería del Patio de las Doncellas



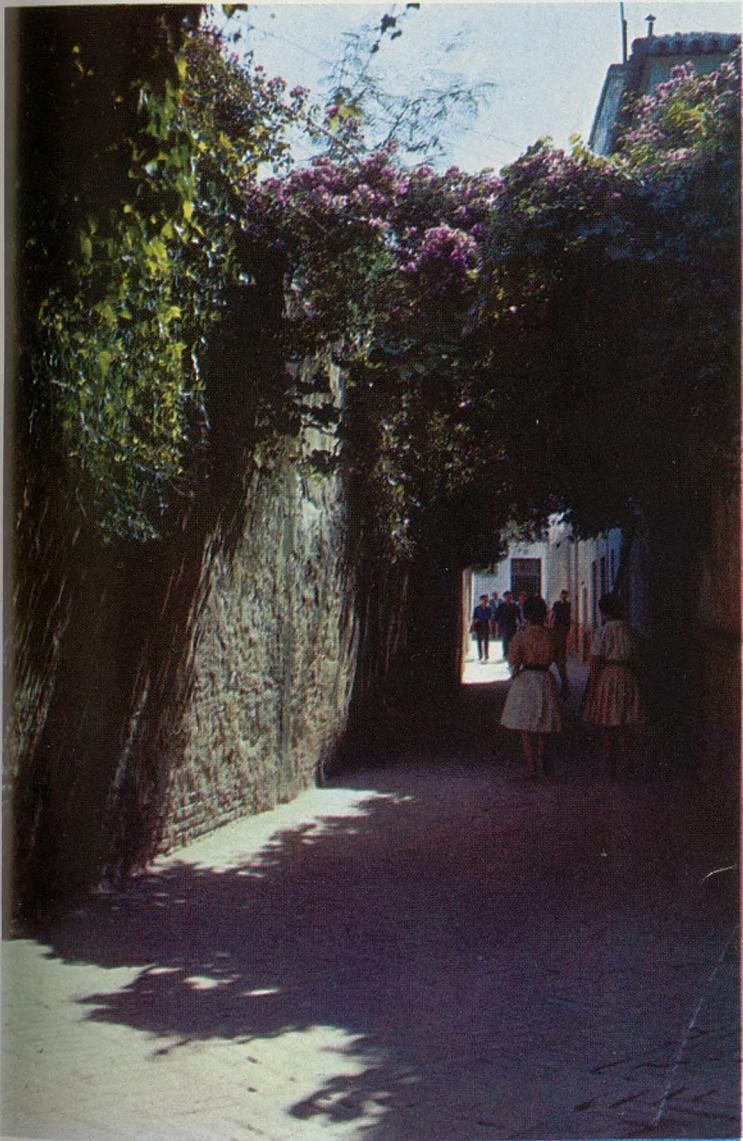
Sala del Almirante, en el Alcázar

Fuente y cipreses de los Reales Alcázares





Una calle del barrio de Santa Cruz



Las trepadoras se cuajan de flor y techan la calle del Agua

Asombro de niña ante la ciudad, la plaza de toros y el río ►

Cada mirador de la Giralda ofrece una sorpresa plástica ►





La sombra de la torre incomparable se acuesta sobre la plaza de la Virgen de los Reyes

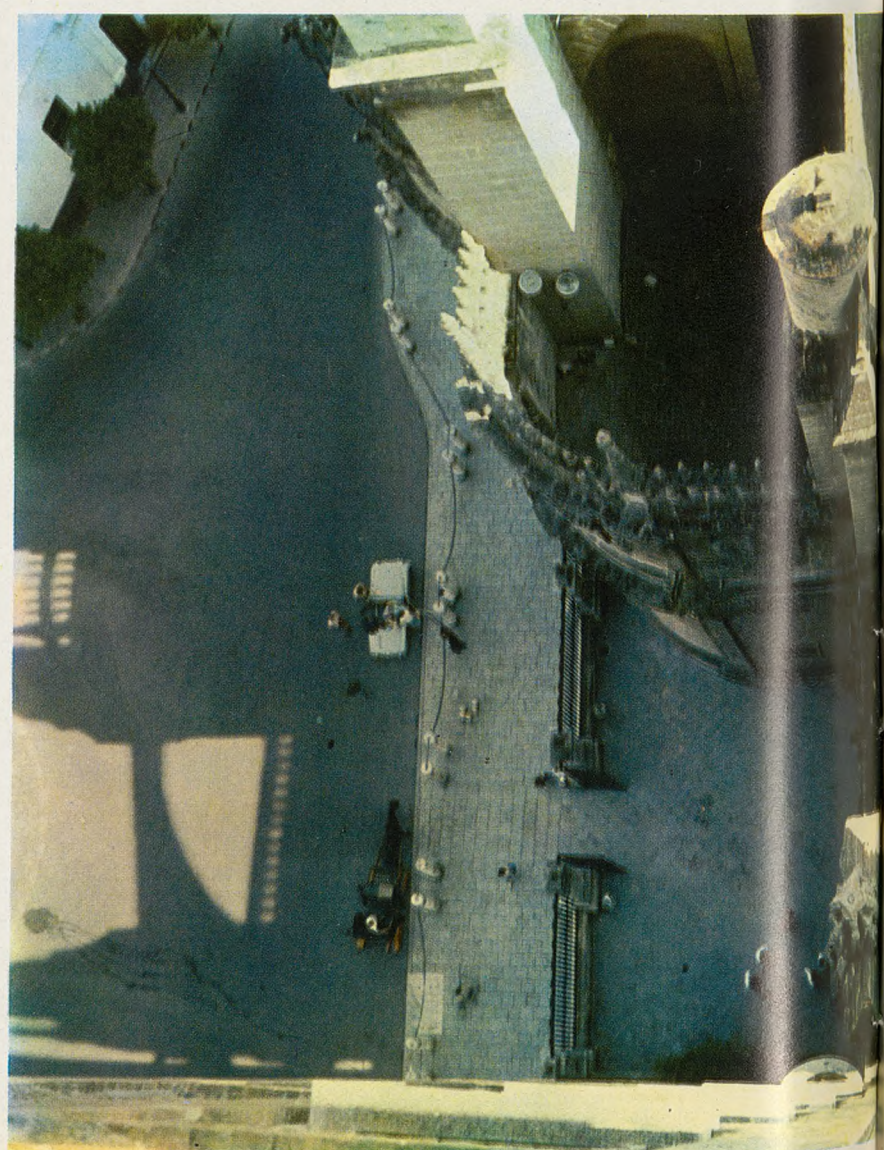


Desde la primera azotea, la Giralda entrega a Sevilla en mosaicos sorprendentes

El Patio de los Naranjos, con el acceso central de la Puerta del Perdón



Visión en profundidad de la puerta de entrada a la Torre más notable de Europa



A la busca de una Sevilla sin tópico

anual, sin feria, en soledad de su propia gente y sorprendida de voces nórdicas. Con un presentido andalucismo geográfico, unidas las orillas por el abrazo apasionado de los puentes ante el consentimiento vigilante de la Torre del Oro. Detrás de la reja de cada patio hay una susurrante palpitación familiar. De un balcón encortinado cae el ritmo jubiloso de las castañuelas, reiterado, obsesivo, imperatorio y viene a dar a los pies —no a los oídos— del viajero para una tentación de flamenquismo en este arte contagioso de la crotalogía. Luego, una terraza junto al río, que pasa calmo y oscuro, cuajado de estrellas...

En todas las calles cantan incansablemente los grillos de las noches sevillanas; entre las plantas y las flores que hay delante de algunos escaparates, bajo las rejillas de madera que ocultan la raíz de los árboles callejeros, en las grietas de los muros. Y no se asustan del tráfico ni de cualquier otro ruido, pero adivinan los pasos furtivos que se enfilan hacia el cobijo del cantor de turno. Alegría de vivir de todo ser viviente bajo este cielo propicio al canto modulado en hondos suspiros con punteo de guitarra y palmas a compás. Pues ¿en qué lugar y en qué hondura la guitarra y el canto y las palmas pueden tener la ancestral resonancia de las altas noches de Sevilla? No se sabe si suben de la fronda de una tapia o si bajan de una nube próxima.

Al día siguiente es domingo, con toros en la Maestranza. Hay sol. Un sol penetrante y oloroso que se adhiere como un sinapismo vital. El que quieren sentir los extranjeros sobre su piel renunciando a las localidades de sombra para enardecerse más a la hora de matar... Mientras, también hay quien prefiere deambular de nuevo por las calles para ver en esta luminosidad exultante cómo van y vuelven y giran y suben y bajan y se acometen y se sortean y se acoplan las libélulas rojas. A veces, una niña persigue con la mano alzada y abierta a estos ágiles caballitos del diablo, que poseen una maniobra escapista como ninguna otra creatura voladora. Pero las libélulas se elevan entonces o se abaten o se enfilan por la acera como en orilla de río, quizá para ir a refugiarse bajo algún árbol de los que hacen corte a la estatua de don Esteban Murillo o a la de don Diego Velázquez, a ver si sus pinceles de bronce son más propicios que los de pelo de camello que manejaban en vida, ya que de estas hermosas libélulas de las calles sevillanas pudieron tomar el más radiante rojo rosado que nunca emplearon los dos maestros de la paleta.

Y la Catedral, eminente selva de piedra sobre muros de fortaleza. Divina locura sacramental para asombro de los siglos, como los señadores capitulares la soñaron, testificada por el Archivo de Indias, donde se custodia el asombroso tesoro procesal del nacimiento de los pueblos del Nuevo Mundo. ¿Qué nación puede gloriarse de semejantes documentos con una fe semejante?

Hay más de cien *simones* rodando por Sevilla. Los prefieren los turistas nórdicos, los centroeuropeos y los norteamericanos para visitar los parques y los monumentos, Triana y Santa Cruz. Al trotecillo urbano de las jacas jacarandosas, las ruedas amarillas van proporcionando inefables puntos de mira, pues cada cochero en Sevilla es un rígido dios del Olimpo que, sentado, concede a los visitantes el supremo don de la belleza.

Así hay que llegar a los Reales Alcázares. En *simón*. Dando tiempo al tiempo y gozo a la visión: fasto árabe de los patios, galerías y estancias de amor, jardines de recóndita delicia, lugares recoletos entre torres y murallas, frescor de linfas abiertas a una luz acotada por historias galantes de reyes, de princesas y de favoritas. Setos, cipreses y altísimos sauces llorones como en parte alguna. Entreluces de verdes cambiantes enmarcando el amatista, el rubí, el topacio y el turquesa de las flores en una variedad orgiástica de color. Todo bajo el hervor de las cigarras cuando dan su despedida de bandurrias diminutas a ese principal señor de la ciudad que es el sol hispalense, al que ellas dedican sus fervores corales de ritual al descender majestuoso por la gran escalinata de oro del Poniente. Las escucharía en rumor de frondas desconocidas don Cristóbal Colón, el cauto gallego, cuando andaba matinando la inconcebible aventura oceánica, y el ingenioso hidalgo don Miguel de Cervantes en los días en que su deudo el Caballero se le escapaba a la Mancha para comenzar con Sancho el diálogo de la humanidad. Esas cigarras delirantes de los Reales Alcázares aún pueden inspirar cosas mayores, porque todo en Sevilla es divina locura. Y lo mismo se transforma en filigrana la piedra, que se convierte la voz en ala, que se tiende al cielo un puente en verticalidad de alminar.

Pero resulta que al subir por esa escala célica que es la Giralda, el cielo que se encuentra arriba es la propia Sevilla otra vez, en proporción total. Una ciudad que, mirada a pleno sol, aparece inmersa



Fuente y estanque en los Reales Alcázares

en una luz de blancos grisáceos y azulados, como si la claridad tuviera dimensión en irreales transparencias. No que las encaladas paredes de las casas reciban la iluminación de arriba, sino que el cielo estuviera vagamente iluminado desde abajo. La luz deifica los éxtasis debe de ser así: un difuso blancor onírico, como el que se ve desde esta torre incomparable. Un aire azogado, moteado en determinados sitios por los huecos de las ventanas y balcones, es el que envuelve a Sevilla. Planos y contraplanos de fantasmales livideces, de diagonales suavidades plateadas, leves sombras circulares derramadas de cimborrios y cupulillas por una caprichosa superposición de azoteas...

Desde la Giralda, la ciudad aparece igual que una inmensa maqueta, sin movimiento de gentes asomadas. Todo lo contrario de la profanación de carteles, de catálogos y de chucherías. Muros fronteros, muros traseros, muros laterales. Muros blancos, luz blanca, horas en blanco... Bajo las campanas del Norte y del Mediodía todo se ve al fondo de la tarde como un enorme mosaico argentado, matizado tan sólo por algún difumino vertical de humo lejano, por alguna concentración verdosa de árboles confinados, por un flamear de bandera o por el rayado difuso de las calles. Pero todo condicionado en un resplandor fluyente de amanecida ya en plenitud, cual si también el aire fuera una transparencia recién caleada, como si la ciudad hubiera sido moldeada en materia sutil de inéditas alburas por un ciclópeo Zurbarán. El colorismo de Sevilla aún se funde desde la Giralda en nitideces nacientes cuando el sol ya empieza a rodar por la cornisa occidental. Y entonces la torre se va encajando para acostarse en sombra sumisa sobre el lecho de una calle. Un lecho de tenuidades azules y verdes para un cuerpo lanzal de amarillos y de oros.

Y otra vez el tren. Pero el alma se queda ahí viendo cómo Sevilla se arracima en torno a la Giralda para estar más cerca del cielo, siempre. Como una copla.

COLECCIÓN "NUEVO MUNDO"

AMÉRICA AL ALCANCE DE SU MANO

La Colección "Nuevo Mundo"...

Ofrece, en un alarde editorial, TODO lo que debe saberse sobre HISPANOAMÉRICA, en forma de libros sencillos, interesantes, amenos, cómodos y económicos

- ♦ LAS AVENTURAS FABULOSAS DE DESCUBRIDORES Y COLONIZADORES
- ♦ LOS SECRETOS DE LA HISTORIA
- ♦ LA VIDA Y OBRA DE LOS POLÍTICOS, CAUDILLOS, POETAS, NOVELISTAS, PINTORES, ETC.
- ♦ LOS PROBLEMAS DE MÁS PALPITANTE ACTUALIDAD
- ♦ LAS MARAVILLAS DE LA GEOGRAFÍA
- ♦ EL PANORAMA GEOPOLÍTICO DE HISPANOAMÉRICA ANTE EL RESTO DEL MUNDO

TÍTULOS PUBLICADOS

LA INDEPENDENCIA HISPANOAMERICANA, por JAIME DELGADO.
NOTICIA SOBRE ALVAR NÚÑEZ CABEZA DE VACA (Hazañas americanas de un caballero andaluz), por CARLOS LACALLE.
ESCRITORES HISPANOAMERICANOS DE HOY, por GASTÓN BAQUERO.
BOSQUEJOS DE GEOGRAFÍA AMERICANA (Tomo I), por FELIPE GONZÁLEZ RUIZ.
BOSQUEJOS DE GEOGRAFÍA AMERICANA (Tomo II), por FELIPE GONZÁLEZ RUIZ.

EN PRENSA

BOLÍVAR, por JUAN ANTONIO CABEZAS.
DRAMA Y AVENTURA DE LOS ESPAÑOLES EN FLORIDA, por DARÍO FERNÁNDEZ FLÓREZ.
SAN MARTÍN, por JOSÉ MONTERO ALONSO.
CINCUENTA POEMAS HISPANOAMERICANOS (Hasta Rubén Darío), por J. GARCÍA NIETO y F. TOMÁS COMES.
LA MÚSICA Y LOS MÚSICOS ESPAÑOLES EN EL SIGLO XX, por ANTONIO FERNÁNDEZ CID.
PEDRO DE VALDIVIA, EL CAPITÁN CONQUISTADO, por SANTIAGO DEL CAMPO.

PRECIO DE CADA EJEMPLAR: ESPAÑA: 15 ptas.—RESTO DEL MUNDO: 0,50 dólares

COLECCIÓN «NUEVO MUNDO»

BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN

Don
con residencia en, calle de, núm.

Desea recibir ejemplares de los
títulos siguientes (1)

La Independencia Hispanoamericana.
Bolívar.
Noticia sobre Alvar Núñez Cabeza de Vaca.
Drama y aventura de los españoles en Florida.
San Martín.
Escritores hispanoamericanos de hoy.
Bosquejos de Geografía americana.
Cincuenta poemas hispanoamericanos.
La música y los músicos españoles en el siglo XX.
Pedro de Valdivia.

cuyo importe abonará

(Indicar la forma de pago)

..... de de 196.....

(1) Táchense los que no interesen.

FIRMA.

PRECIO DEL EJEMPLAR:

ESPAÑA: 15 pesetas. AMÉRICA: 0,50 dólares

Envíe este Boletín al INSTITUTO DE CULTURA HISPÁNICA.—Distribución de Ediciones.—Avenida de los Reyes Católicos (Ciudad Universitaria) MADRID - 3

Colón tuvo por Sevilla singular complacencia, desde los años de sus luchas para hacer dichosa realidad sus inmortales sueños hasta los últimos días, en que dispuso su testamento, donde el nombre de Sevilla se une como un postrer recuerdo en la vida del Almirante. Cuando Cristóbal Colón llegó a la capital andaluza era Sevilla la primera ciudad de la Monarquía española, no ya por su elevada población, sino por la riqueza de su suelo, lo próspero de su industria, lo activo de su comercio, que, principalmente, se desarrollaba por el Guadalquivir, el gran río de la historia.

Su puerto era el más importante de España y en él anclaban navíos de los más remotos países, atraídos por la riqueza de la cuenca del Guadalquivir. Sevilla podía ya enorgullecerse de ser «reina del Océano», como la llamó el divino Herrera. En sus calles y en su arenal famoso pululaban marinos de las más diversas latitudes, y en sus Atarazanas se fabricaban grandes navíos. Sevilla era, en los siglos pasados, una ciudad marinera, con gloriosa y antigua tradición, que arrancaba de los tiempos de don Alfonso X y florecía, pujante, en el reinado de don Pedro el Justiciero. Un barrio populoso, cercano a las márgenes del río, estuvo dedicado a la gente de la mar, de donde tomó el nombre, y no bastando este recinto para contener a tanta gente y a sus industrias y comercio se extendieron por otros parajes los fabricantes de redes, los carpinteros de ribera, los pescadores, los jarcialeros, los barqueros y otros gremios más dependientes de la marina. Un arrabal extenso, el de Triana, albergaba a gran número de marinos, uno de los cuales, el famoso Rodrigo de Triana, fue el primero que vio surgir de entre las olas el mundo ganado por la fe de Colón para la corona de Castilla.

La importancia que alcanzaron los mareantes fue tanta que constituyeron una cofradía de mucho prestigio, a quien los Reyes concedieron grandes privilegios, no siendo el menor de ellos el de enseñar el arte de la navegación. Esta cofradía se tituló de los Cómitres, y reunía en su seno a los armadores de naos, a los pilotos, a los maestros y a los sencillos marineros.

Esta importancia de Sevilla en el arte de la mar fue lo que atrajo a Cristóbal Colón a las orillas del Guadalquivir, sin duda, para comunicarse con los marinos que aquí residían y con los extranjeros que llegaban rigiendo sus naos desde remotos puertos. De todos solicitaba Colón noticias y enseñanzas; pero lo que más le interesaba era el conocimiento de los mapas que en Sevilla se fabricaban por expertos artistas de la cartografía.

Es opinión admitida que Colón vivió en Sevilla por el año 1484, atendiendo a su sustento con la fabricación de mapas marítimos, y que aquí entró en relaciones con el conde de Medinaceli —luego duque—, que tanto le animó y protegió para la realización de sus inmortales proyectos.

Es cierto que Colón, aunque se



Estatua de Cristóbal Colón en el patio central del Archivo de Indias

LAS ESTANCIAS DE COLÓN EN SEVILLA

ausentara a veces de la capital andaluza, vivía en Sevilla en 1489, ya estando en relaciones y al servicio de los Reyes Católicos, quienes mandan al Concejo de Sevilla que den «posadas a Colomo (Cristóbal Colón), que iba a la corte por servicio del Rey».

Colón en estos años trabó amistad con personas de su posición en Sevilla, entre otras, con los monjes cartujos fray Diego de Luxan y fray Gaspar Goricio, y con el canónigo, don Juan Rodríguez de Fonseca, que más tarde había de ser el primer Patriarca de las Indias Occidentales y su enemigo.

En el mes de abril de 1492, Colón, después de las capitulaciones de Santa Fe, volvió de nuevo a Sevilla para preparar su viaje a las Indias. Ahora no era el pobre dibujante y mercader de cartas marítimas, ni el iluso pretendiente. Venía revestido de jerarquía y honores que los Reyes le habían concedido por sus convenios, pues le nombraron Almirante de las Indias, Virrey, Juez de las causas comerciales en el tráfico con las nuevas tierras, amén de la décima parte de las riquezas que se obtuviesen y la octava parte de los beneficios del viaje, ya que el marino contribuiría en esta proporción a los gastos.

Colón, en la primavera de 1492, es figura importantísima y popular en la ciudad de la Giralda, donde se trabajaba febrilmente para que el Almirante obtuviera toda clase de bastimentos para su proyectado viaje, con arreglo a lo mandado por los Reyes al Concejo hispalense.

Sevilla, donde la memoria y los audaces proyectos de Colón estaban vivos, supo con extraordinaria alegría y asombro, que llegaron al paroxismo, la nueva del Descubrimiento, cuando vio por las calles al inventor de mundos seguido de numerosa comitiva, llevando como testigos de su portentosa hazaña indios y animales exóticos que maravillaban a la multitud. Por ser de noche, Colón no pudo entrar en la Catedral, que pronto había de ser la primada de las Indias, y se dirigió, según tradición, a un retablo de la Virgen Santa María, en el Alcázar, objeto de su devoción en los días en que fue tenaz pretendiente cerca de los soberanos de Castilla.

Tan fausta nueva fue llevada a los Reyes por el sevillano Fernando Collantes, quienes, en albricias por la nueva del Descubrimiento, le dieron una casa en los Alcázares Reales.

En los preparativos y organización del segundo viaje también cupo a Sevilla el principal papel. Colón llegó a la capital del Betis a principios de junio de 1493; a los títulos que ostentaba por los contratos con la Corona, sumaba ahora el de Capitán general de la Armada, con amplísimas facultades para el gobierno y administración de los nuevos dominios. En Sevilla se le sumaron numerosas personas de todas las clases sociales, que, seducidas por las fabulosas riquezas de las tierras descubiertas, se disputaban los puestos de la Armada para pasar a las Indias. No sin grandes dificultades pudo hacerse el avituallamiento para las

LINKER

PRINCIPE, 4 - MADRID
Teléfono 2313513

De sus fotos viejas de familia, así como de las actuales, le podemos hacer estas artísticas miniaturas.

Hacemos notar a nuestros clientes que el actual cambio de moneda los beneficia considerablemente, dado que esta casa no ha elevado sus antiguos precios.



TRABAJO REALIZADO

Miniatura sobre marfil de 55 x 78 mm.



ORIGINAL

CONSULTENOS PRECIOS
Y CONDICIONES
PREVIO ENVÍO
DE ORIGINALES



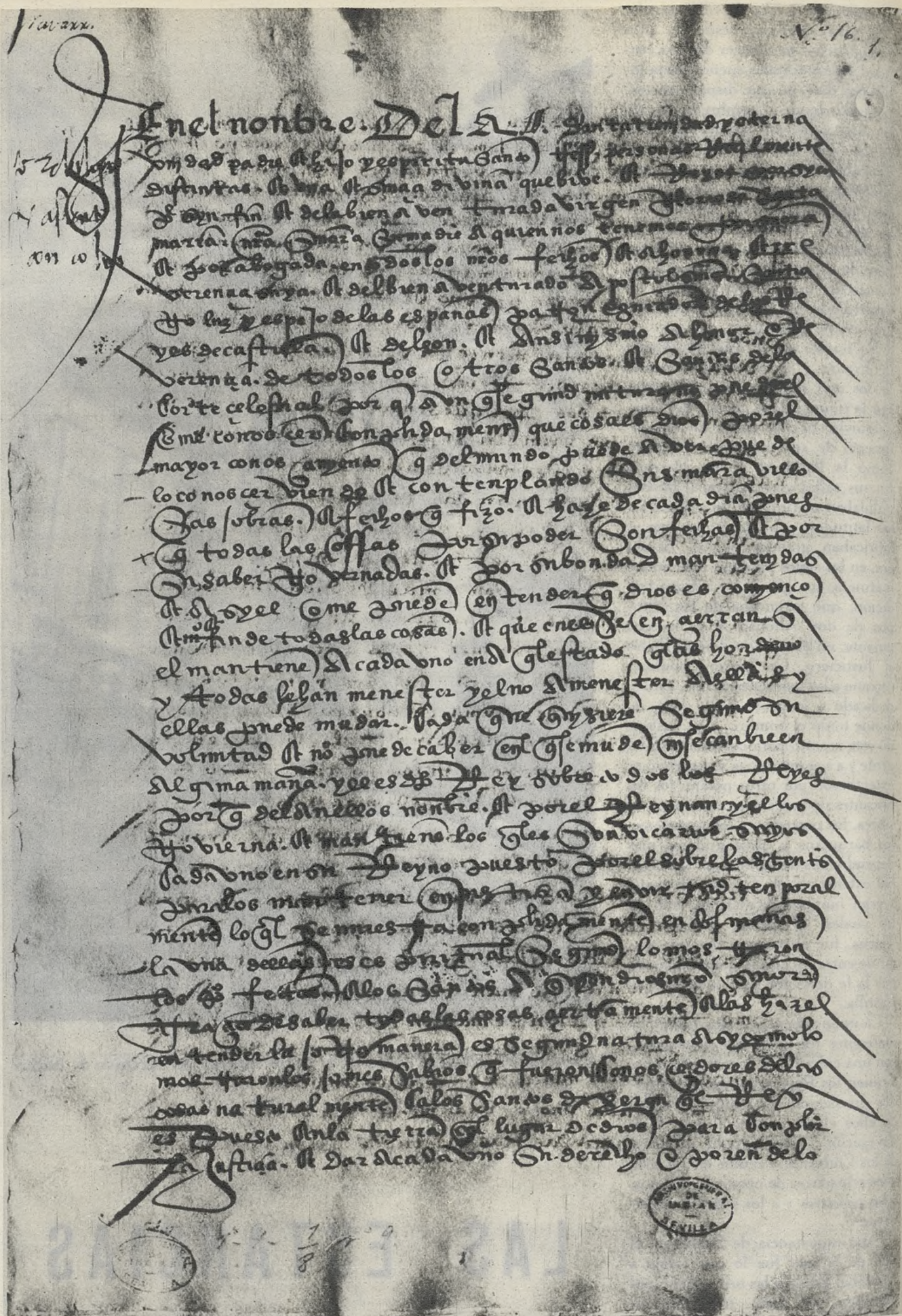
TRABAJO REALIZADO
Oleo de 55 x 46 cm.



ORIGINAL

RETRATOS AL OLEO
ID. AL PASTEL
ID. A LA ACUARELA
MINIATURAS SOBRE MARFIL
MINIATURAS CLASE ESPECIAL
DIBUJOS DE CUALQUIER FOTOGRAFIA

MINIATURES
PORTRAITS IN OIL
PASTEL
CRAYON
FROM ANY PHOTO



Primer folio de las Capitulaciones de los Reyes Católicos

naves, y una vez conseguido, el Almirante, por el Guadalquivir, se dirigió a Cádiz, de donde partió para las Indias el 24 de septiembre de 1493, yendo como médico en la expedición el doctor Chanca, vecino de Sevilla.

En junio de 1496 estuvo Cristóbal Colón en Sevilla, de regreso de éste su segundo viaje, camino de la Corte. El Cura de los Palacios, historiador de los Reyes Católicos, cuenta que en esta visita de tránsito fue el Almirante su huésped y que

en esta ocasión admiró la extraordinaria corona de oro y esmaltes de Caonaboa, con otras muchas alhajas que el Almirante traía como presente para doña Isabel y don Fernando.

También para los preparativos del tercer viaje residió en Sevilla el Descubridor, no encontrando las facilidades y el entusiasmo del segundo, a causa de la disparidad de criterio con el ya obispo Fonseca. Parecía que la estrella de Colón empezaba a eclipsarse, pues corría

el rumor público de la miseria y trabajos que reinaban en el Nuevo Mundo.

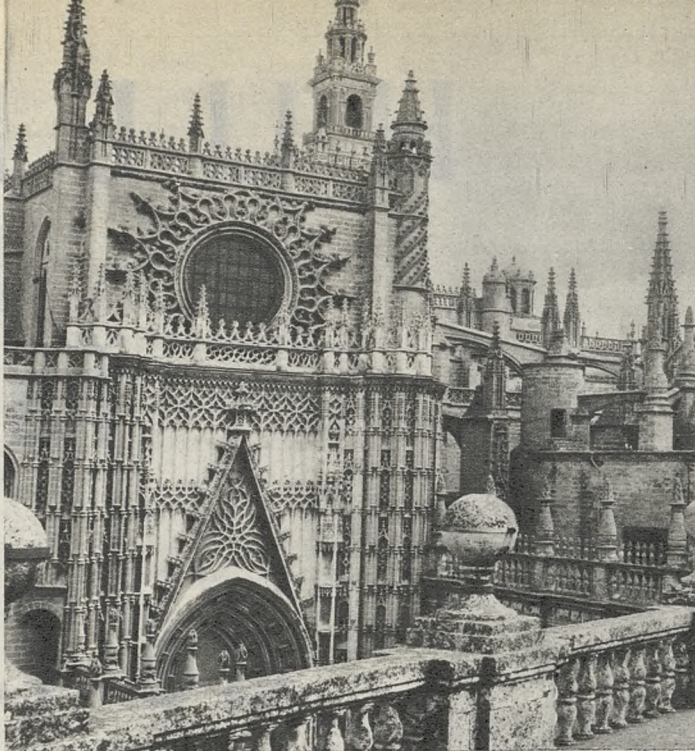
Cuando Colón llegó de éste su tercer viaje, la impresión que causó en Sevilla fue de lástima y desengaño. El Almirante, ya envejecido, minado por las enfermedades y las penas del espíritu, era una ruina de aquel esbelto y arrogante nauta, aclamado en las calles de la gran ciudad por su maravillosa hazaña. Sevilla le vio ahora bajo el peso de un terrible proceso, pobre, enfermo.

humilde, ciñendo el cordón de San Francisco.

Desde octubre de 1501 hasta mayo del año siguiente, residió en Sevilla, ocupado en los preparativos del que fue su último viaje. Aquí, como si presintiera cercana su muerte, decidió antes de embarcarse, para que siempre quedase memoria de su sublime hazaña y de las honras y privilegios alcanzados, sacar ante escribano real varias copias de las mercedes que los Reyes le otorgaron, mandando los originales de los títulos, dentro de una caja de seguridad, al monasterio de la Cartuja de Sevilla, donde tenía muchos amigos, y donde algún tiempo reposaron sus restos mortales.

Colón regresó de este viaje postrero en lamentable estado de salud, víctima de un fuerte ataque de gota que le impedía andar. Llegó a Sanlúcar de Barrameda y, por el Guadalquivir, se trasladó a Sevilla, donde tantos y tan calificados amigos tenía, con el propósito de dirigirse a Medina del Campo, residencia de la Corte, para dar cuenta de su viaje, hacer relación de los agravios recibidos de Ovando y reclamar los derechos y privilegios que por regia concesión le correspondían sobre las Indias.

La salud del Almirante era tan precaria, y tan imposibilitado se hallaba de andar, que el Cabildo de la Catedral hispalense le prestó generosamente unas andas para que fuese a Madrid. Próximo a la muerte, encargó a su hijo que su cuerpo fuese traído a Sevilla y que se le enterrase en el monasterio de la Cartuja de Santa María de las Cuevas. Se cumplió en esta parte la voluntad del Almirante, y, trasladados sus restos desde Valladolid a Sevilla, quedaron sepultados en la bóveda de la capilla de Santa Ana, de la iglesia del monasterio cartujano, el 11 de abril de 1509 «a la ora de la campana del abe María», según se consigna en el acta de entrega del cuerpo del Almirante a los frailes cartujos. Aquí reposaron algunos años, hasta que fueron llevados a la isla de Santo Domingo, de donde se trasladaron a la Cate-



La Catedral y la Giralda, desde el Archivo de Indias



Palmeras en la Plaza Nueva sevillana



La antigua y típica calle de las Sierpes



Cartel de toros para la Plaza de la Maestranza



El clásico «simón» es el vehículo preferido por los turistas

dral de La Habana (aunque este traslado se niega por competentes historiadores), siendo traídos a la capital del Betis en 1899, cuando España perdió sus últimos dominios en América.

En la Catedral de Sevilla, en un hermoso monumento funerario, reposan las cenizas del gran Almirante, cerca del sepulcro de su hijo, no legítimo, don Hernando, príncipe de los bibliófilos, que dejó su riquísima biblioteca a la Catedral hispalense para que sirviese de aprovechamiento a los estudiosos. Entre los volúmenes de esta sin par biblioteca están: un mapa de la Isla Española, los libros de estudios de

Cristóbal Colón y otros anotados por su mano, entre ellos el llamado de las *Profecías*, el de Marco Polo y la *Carta al tesoro* de Rafael Sánchez, cuya primera impresión se hizo en Sevilla en 1493.

Sevilla tiene la gloria indiscutible de ser la ciudad que atesora más recuerdos de Cristóbal Colón: guarda sus cenizas y las de su hijo predilecto, don Hernando, y aquellos singulares libros y manuscritos que le adoctrinaron para concebir y realizar el proyecto de su obra, y el mapa que hizo por su mano de la Isla Española, con el dibujo de las tres carabelas con que llevó a cabo su portentosa hazaña.

HUELVA, la orilla de las tres carabelas



RETRATOS



ESTUDIO DE PINTURA DE
JOSE DEL PALACIO

Logramos de un mal retrato fotográfico un buen cuadro,
al óleo, pastel o acuarela

MINIATURAS SOBRE MARFIL, PAISAJES, MARINAS, BODEGONES,
COPIAS DE CUADROS DEL MUSEO DEL PRADO, RESTAURA-
CION DE CUADROS Y CLASES DE DIBUJO Y PINTURA

VISITE NUESTRA EXPOSICION
PELIGROS, 2 MADRID

La ya casi vieja historia del Nuevo Mundo comienza con unos jóvenes hombres de un pueblo viejo. Ellos son los madrugadores, los que se levantan con el alba de la idea de Colón, los que hacen posible superar el mediodía de todas las dificultades y los que, peritos en atardeceres, se traen de la América que ellos llaman las Indias una como grande y hermosa melancolía.

Acostumbrados como estamos todos a llevar y traer la figura de Colón por las altas cumbres de los adjetivos, se nos quedan, con demasiada frecuencia, olvidadas, en un humilde segundo plano marineró, las de los hermanos Pinzón y sus gentes, a cuyo prestigio personal, a cuya decisiva presencia, se debe que la tripulación de las carabelas pudiera completarse. Ellos llenaron de sonoridad castellana las largas horas de la travesía y su rostro se repite, como una viva medalla que rompe el sentencioso verso, en toda esa extensión de tierra que va de Moguer a La Rábida, de Palos a Huelva. Son los mismos rostros que uno reconoce en los murales de Vázquez Díaz y que parecen trasplantados de la calle. Cobre y calidad hay en ellos, como en la tierra. Raza de metal que por las bajas costas onubenses sigue con ojos grandes y corazón valiente.

Desde los versos imperiales de Avieno hasta los poemas intimistas de Juan Ramón, Onuba, su cielo y su luna, su tierra y su sol, han tenido canto y cuento; esto es, fábula e historia.

Algo más que lo uno y lo otro, porque es la casi historia de una pasión contada humildemente, es lo que quiere decir La Rábida, franciscanamente escondida de ruidos mundanales, piadosa aldea de silencio que fue cita del fraile y del marino, con un claustro mudéjar que tiene en su ladrillo un invisible friso de sueños y desvelos, de temores y esperanzas.

Mozos universitarios, de las dos orillas atlánticas,

han reanudado allí, de alguna manera, el viejo diálogo. La Universidad Hispanoamericana es la forma de poner hoy sobre el tapete de la reflexión problemas comunes, nuevas ilusiones y desasosiegos, a la sombra de ilustres memorias de ayer. La vida sigue.

Piedras levantadas, con vocación de mástil; amor sostenido con ademán de columna, repiten señales, se alzan como viñetas solemnes en el mapa de los lugares colombinos. De Palos, lugar de la partida, cuna de los Pinzones, ha escrito Fray Ángel Ortega: «Palos es, por excelencia, y en toda la extensión de la palabra, el pueblo colombino de la tierra. Las mismas calles que hollara el Descubridor; el mismo río de sus carabelas; la misma sangre de los audaces navegantes, transmitida por generación a los actuales moradores. Palos es la patria histórica de Colón, el pueblo natal de los marinos, la tierra de toda la empresa del Descubrimiento.»

Y hay una larga, hermosa relación, con apellidos: Alonso de Palos, Antón Calabré, Bartolomé de Torres, Bartolomé Vives, Bartolomé García, Cristóbal García Sarmiento, Cristóbal Quintero, Diego Bermúdez, Fernando de Triana, Francisco Martín Pinzón, Juan de Jerez, Juan de Moguer, Juan Cuadrado, Juan Romero, Antón de Alaminos, Alonso Fernández Rascón, médico y maestro de la «Santa María», y sigue la lista con nombres que son referencias familiares, casi vecinales formas de llamarse.

Y como Palos, Moguer, la blanca maravilla de Juan Ramón, de donde Bartolomé Roldán, piloto de «La Niña», y los luego aún más famosos Juan y Cristóbal, así como fray Andrés de Moguer, uno de los más activos misioneros bautismales de América. Y como Moguer, Huelva, lugar del legendario Alonso Sánchez y de los Andrés de Huelva, Juan del Río, Diego Lozano y el despensero de «La Pinta». Y como Huelva, Ayamonte, y mucha tierra baja marismeña, y mucha playa con barcos y empeño, y mucho litoral que puede hacerse en barca.

Pensando en aquellos sitios que uno ha recorrido con cierta inevitable emoción, pensando en los pensamientos que fueron y sintiendo en los sentimientos que allí germinaron, por la Punta del Sebo, donde la piedra colombina se encarama al aire igual que una palmera gloriosa, viendo los barcos que ya no están y el agua que se ha ido un poco más lejos, uno pensaba con cierta complacencia que es bonito que España siga contando historias de mar en lenguaje de hoy. Todo el honor y la memoria, y la fidelidad y la exaltación y el cabal entendimiento sea para la empresa de ayer. Pero continuémosla. Aquella capacidad de armar barcos que nos dio una grandeza marinera se continúa hoy con los navíos que salen de Cádiz, El Ferrol del Caudillo o Bilbao, camino de Argentina, de Brasil, de Colombia y tantos países hispánicos. Es, quizá, el mejor homenaje a los marineros que fueron capaces de alistarse en lo que no entendían, pero adivinaban; es la estadística de una gesta que se continúa con el mismo afán de empresa de cultura y de entendimiento.

J E S U S Y A G Ü E

LAS ILUSTRACIONES DE ESTAS PÁGINAS REPRODUCEN UNOS BAJORRELIEVES QUE EL RECIENTEMENTE FALLECIDO ESCULTOR ESPAÑOL ÁNGEL FERRANT REALIZÓ PARA LA RÁBIDA SOBRE MOTIVOS COLOMBINOS





motes y consignas, en mil hechos de la joven historia de esa Banda Oriental, Provincia Oriental y, por último, República Oriental del Uruguay, luciendo en sus escudos y en el rico anecdótico de sus próceres. La realidad democrática del Uruguay se fundamenta en esta divisa hispánica: «Que naide sea más que naide», cifra heráldica que arranca de las voces de Numancia, las del Cid, las del estilo senequista, la de los Infanzones, las de los alcaldes calderonianos, las de Juan Bravo, las de los hidalgos, las de los labriegos y demás varones de «tierras de pan llevar», que se convirtieron en capitanes que rodearon y conquistaron la Tierra. Y son éstas las voces que gritan los constructores de América en ese pedazo de su terruño que es la patria uruguaya.

En la alternada secuencia de días fastos y nefastos, la entretrejida realidad de glorias, sacrificios, pacíficos hallazgos, penas colectivas, dolor y alegría de multitud, la masa se va haciendo pueblo, el pueblo sociedad y la sociedad historia.

Es la historia de un pueblo con el cual la naturaleza ha sido avara de bienes materiales, que se reducen a la riqueza idílica de sus pastoreos. En un marco natural, sin brillo, pero condicionado a la medida del hombre; dentro de un escenario que sólo ostenta el lujo sencillo del *pericón*, el *gato* o la *vidalita*, el varón uruguayo se alza jinete sobre su *pingo* para otear un extenso horizonte de gramíneas, limitado por la línea

EL URUGUAY: TIERRA ES MAS QUE NAIDE'

A Eduardo Víctor Haedo, criollo oriundo de Mercedes, uruguayo típico, parlamentario insigne en el ámbito americano, orador de inspiración hispánica y actual presidente de su patria, que es la mía.

Hace siglo y medio, la voluntad criolla se expresaba en pronunciamientos cívicos y en gritos libertarios, que fueron los primeros vagidos de la ciudadanía hispano-americana. Cada grito perfila el lema y expone la razón a que será fiel, en el tiempo, la historia de cada región americana.

Estamos en un día cálido y radiante del año 1811, en la Banda Oriental; en la comarca donde el río Uruguay arroja sus aguas epónimas en la inmensidad continental de las del Plata; en el pago que capitaliza la Villa de Mercedes, y por donde transcurre el arroyo de Asencio. Un grupo de criollos, capitaneados por dos centauros cuyos apelativos son Viëra y Benavídez, lanzan la proclama de la emancipación regional, su limpia adhesión a los principios de la Revolución de Mayo, que más tarde se convertirán en los postulados de la fe artiguista.

Es un grito viril, sin conjuras previas y sin sombras de logias, lanzado al aire libre, sobre el tomillo y el trébol, entre los sauces y sarandís que marginan las aguas fluyentes del arroyo de Asencio. Las voces broncas de los jinetes mercedarios no responden a una dialéctica política, ni a razones doctrinarias, ni a motivos económicos. Obedecen a una aventura del corazón. Al soplo ibérico, al hálito hispánico, al latido racial, a la noción de honor transportada por la sangre española, que animan la voluntad de aquellos gauchos. Su grito libertario es un eco de las voces que proclaman un afán de libertad y de dignidad del ser humano, mil veces repetidas en la milenaria historia de la estirpe: «Que naide sea más que naide.»

Ese es el sentido profundo del Grito de Asencio, cuya medida y ritmo de vieja sentencia castellana, será traducida en lemas,



MANUEL ORIBE

ondulada de las *cuchillas*. Ese ejercicio de ver a lo lejos, que practica desde el alba hasta la alta noche con luna —luminosa y enamorada—, se traduce en su cultura ansiosa de saber y en su civilización que avanza con el ritmo del tiempo. Progreso, saber y civilización, sujetos a la divisa libertaria: «Aquí nadie es más que nadie».

En los tiempos heroicos de la epopeya emancipadora, que jalonan la lucha artiguista, la revolución de los «patrias», Agra-ciada, Rincón, Sarandí, Ituzaingo, y que cifran el general Artigas, Lavalleja y Rivera; como en la ruda lucha institucional que cubre un siglo y está signada de «blanco» y «colorado», bajo el mando de los «caudillos» militares y civiles, tales como el brigadier general Oribe, el general Batlle, Timoteo Aparicio, Anacleto Medina, Joaquín Suárez, Andrés Lamas, Bernardo Berro, Venancio Berro, Lorenzo Latorre, el presidente Batlle y Luis Alberto de Herrera. En estos tiempos en que se forja la patria, constituye patrimonio de todos los «orientales», la consigna de bronce: «Nadie es más que nadie.»

Ese grito sustantivo está presente, con todas sus secuelas, en la estructura íntima de una democracia de varones que no temen a la muerte, ni dejan quebrar su altiva dignidad por la seducción del oro, la del mando, ni los goces materiales.

En una ruda jornada invernal se produce el choque de las montoneras. Los jinetes,

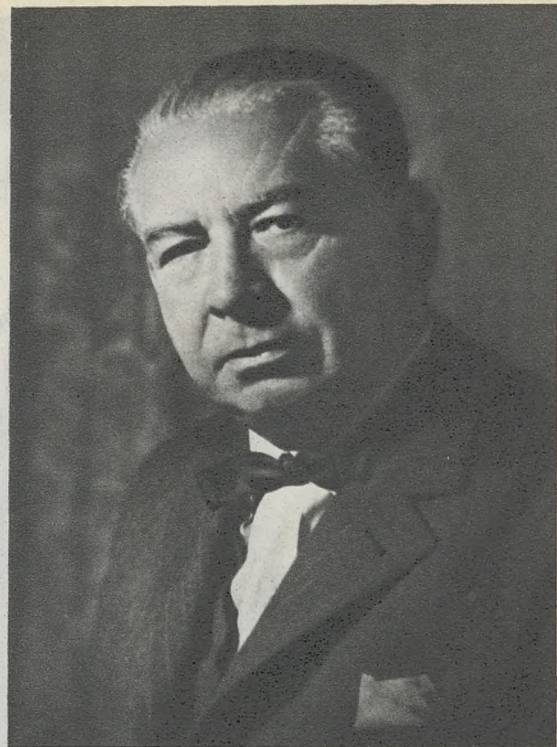
lanza en ristre, están entorpecidos por los imprescindibles *ponchos*. En uno de los bandos se oye una imperiosa voz de mando: «Sáquense los ponchos, que en el otro mundo no hace frío.»

El sentido de solidaridad humana, constante en la historia uruguaya aun en sus momentos más negros de barbarie y primitivo salvajismo; el respeto por la dignidad propia y ajena de sus hombres; el amor en caridad que caracteriza las relaciones de los uruguayos con sus semejantes, que está en la base de los valores nacionales, son la consecuencia de la vigencia en la vida ciudadana del «Nadie es más que nadie».

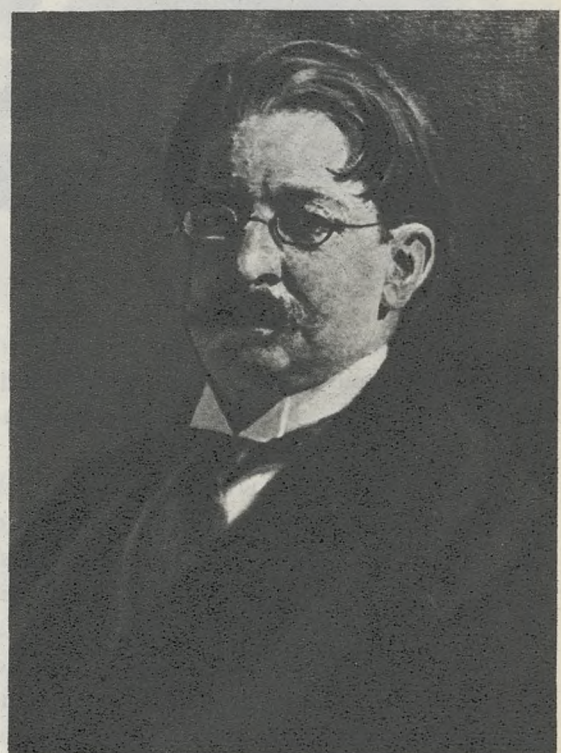
Y esa solidaridad, ese respeto por la dignidad de la persona humana, y ese amor al prójimo, herencia próxima de los valores eternos de España, han hecho que este pequeño país —«Pequeña te hizo Dios como una mano», es la definición poética que hizo del Uruguay el estro de Marquina—, se haya convertido en un florón de alta civilización. Sin tentaciones de ser una «demasiado señora acomodada», con su decorosa pobreza y los estímulos de su nervio nacional, el Uruguay, en todas las dimensiones de su ser, es un enclave de europeidad hispánica, en la enormidad todavía sin colmar de las Américas.

América, el continente donde se ha de realizar la justicia social, tiene en la patria uruguaya un paradigma propuesto, por lo menos a sus hermanas continentales.

Esta última afirmación no es producto de



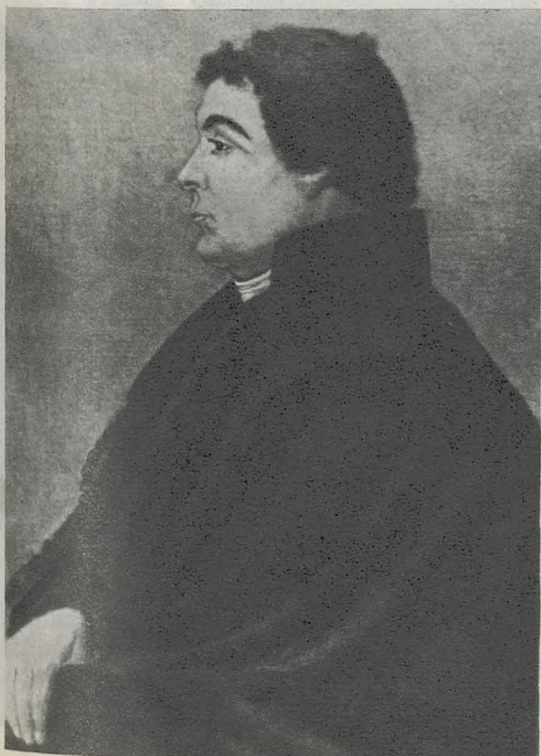
VÍCTOR HAEDO



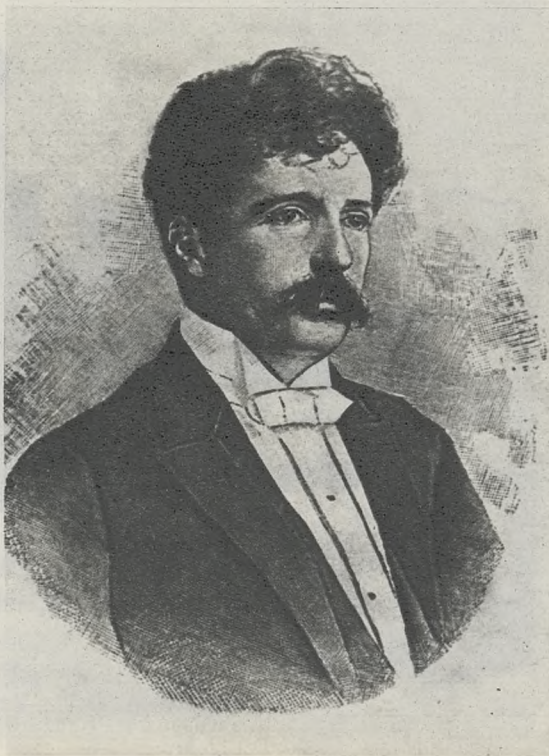
JOSÉ ENRIQUE RODÓ

“ANDE NAIDE

Por CARLOS LACALLE



P. LARRAÑAGA



F. BAUZÁ



HERRERA Y REISSIG



ZORRILLA SAN MARTÍN

una exaltación panegírica, sino el resultado de una apreciación objetiva de una realidad, cuyo saldo positivo resumimos a continuación.

Las praderas uruguayas constituyen el fundamento económico del país, y sustentan la vida de unos tres millones de habitantes, entre los cuales son contados los excesivamente ricos y no existen los miserables. La administración de esa economía es de estilo «gallego», y permite mantener un presupuesto de gastos, el mayor de Hispanoamérica por habitante. Últimamente su economía monetaria ha sido estabilizada, sin mayores nostalgias, sobre la paridad del peso nacional con el dólar, estableciéndose una equivalencia de cuatro pesos por dólar. Sus reservas de oro ascienden a ciento ochenta millones de dólares.

La estructura económico-social reposa sobre un socialismo de Estado, callada y exitosa experiencia desarrollada en los últimos treinta y cinco años con la colaboración de conservadores y liberales. La similitud de los programas sociales de los partidos ha permitido colocar la previsión social del país a la cabeza de los países iberoamericanos, desde 1908.

La topografía de la cultura nacional es semejante a la de su suelo: una planicie sin majestuosas cumbres y sin valles profundos. Prácticamente ha erradicado el analfabetismo, su educación es absolutamente gratuita, y proporcionalmente generalizada. La enseñanza universitaria y técnica se administra por Facultades y Escuelas profesionales de alto grado de exigencia. Como índice de su cultura popular, digamos que en el Uruguay

se editan por día seis periódicos por habitante, la mayor proporción de los países hispánicos.

Políticamente se fundamenta en dos grandes partidos tradicionales: los «blancos», o nacionalistas, y los «colorados», que se dividen el Poder Ejecutivo, de sistema colegiado, y los partidos doctrinarios (católicos, socialistas y comunistas), que son minoritarios y tienen acceso a las dos Cámaras, la de Diputados y la de Senadores. El comunismo ha experimentado una gradual e importante disminución en su electorado en los diez últimos años. Los funcionarios públicos son inamovibles, y la burocracia constituye una gran parte de la población, pero hay que tener en cuenta que comprende la administración del Estado, a través de los Entes Autónomos, de la inmensa mayoría de los servicios públicos.

La preocupación popular por la vida internacional es muy viva, y producto de su solidaridad humana. Contribuyó a la creación de la Corte Internacional de Justicia de La Haya, y está presente en todos los organismos intergubernamentales.

La educación política del pueblo manifiesta su alto nivel en la legislación electoral y en los órganos permanentes de la Administración Electoral, que vienen a constituir un poder autónomo del Estado. Esta educación cívica se ha puesto a prueba hace tres años, cuando el partido «colorado», que ostentaba el poder desde hace casi cien años ininterrumpidamente, fue vencido por el partido «blanco» o nacionalista, en las elecciones de 1958, quien desde entonces es titular del Gobierno nacional.



CAPILLA EN EL INTERIOR DEL FUERTE DE SAN MIGUEL

OBJETIVO HISPANICO



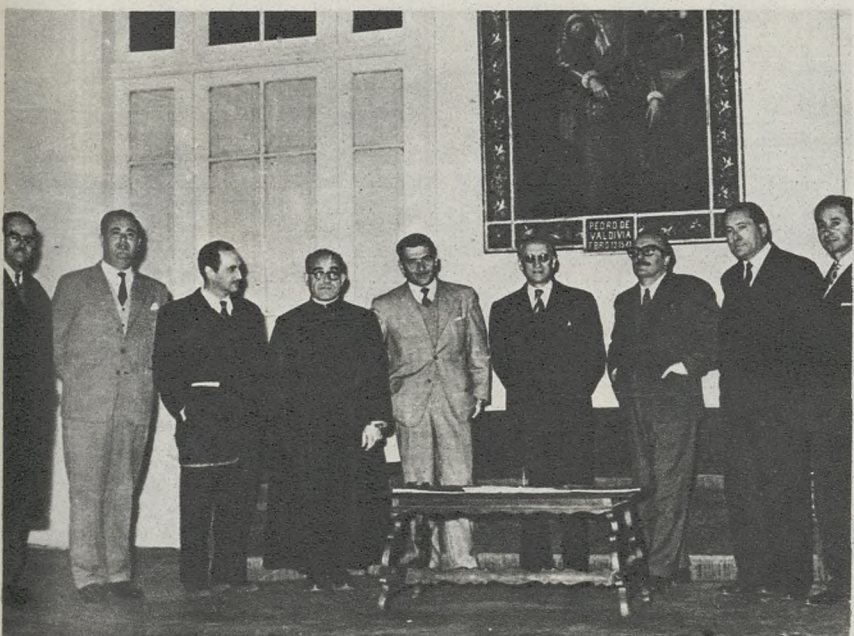
PUNTA DEL ESTE.—La conferencia interamericana de Punta del Este, Uruguay, terminó con la aprobación por todos los países, excepto Cuba, de la Carta que lleva el nombre del lugar de la reunión. En la fotografía, las alumnas de los colegios uruguayos arrian las banderas en la clausura.



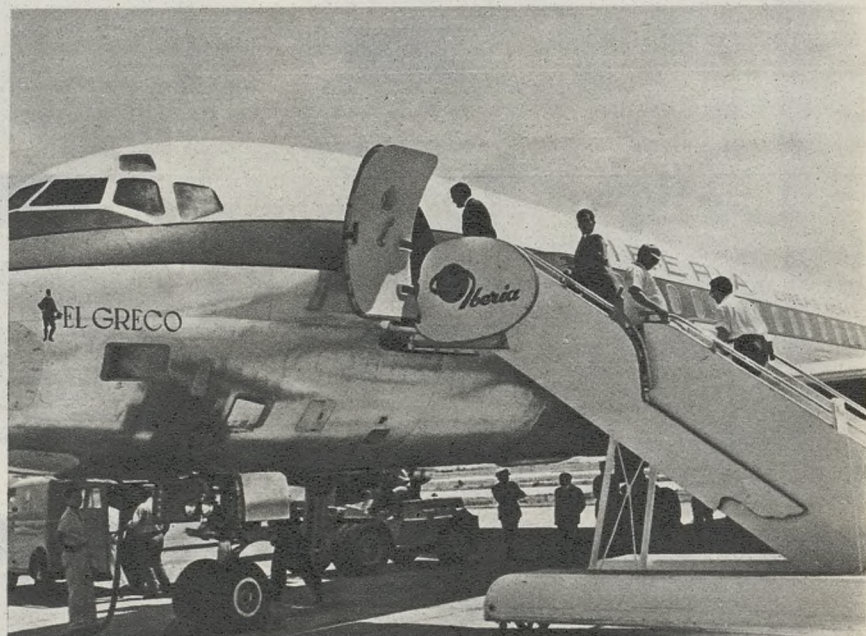
GOULART, EN BARCELONA.—La crisis política brasileña se resolvió, felizmente, en paz. El vicepresidente Goulart acudió a la Costa Brava para ver a su esposa e hijos que allí veraneaban. En Barcelona, lee las últimas informaciones sobre la situación de su país en la prensa española, camino de Brasil.



CEREMONIA EN EL SALVADOR.—El excelentísimo señor Coronel Anibal Portillo, miembro del Directorio cívico-militar, hace entrega del Sable de Honor, obsequio del Instituto de Cultura Hispánica, al subteniente don Guillermo Antonio Roeder Escobar, número uno de la promoción 1961.



INSTITUTO CHILENO DE CULTURA HISPÁNICA.—En Santiago de Chile han sido inaugurados los nuevos locales del Instituto de Cultura Hispánica. De izquierda a derecha, Callis Arrigorriaga, Sánchez Hurtado, Aguilar, Rvdo. Oswaldo Lira, Gutiérrez Lea-Plaza, Suñer y Ferrer, Camiragua, Izquierdo y Orandi.



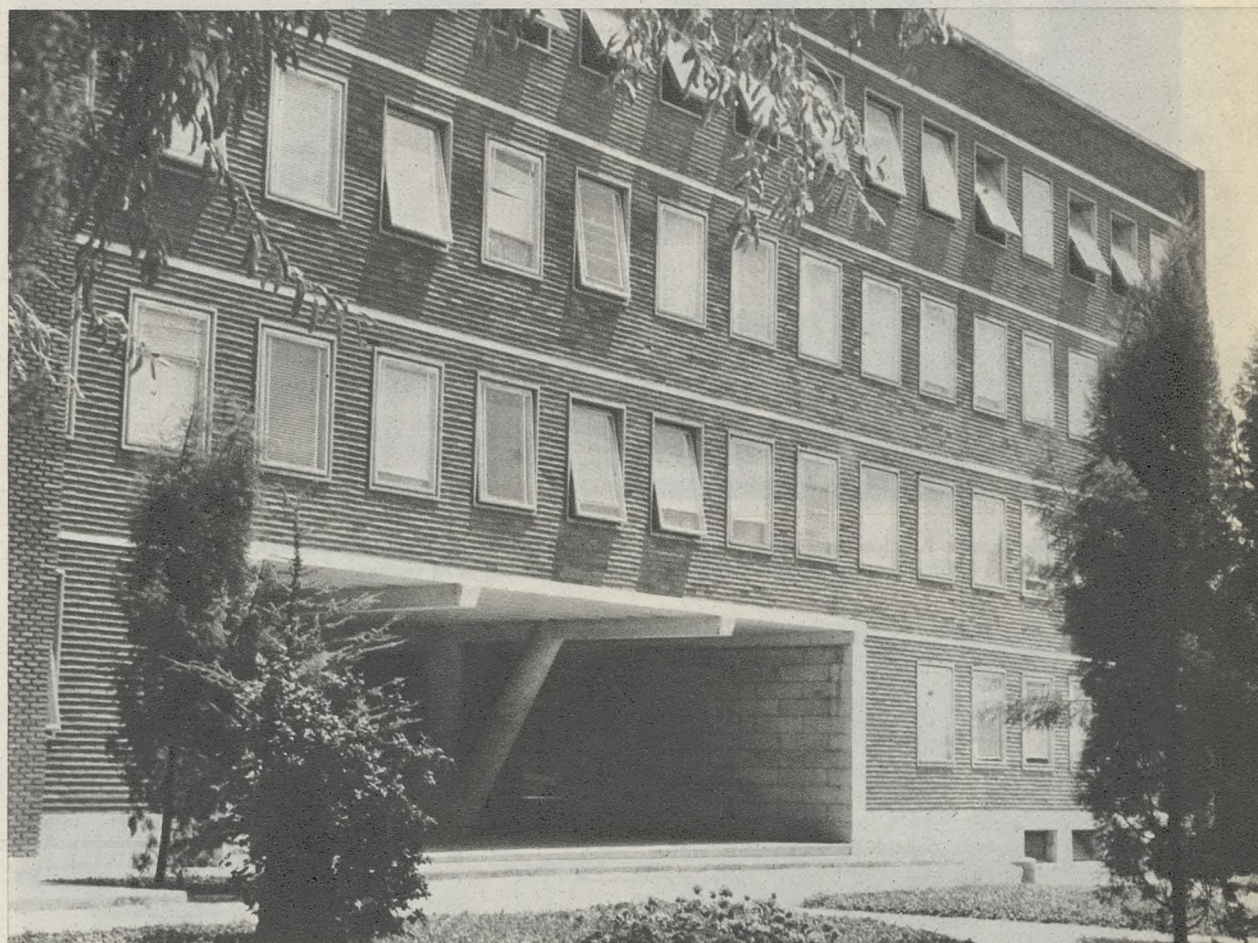
NUEVOS REACTORES DE IBERIA.—Buenos Aires, Santiago de Chile y toda Hispanoamérica quedan más cerca de España gracias a los nuevos reactores de la compañía Iberia que han entrado recientemente en servicio. En el aeropuerto de Barajas, «El Greco» dispuesto para iniciar el vuelo, que ha realizado felizmente.



EL CENTRO DE INVESTIGACIONES BIOLÓGICAS

En Madrid hay dos monumentos extraños. En el Retiro, una estatua dedicada al Ángel Caído, cuya soberbia deparó a los hijos de Eva la enfermedad y la muerte. Y otro monumento dedicado a los ratones, que en la actualidad ya no simbolizan la peste, como en la antigüedad, sino su hecatombe en beneficio de las ciencias y de la salud de los hombres, porque el ratón es uno de los animales de laboratorio más útiles en las investigaciones biológicas. Por eso, cuando se construyó el edificio destinado a ser la sede y el Centro de Investigaciones Biológicas se pensó en pagarles de algún modo su participación en el trabajo científico. Los ratones de este monumento no están labrados en oro, como con los que se pretendía conjurar la peste, sino en ligero aluminio. Son obra de una escultora norteamericana, Susana Pollak, que estuvo observando la vida de estos animales para luego poder plasmarla mejor. Así, en el monumento todos tienen posturas muy características.

Este Centro de Investigaciones Biológicas, de Madrid, que fue inaugurado el día 8 de febrero de 1958, está situado en la confluencia de las calles de Velázquez y Joaquín Costa, donde acaba el barrio de Salamanca, residencia de la burguesía, de los últimos cien años, y empieza El Viso y el barrio residencial de la prolongación de



El Centro de Investigaciones Biológicas está instalado en un magnífico edificio moderno, obra del arquitecto Fisac, renovador de la arquitectura española contemporánea, de acuerdo con las directrices funcionales, indicadísimas en este caso, donde el arte colabora eficazmente con la ciencia

la Castellana, que constituyen una de las zonas más elegantes del Madrid actual y del porvenir. El mismo edificio de este Centro mira ya al futuro. Su construcción se debe al arquitecto don Miguel Fisac, creador de la más avanzada arquitectura española. Se trata de un edificio de tres cuerpos,

dos laterales, de cuatro plantas y sótano cada uno, y otro central de ocho pisos y sótano.

Funciona desde el mes de julio de 1955, en el que se trasladó al edificio, recién terminado, el primero de los institutos que lo integran, el de Metabolismo y Nutrición. Luego lo hicieron el de Endocrinología, llamado ahora Instituto Gregorio Marañón, desde la muerte de este clínico e investigador español, gloria de la medicina española contemporánea; Enzimología, Santiago Ramón y Cajal, Jaime Ferrán y el resto de los departamentos, secciones y laboratorios que forman este Centro, creado para la investigación médica, que quedó completo en octubre de 1956, y desde entonces viene desarrollando normalmente sus trabajos. Todos los Institutos y Departamentos han sufrido una reorganización ulterior, de acuerdo con las exigencias y directrices de la investigación y los problemas más acuciantes que tiene planteados la ciencia.

El Centro es uno de los más modernos de Europa en su género y goza de gran renombre internacional, tanto por sus magníficas instalaciones e instrumental, como por la importancia de los estudios de investigación que en él se realizan. Entre técnicos y personal suman un centenar las personas que trabajan en las investigaciones bioquímicas. Más de la mitad de los que le integran están dedicados plenamente a la investigación. Es decir, no realizan otro trabajo profesional.

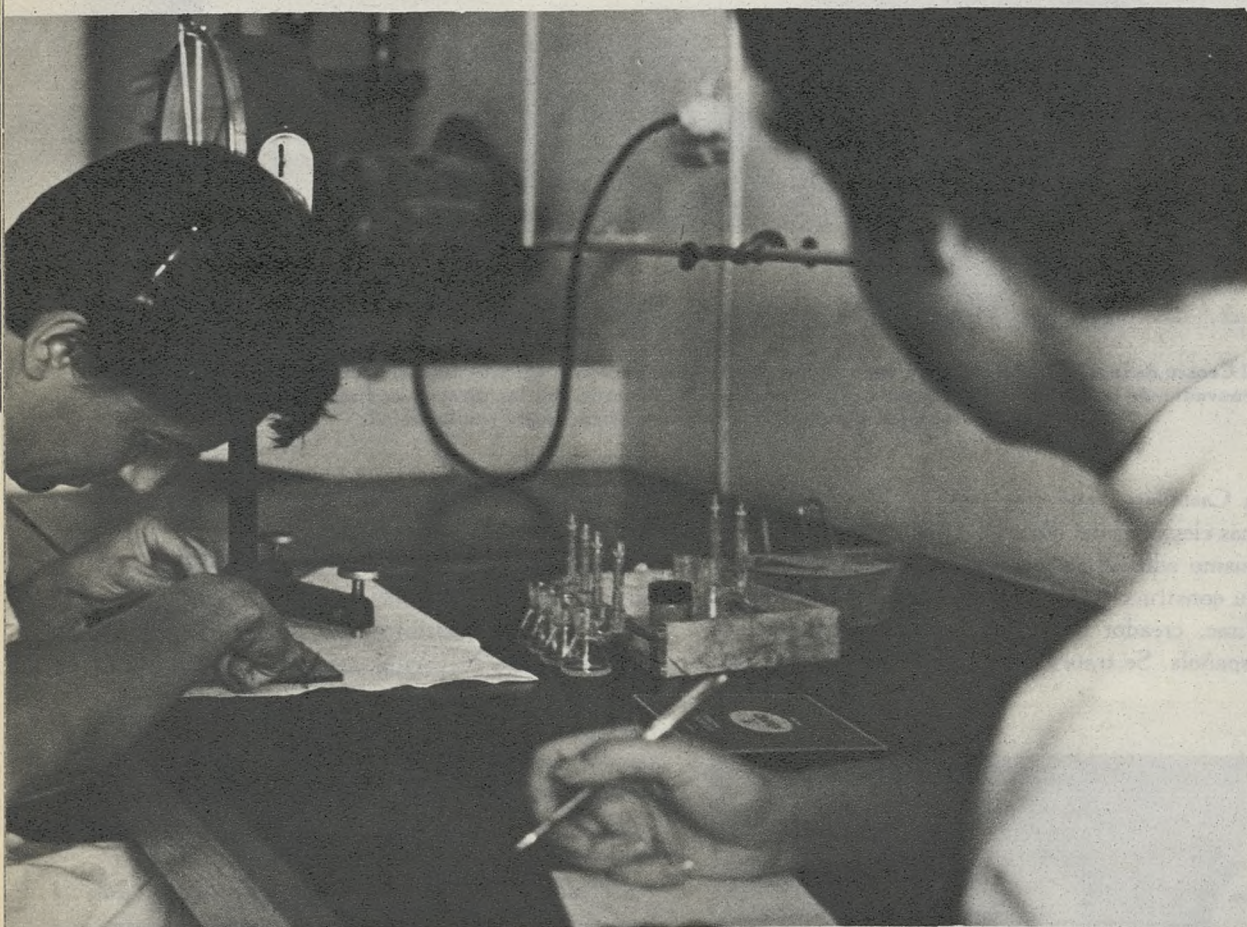
Pertenece a la División de Ciencias del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Su primer director fue el profesor Gregorio Marañón y secretario el profesor José Luis R. Candela. El director actual es el profesor J. G. Orcy.



El fallecido profesor Marañón, primer director del Centro, saluda el día de la inauguración al Caudillo, al que también recibe el doctor Rodríguez Candela, secretario de esta Institución científica



Como este laboratorio funcionan decenas de ellos en el Centro de Investigaciones Biológicas. Cada departamento, cada servicio, posee un equipo, cuidadosamente instruido para realizar esta alta investigación



Una investigadora está realizando, sobre un ratón abierto en canal, una labor de microcirugía. Mientras tanto, la colaboradora toma notas para el protocolo de la investigación

En la actualidad está integrado por: Instituto Cajal (director, profesor Julián Sáinz Ibáñez), Instituto Jaime Ferrán (director, profesor L. Vila), Instituto G. Marañón (director, profesor José Luis R. Candela), Departamento de Biofísica (Jefe, doctor A. Fernández de Molina) y Departamento de Bromatología y Nutrición Animal (profesor G. González), Museo Cajal, Museo-Biblioteca Marañón.

En todos los Institutos se realizan trabajos experimentales de investigación. En el Cajal: sistema nervioso; Ferrán: microbiología; Marañón: metabolismo intermediario, enzimología y endocrinología experimental. Se procede ahora a la instalación del microscopio electrónico.

El Centro tiene dos jornadas de trabajo, una continua, de nueve treinta de la mañana a siete u ocho de la tarde. Quienes la realizan comen en la cafetería del Centro dos menús, uno de tipo norteamericano y otro de tipo español; la otra jornada se divide de nueve treinta de la mañana a dos de la tarde y de cuatro a nueve de la noche. Pero es frecuente que se supere ampliamente el horario.

Son múltiples los trabajos que en el Centro se realizan. El Instituto Santiago Ramón y Cajal, dedicado especialmente al sistema nervioso, sigue la línea que el premio Nobel de Medicina español llevó en su vida profesional, pero adaptada a la actualidad. Cuenta para esta labor investigadora con modernísimos aparatos: ultracentrífugas, microscopios que darían envidia al propio Cajal si pudiera verlos y utilizarlos, cámaras de fotografías, oscilógrafos... Se hacen en él anastomosis de nervios.

El Instituto Gregorio Marañón posee un excelente equipo de isótopos, centrífugas refrigeradas, etc..., donativo de la Fundación J. March, dedicándose en un principio al estudio e investigación de hormonas. En la actualidad trabaja, según hemos dicho, en metabolismo intermediario, enzimología y endocrinología experimental.

El de Metabolismo hace diabetes experimentales y estudia la acción de la insulina. Como material para estos trabajos es de destacar el aparato Warbug, para baños de órganos aislados y respiración de tejidos. El Jaime Ferrán se especializa en microbiología y tiene el poderoso auxilio de las ultracentrífugas. El de Enzimología y Bioquímica Vegetal está dedicado a la química de los fermentos y levaduras. El de Bromatología y Nutrición Animal, a la alimentación de los animales y a la influencia de los alimentos en las lanas de los borregos. El de Patología Comparada, al estudio de la patología animal en relación

NAVIERA AZNAR, S. A.

IBÁÑEZ DE BILBAO, 2 :: BILBAO

Dirección telegráfica: AZNARES, Bilbao. Teléfono 16920
Apartado núm. 13

LÍNEA DE CABOTAJE.—Servicio regular semanal entre los puertos de Bilbao, Barcelona, escalas intermedias y regreso.

LÍNEA DE CENTROAMÉRICA.—Con salidas mensuales desde España a los puertos de San Juan de Puerto Rico, La Guaira, Curaçao, Barranquilla, La Habana y Veracruz.

LÍNEA DE NORTEAMÉRICA.—Con escalas en Filadelfia y Nueva York.

LÍNEA DE SUDAMÉRICA.—Salidas regulares mensuales desde Bilbao, Gijón, Vigo y Lisboa, con destino a Montevideo y Buenos Aires.

TODOS LOS BUQUES DESTINADOS A ESTOS SERVICIOS ADMITEN PASAJEROS Y CARGA GENERAL

PARA INFORMES SOBRE PASAJE Y ADMISIÓN DE CARGA, DIRIGIRSE A LAS OFICINAS:

NAVIERA AZNAR, S. A. Ibáñez de Bilbao, 2. BILBAO
LÍNEAS MARÍTIMAS: Plaza de Cánovas, 6 (bajos Hotel Palace) Teléfono 221 30 67. Madrid

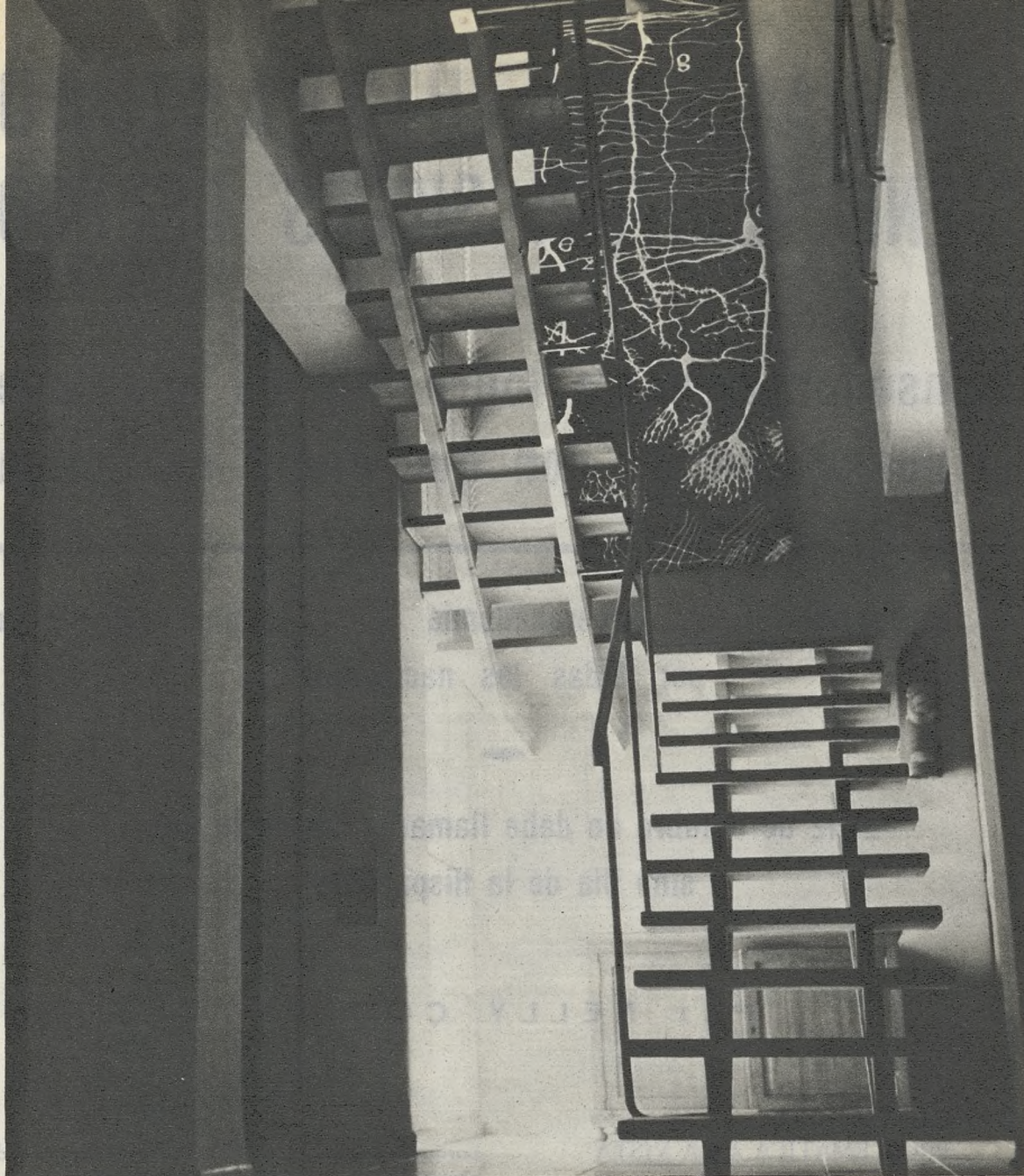
con la humana. El laboratorio de isótopos dedica sus servicios generales al suministro de isótopos para los trabajos, y el Departamento de Biofísica, a la actividad física de los animales y su registro eléctrico.

Los Institutos se nutren de fondos del Consejo y contratos con entidades norteamericanas.

En departamentos especiales se crían diferentes razas de ratas para los estudios científicos. Jaulas adecuadas las alojan, en las que los roedores se desarrollan: nacen, crecen y abandonan sus celdas vitales para entrar en los laboratorios, donde han de ser sacrificadas sus vidas en aras de la ciencia. El cuidado y la conservación de las ratas representan al Centro una cantidad muy importante de pesetas. A diario se sacrifican en los laboratorios, por término medio, veinte ratones. En las épocas de trabajo, unos setecientos, lo que supone un gasto de unas veintiocho mil pesetas, calculando cuarenta pesetas al mes por animal. Pero esto es necesario para cierta clase de investigaciones que en el Centro se realizan.

Pero no solamente las ratas son las víctimas propiciatorias para las investigaciones; las ranas dan también un buen número de ejemplares para el estudio, y hasta los perros y los gatos, pero éstos no se sacrifican en los laboratorios. Se les estudia, y, si fallecen, la muerte —como en el caso de las ratas— no ha sido provocada con intención. Cada gato o cada perro se paga en el Centro a sesenta pesetas. Y, como salen caros, los conservan con cuidado para no quedarse sin ellos. En cocinas especiales se les prepara su comida, confeccionada con todo esmero.

En el Centro de Investigaciones Biológicas se honra la memoria de los investigadores que dan su nombre a los diferentes Institutos, conservando con fervor religioso los objetos más íntimos de la vida y trabajo de estos eximios investigadores españoles. Así, se honra la memoria de don Santiago Ramón y Cajal con un museo con los elementos de trabajo utilizados por el maestro y con múltiples recuerdos personales. Son unas salas emotivas. En ellas están la mesa de despacho y la de trabajo, el microscopio que utilizaba don Santiago, sus fichas de estudio, sus libros, sus premios y condecoraciones, sus cuadros pictóricos, un telescopio, porque don Santiago se sentía atraído tanto por lo infinitamente pequeño como por lo infinitamente grande, etc., etc. Los organizadores del Museo han puesto de manifiesto en un genial detalle, la sencillez y grandeza de la vida del hombre más representativo de la ciencia española. Sobre una tosca y pequeña mesita, a la que el sabio se sentó a comer sus primeras sopas, está puesta la mascarilla del Premio Nobel, sacada después de su muerte. Entre una y otra transcurren ochenta años, que están repletos de un intenso amor a la Patria y a la ciencia, ganados del intrincado bosque de las células nerviosas del cerebro, cuya estructura descubrió el histólogo español, y que el arquitecto Fisac ha tomado como elemento decorativo en algunas paredes del Instituto. En la Biblioteca-Museo de Marañón, primer director del Centro, se recogen los libros científicos que escribió y manejó en vida este hombre egregio, lleno de sencillez y de cordialidad, y de una palabra cálida para toda aquella persona que a él se aproximara sedienta de ciencia; esto es: de la verdad de las cosas.



Arquitectura moderna. Decoración funcional. Estas escaleras conducen al Museo de Cajal. Las paredes están ilustradas con cuadros abstractos. Perdón. No son cuadros abstractos, son reproducciones a gran escala de los magníficos dibujos del histólogo Cajal, que representan las células nerviosas descubiertas por el sabio español

La mesa de trabajo de Cajal con su microscopio, en el que realizara sus más interesantes descubrimientos que merecieron el Premio Nobel. Al fondo, retratos de científicos contemporáneos



LA PALABRA HISPANIDAD TIENE VEINTIUN SIGLOS DE USO

Monseñor Vizcarra logró que se adoptase el nuevo sentido con que ahora se aplica

Es partidario de una Superacademia de la Lengua, constituida
por todas las nacionales

El 12 de Octubre no debe llamarse Día de la Raza,
sino Día de la Hispanidad

Por NELLY CORTÉS

PROBLEMÁTICA A LA VISTA

España mueve siempre a la pregunta. Obliga a un doble juego de valores, para un sí o para un no contundente. Hay una particular y humana postura ante la vida y... ante la muerte. ¿Qué tiene, en definitiva, esta punta ibérica que quiebra el Océano con dinamismo trascendental?

En España se explica mejor el ser americano,

porque aquí subyace y se intuye la hispanidad para entender lo propio. No basta haber encontrado rastros y perfiles en el folklore, en la literatura, en la sicología o en los nombres... A veces, la identidad aflora en la sensibilidad de los españoles que abordan la problemática de su patria: *La España invertebrada*, de Ortega; *España, árbol vivo*, de Fernández Suárez; *España, como problema*, de Laín Entralgo; *Fisonomía del español*,

de Criado del Val; los cursos de Introducción al Conocimiento de España, de Bousoño; los Estudios Hispánicos, de Dámaso Alonso, etc., sitúan al espíritu en la época y marcan la fidelidad del intelectual a su tiempo.

En cierto modo, los hispanoamericanos venimos a buscar en España respuestas afines. Y cuando este afán de verdad se ha consustanciado, se justifica nuestra intromisión, porque también pensamos en América como problema y no es desatinado buscarla en sus propias raíces. Hay que cruzar la calle para ver la fachada, hay que alejarse del cuadro para librarse de los detalles y abarcar la impresión de conjunto. Así, podremos sentirnos más hispánicos, inmersos en la propia hispanidad. Pero, ¿qué es la hispanidad? ¿Quién puede explicarnos su verdadera definición en proyección histórica?

EL ACUÑADOR DE LA LOCUCIÓN

Muerto Ramiro de Maeztu, sólo podrá darnos cumplida respuesta el excelentísimo y reverendísimo señor obispo de Eressó y consiliario general de la Acción Católica Española doctor Zacarías de Vizcarra y Arana, a quien aquél atribuye, en el primer capítulo de su libro, la feliz acuñación de la palabra.

La idea de dialogar con monseñor Vizcarra era, a este propósito, un incitante a las curiosidades y formas de captación de España. Desde la vieja casona de la cuesta de Santo Domingo se me remite al final de Hermosilla, no lejos del Parque de la Fuente del Berro, en el número 18 de la calle del Coronel Blanco. Un portal de rejas verdes, enredaderas y frescor umbroso. Subo y, de pronto, los pasos lentos de monseñor. Pasamos a su escritorio y comienzo las preguntas:

—Don Ramiro de Maeztu dijo que vucencia usó la locución *hispanidad* por primera vez en un artículo publicado en *El Eco de España*, de Buenos Aires. Este concepto ¿tiene para vucencia la misma significación de entonces?

—La palabra *hispanidad*—nos responde rápido—, en su sentido gramatical y estilístico de *hispanismo*, es decir, de modismo lingüístico propio del idioma español, es muy antigua. El humanista Filadelfo, que fue coronado de laurel en el siglo XV por el rey Alfonso de Aragón como el mejor helenista y latinista de la época, escribió en su prólogo de las obras de Quintiliano que su estilo tenía resabios de hispanidad (*redolere hispanitatem*). Y en 1531 escribía el maestro Alejo Venegas, en su *Tractado de Orthographia*, lo siguiente: «De los oradores, Marco Tulio y Quintiliano son caudillos de elocuencia, aunque no les faltó un Pollio que hallase hispanidad en Quintiliano...» Si ese Polión era contemporáneo de nuestro gran preceptista latino Quintiliano, se sigue que ya se usaba la palabra *hispanidad* en el siglo I antes de Cristo. También el cónsul Polión había subrayado en Roma que Tito Livio tenía *patavinidad*, como natural de Padua.

—Los diccionarios españoles, incluso hasta el de la décimoquinta edición de la Real Academia, venían registrando esta locución de *hispanidad* como anticuada, en lugar de *hispanismo*...

—Fue, efectivamente, para mí una decepción encontrar todavía en 1925 esa palabra en el Diccionario oficial de España, sin más valor que el de «anticuada», cuando yo había luchado en Buenos Aires, al declarar el presidente Irigoyen fiesta nacional argentina el 12 de Octubre, para que no se denominase con el nombre inexacto de «Fiesta de la Raza», toda vez que la palabra *hispanidad*, a pesar de aparecer como inútil en el Diccionario, admitía dos nuevos significados con gran ventaja sobre los que se pretendía dar al vocablo *raza*.

—Entonces don Ramiro de Maeztu tenía razón cuando, en 1934, decía en la *Defensa de la Hispanidad*: «El 12 de Octubre, mal titulado Día de la Raza, deberá ser en lo sucesivo el Día de la Hispanidad.» Con estas palabras encabezaba su



extraordinario del 12 de octubre último un modesto semanario de Buenos Aires, *El Eco de España*. La palabra se debe a un sacerdote español y patriota que en la Argentina reside, don Zacarías de Vizcarra... ¿No es así?

—Pues no. Lo que a mí se debe no es la palabra misma, tan antigua como hemos visto, sino el deseo de que se comenzara a utilizarla para los dos significados, que aclararé, y para la designación de la fiesta del 12 de Octubre.

—Precise, por favor, lo que debe entenderse para siempre con ese concepto de hispanidad.

—El 17 de marzo de 1926 publiqué en Buenos Aires un artículo que comenzaba: «Así como llamamos *humanidad* al conjunto de todos los hombres y al conjunto de cualidades propias del hombre, y designamos con el nombre de *cristiandad* a la suma de todos los pueblos cristianos y a la suma de las cualidades propias del cristiano, así también debemos llamar *hispanidad* al conjunto de todos los pueblos hispánicos de Europa, Hispanoamérica, Islas Filipinas y Territorios Hispanoafricanos, e igualmente a la suma de las cualidades que distinguen a los pueblos hispánicos del resto de la humanidad. No existe otra palabra más breve, exacta y expresiva que la pueda sustituir. Si tuviéramos personalidad para ello, pediríamos a la Real Academia que adoptase estas dos acepciones de la palabra hispanidad, que no figuran en su Diccionario.»

—¿Recogió alguien su iniciativa?

—No sabemos si este escrito tuvo alguna influencia sobre los ilustres miembros de la Real Academia. Pero, según publicó en el diario *ABC* el secretario de la misma don Julio Casares, el 16 de diciembre de 1944, determinó aquella incluir esos significados en la nueva edición de su Diccionario, y él hizo, como dijo allí, una excepción para anticipar a los españoles de los dos mundos la noticia de lo que se acordó en la junta plenaria del jueves 7 de diciembre de 1944.

—Ahora comprendemos, monseñor, su verdadera intervención al lograr que la Fiesta de la Raza propuesta por nuestro presidente Irigoyen, haya pasado a ser la Fiesta de la Hispanidad en el concepto universal que hoy significa. ¿Querría vucencia matizar esto?

—Naturalmente. España nunca tuvo problema racial y nuestro fondo étnico está constituido por diversidad de pueblos. Así que no era oportuno hablar de *raza* dentro de naciones de origen hispánico, con lo cual queda evitado cualquier prejuicio racista. Ocurre lo mismo en las palabras *cristiandad* y *humanidad*, con respecto a su contenido ético, aparte su sentido geográfico. Decimos, por ejemplo: Este hombre no tiene humanidad, cuando queremos aludir a su sentido ético. Entonces, ¿por qué hablar de razas, si todas constituían una unidad, y no hablar de hispanidad, que es la condicionante de un conjunto de cualidades que distingue a los pueblos hispánicos?

—¿Y qué le falta a la hispanidad para que sea una fuerza universal de salvación en esta época tan agitada?

—Vitalizar las unidades heredadas, la religiosa y la lingüística, e instaurar dos mancomunidades, la económica y la política. Hay que poblar esas ricas regiones que, materialmente, pueden ser la gran ayuda del mundo. Allí no hay racismo y se admite a todos. Y queda la esperanza de que vitalizando a esos pueblos, ellos cristianicen después al orbe. Prueba esto lo sucedido con Santo Toribio de Mogrovejo, obispo de Lima. Había estudiado Leyes en Salamanca y era juez de la Audiencia de Granada, recién constituida. Pues un día se encontró con la Bula papal que le designaba obispo, y al sorprenderse por ello, ya que ni siquiera tenía las órdenes menores, le persuadieron de que hacía falta un hombre que tuviera visión política y religiosa, y que la persona más apta en esos sentidos era él. Se dejó convencer, recibió las órdenes menores y mayores, le hicieron obispo y se fue a Lima, donde realizó una obra



maravillosa, considerada como modelo entre el clero europeo, además de fundar la Universidad de San Marcos... Su obispado alcanzaba hasta el Estrecho de Magallanes y empezó a pedir sacerdotes para fundar parroquias y doctrinas, al tiempo que iba fundando seminarios. Pero el personal criollo e indígena que salía de ellos llegó a ser tan numeroso que terminó mandando una lista de sesenta sacerdotes, primero, y otra de ciento, después, para ser colocados en España. Esto prueba que hay siempre posibilidad para tener magnífico clero americano. En tiempos de la Independencia había en América clero abundante, hasta que irrumpió el laicismo en la educación y en la familia. Ahora disminuye por la disolución de los lazos familiares y sociales. Pero América está llamada a abastecer de sacerdotes al mundo.

—Su cargo de consiliario general de la Acción Católica Española, ¿podría proyectar alguna orientación para Hispanoamérica?

—Hay que incrementar su clero católico y popularizar la Acción Católica allí. América se conservó admirablemente en la fe hasta los primeros años de su Independencia. Poco antes, el barón de Humboldt —protestante— recorrió toda aquella zona, y aunque no se daba permiso para establecerse a los no católicos, a él, como naturalista famoso, se le autorizó. Y reconocía que toda América era íntegra y profundamente católica, porque se había mantenido una perfecta unidad. Hoy, además, urge resolver el problema económico y social de acuerdo con la doctrina social de la Iglesia, que es el modo más humano y justo de enfrentarse con todas las cuestiones pendientes.

—Respecto a la posición cultural, ¿qué opina

vucencia sobre la labor de la UNESCO y su objetivo de facilitar el diálogo entre Oriente y Occidente?

—Falta la buena fe en el interlocutor ateo y materialista, sin base de inteligencia honrada. El espíritu paulino es la mejor norma para las relaciones humanas. América está llamada a formar, dentro de la humanidad, una gran familia cristiana, con la religiosidad inherente a su pueblo, no sólo en su dimensión universal, sino en su humano enfoque hispánico. Los pueblos de Asia y África tienen cierta prevención hacia Europa, porque hasta ahora las naciones colonizadoras eran europeas; pero América puede cambiar el sino de este prejuicio histórico.

—¿Cómo podrían, monseñor, hacerse más entrañables las relaciones humanas entre los pueblos de América y España?

—Fomentando más el conocimiento mutuo, el contacto mutuo y el intercambio de todas las fuerzas vivas de los pueblos hispanoamericanos, tanto en el orden cultural como en el económico y en el político, acomodando a la época presente el sueño continental de Bolívar.

—¿Considera que las Academias americanas están suficientemente ligadas a la Española para lograr la unidad permanente del idioma?

—Dejando subsistentes todas las actuales Academias nacionales con su propia e insustituible misión, sería deseable que ellas mismas preparasen la constitución de una *Interacademia de la Lengua Castellana*, como inmejorable instrumento de cohesión en la gran potencia colectiva que han de formar en un futuro próximo, para salvar a la humanidad de la amenaza de los grandes bloques internacionales de signo adverso y funesto.



"CERVANTES, S. A."

COMPAÑÍA ESPAÑOLA DE SEGUROS

Avenida de Calvo Sotelo, 6
MADRID

VIDA • TRANSPORTES • INCENDIOS • ACCIDENTES INDIVIDUALES Y DEL TRABAJO
RESPONSABILIDAD CIVIL • AUTOMOVILES • ROBOS • REASEGUROS

DE OCTUBRE
A OCTUBRE

RIESGO Y ESPERANZA DEL CINE ESPAÑOL



Lucida representación del cine español en el Festival de San Sebastián. De izquierda a derecha: Luz Márquez, Gisela Paradis, Teresa del Río, María Martín, Trini Montero y María Cuadra



La magnífica actriz dramática Aurora Bautista

Cada mes de octubre se inicia una nueva temporada en las salas cinematográficas. Los distribuidores tienen lista su cosecha contratada en los meses de los Festivales, y nuevamente, esa gran ventana abierta a la curiosidad que es la pantalla cinematográfica reproduce el episodio anual del espectáculo filmico.

El cine es un fenómeno de nuestro siglo. Se le ha comparado, junto con la radio y la televisión, a una nueva aparición de la imprenta, multiplicadora, en este siglo, de la difusión cultural. Después de los experimentos de Kircher, Anschütz y Sladanowsky; Edison y, sobre todo, los hermanos Lumière, aparecen como los fautores del prodigioso hallazgo que inicialmente se estimó mero juguete científico y que después, merced a los Gaumont, Pathé y Méliés, se convertiría en la más importante industria-espectáculo. Pocos meses después de que Lumière ofreciera su primera sesión cinematográfica en París, Promio exhibía en un local de la Carrera de San Jerónimo, de Madrid, las primeras películas conocidas en España. Era el 15 de mayo de 1896, fiesta de San Isidro.

Sin embargo, han de pasar cerca de cincuenta años antes de que el cine español se constituya como industria estable, solvente y cumplidora del doble objetivo artístico y económico. Este fenómeno parece singular en un país que, como España, dispone de una magnífica tradición en las artes plásticas, en la literatura y en el teatro, disciplinas muy próximas e inspiradoras de la cinematográfica. Mientras que Francia, Italia, Estados Unidos, Dinamarca y Alemania crean, durante los primeros cuarenta años de este siglo, sus escuelas nacionales filmicas, España se limita a meros tanteos individuales de los Jimeno, Gelabert, Rey, Delgado, Buchs y otros. Tres factores pueden explicar este retraso de la cinematografía española:

— El individualismo del genio creador español, capaz de realizar una gran novela, un drama teatral o una obra plástica, mientras que ha de enfrentarse, en lo cinematográfico, con una tarea no individual y si colectiva, de equipo.

— La concesión de traducción libre al idioma castellano de toda película extran-

jera. Al aparecer el cine sonoro, muchas cinematografías prohibían la versión al idioma nacional, conservando el sonido original y recurriendo a los títulos ópticos. Este malhadado «doblaje» pondrá en abierta competencia la balbuciente cinematografía española con las más desarrolladas del extranjero.

— Atomización de productoras cinematográficas. Este fenómeno, aún no totalmente resuelto, provoca la paradoja de que mientras la producción media de los últimos años se eleva en España a setenta películas, existen más de un centenar de empresas productoras.

Sin embargo, a partir de 1940, el cine español empieza a disponer de una industria digna de tal nombre. Debemos mencionar aquí otros factores, esta vez favorables, que han contribuido a que, por lo menos cuantitativamente, exista en la actualidad un complejo filmico español de relativa importancia.

— España es uno de los más importantes mercados cinematográficos del mundo, en proporción a su población absoluta. Existen en el país unas siete mil salas de proyección cinematográfica.

— El español va al cine, tanto por motivos de atracción espectacular, como porque las restantes exhibiciones para grandes masas de público —deportivas, taurinas, teatrales, musicales— son más costosas.

— Pero quizá el factor decisivo de apoyo al cine español ha sido la ayuda concedida por el Estado para su desenvolvimiento; ayuda que alcanza hasta el 50 por 100 del coste total de producción de cada film.

En 1953, uno de los más sagaces investigadores y ensayistas filmicos españoles, José María García Escudero, publicaba su original *Historia en cien palabras del Cine español*. Estas cien palabras decían:

«Hasta 1939 no hay cine español, ni material, ni espiritual, ni técnicamente. En 1929 y 1934 da sus primeros pasos. En 1939 pudo echar a andar, pero se frustra la creación de una industria, así como la posibilidad de un cine político. Continúan las castañuelas y el smoking. Sobre los intentos de cine sencillo se desploman el cine de gola y levita y un cine religioso sin autenticidad.

El neorrealismo, que pudo ser español, se reducirá a una película tardía. Pero nuestro cine supera al de 1936 y puede esperarse que los jóvenes le den el estilo nacional que necesita.»

Repetimos que estas condenatorias cien palabras se publican en 1953. El espectador de 1961, contemplando una panorámica de los veinte últimos años del cine español, encontrará una visión más esperanzadora a través del millar de películas aparecidas. Porque entre la gola y la levita, el smoking y las castañuelas, se han asentado nada menos que las bases económicas y artísticas para un auténtico cine español.

Si «Raza» (1941) supuso la aparición de la epopeya cinematográfica, a través de sagas familiares (a la manera de la inglesa «Cabalga»); si con «El Escándalo» (1943) se incorpora al cine español el repertorio novelesístico del siglo XIX; si la historia inmediata se descubre con «Los últimos de Filipinas» (1945); y si, en fin, la tradición teatral va a fundirse con el guión cinematográfico en

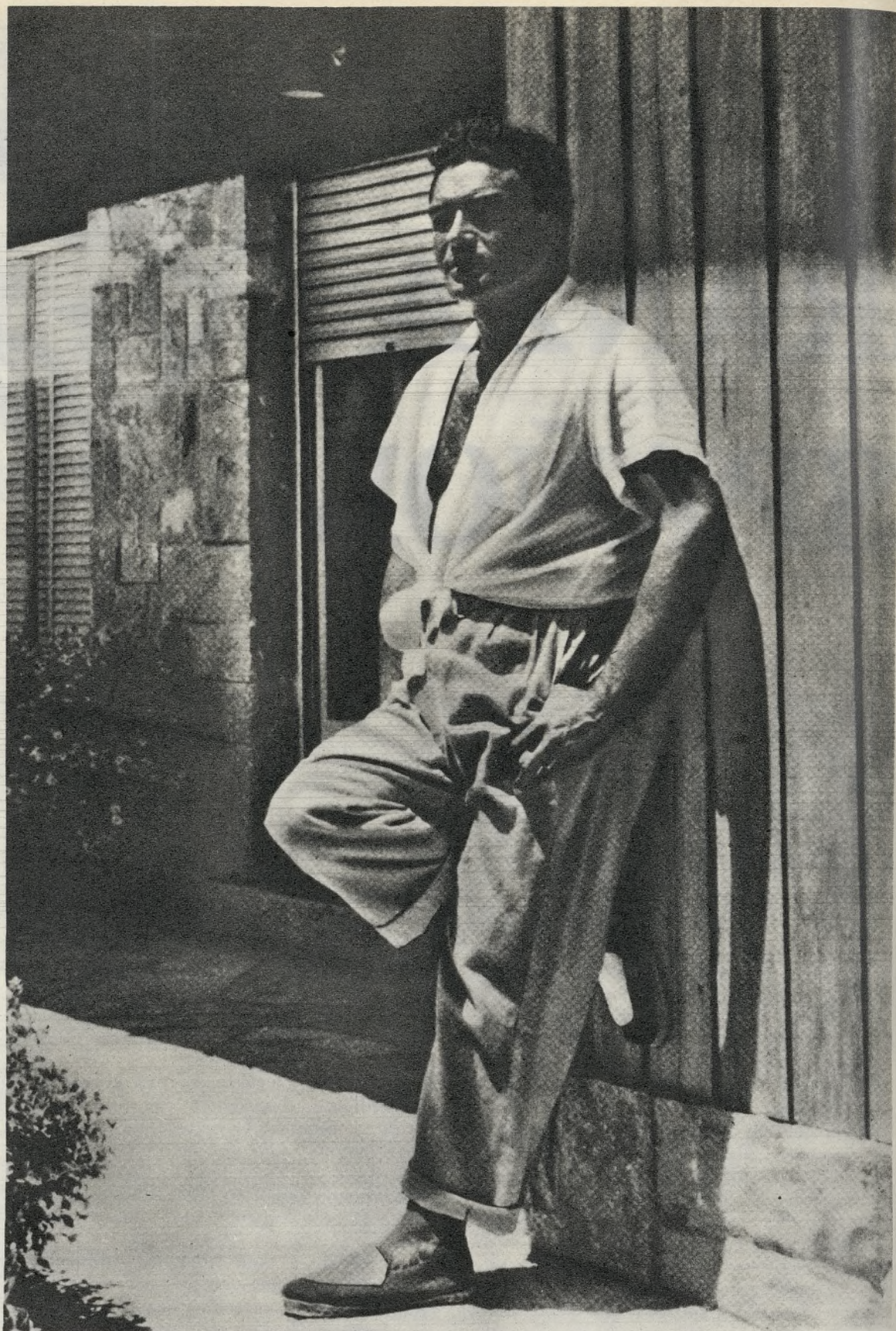
«Un drama nuevo», y, sobre todo, en «Locura de amor» (1947); en 1953, coincidiendo con el texto de García Escudero, la película «Surcos» va a abrir uno de los caminos más prometedores, por auténticos, a la cinematografía hispana: el del realismo, el del sainete, el de la preocupación social.

Dos películas, «La Guerra de Dios» (1954) y «Marcelino, pan y vino» (1955) suponen nada menos que el hallazgo de un cine religioso auténtico, quizá la veta más importante y original que pueda aportar el cine español al mundo. Y, simultáneamente —el año 1953, repetimos, es decisivo para nuestro cine—, dos jóvenes realizadores, de los que tanto esperaba García Escudero, realizan una serie de películas de categoría universal: «Bienvenido, mister Marshall», «Muerte de un ciclista» (1955) y «Calabuig» (1956). Han aparecido el montaje técnico, el encadenado psicológico, pero, sobre todo, la profundidad, la ternura y la realidad presente.

Estos dos años de cine español, 1960 y 1961, suponen su consagración en los grandes Festivales Internacionales. Pero hay algo más importante: la aparición de una escuela novísima de jóvenes realizadores que con películas como «El pisito», «Los chicos», «El viejecito», «Los golfos», «El cochecito», recogen el mensaje de «Surcos»; es decir, nuestra escuela realista.

Terminemos este apresurado recuento, esta panorámica a saltos, del quehacer fílmico de España en los últimos años, con una serie de primeros planos:

Son los auténticos protagonistas, los directores. En primer lugar, el magnífico veterano José Luis Sáenz de Heredia, que ha abierto todos los caminos para nuestro cine. Y Rafael Gil, el técnico más completo. Y el trío de los tiempos heroicos en que se hacía cine con poco más que ilusión: Juan



El actor Jorge Mistral, que ha encarnado muchos de los más importantes papeles de nuestro cine

Una de las últimas revelaciones del cine español, por su belleza y dotes de actriz, es Laura Valenzuela



de Orduña, Antonio Román y Manuel Mur Oti. Y el magnífico revolucionario José Antonio Nieves Conde. Y el húngaro que realizó toda su carrera en España, Ladislao Vajda. Y el primer dúo de solistas Bardem-Berlanga. Y otra triada más contemporánea que la de Orduña, Román y Mur, que es la integrada por Julio Coll, José María Forqué y César Ardavín. Y, por último, por ahora y siempre de tres en tres, Carlos Saura, Marco Ferreri y Manuel Summers. Mientras cuajan las industrias, mientras se plantea el entendimiento con las cinematografías hermanas de Hispanoamérica, mientras se alcanza un auténtico estilo nacional y universal, al abrirse, en octubre, el nuevo año cinematográfico, para esos protagonistas del riesgo y de la esperanza del cine español, la atención firme y continuada del espectador.

MANUEL ORGAZ

Breves notas para la temporada de invierno

Por HELIA ESCUDER



La moda es siempre imprevisible y extraña, hasta cuando se le ocurre ponerse razonable. Porque no queremos hacernos ilusiones pensando que esas oscuras raíces proféticas que le hemos atribuido en más de una ocasión, nos están anunciando un mundo tranquilo, pacífico y confortable... En fin, ojalá que así sea. Vamos con las noticias y la paz sea con todos.

En esta línea de un vestir razonable, y de acuerdo con las necesidades de la mayoría de las mujeres, se ha establecido en París una gran novedad. El pret a porter no quedará relegado a los bazares y boutiques de segunda categoría; Cardin, Heim y varios más de igual prestigio montan en su casa una sección en este sentido. Esta novedad esperamos y deseamos que tenga una pronta imitación en nuestro país, donde tanto abunda el gusto por la ropa bien hecha, rápidamente dispuesta y sin tener que sostener una batalla de idas, venidas y telefonazos infructuosos con la casa de la modista.

La característica más destacada de la temporada actual consiste precisamente en carecer de un signo absoluto que la determine; es fácil de llevar, confortable y bien hecha, todo en su sitio; si algo rompe el orden lo hace con un sentido armonioso y discreto, que corrobora el conjunto. Las telas de lana son gruesas y confortables, para los abrigos y los sastres. Los abrigos son de una línea muy amplia y envolvente, ponibles para todas las horas del día, incluso para las últimas de la tarde. Hay mucho reversible.

Los sastres suelen ser en tejidos muy clásicos, géneros ingleses, cuadritos menudos y espiguilla. Forrados muy frecuentemente con pieles, más o menos ricas.

Las elegancias de tarde y noche siguen siendo aladas —muselinas plegadas, crepés fruncidos de colores oscuros—, o modelando mucho la silueta en satén negro, generalmente cubiertas de tul salpicado de paillets o azabaches o perlas negras menudos y brillantes.

El sombrero lucha por recuperar el puesto que tuvo en tiempos y para ello también se pone asequible y funcional. Pequeños cloches y boinas de piel o de fieltro, destinados más bien a cubrir la cabeza y completar un conjunto de una manera discreta, que a epatar a las gentes en algún que otro acto mundano.

Los zapatos siguen cuadrando sus finas puntas y los collares mandando, como en todos estos últimos años.



FRANCISCO FRANCO, CAUDILLO DE LA PAZ

Ya no es necesario volver atrás los ojos y hacer comparaciones con tiempos pretéritos. Estamos, desde hace veinticinco años, acostumbrados los españoles a mirar adelante, en un constante afán de trabajo fecundo, de honrada ambición. Se nos ha acostumbrado a algo que España tenía en olvido: a conseguir. No es necesario hablar de décadas perdidas en guerras inútiles, en viciosos programas políticos, en fanáticos partidismos. Nos ha acostumbrado nuestro Caudillo a emplear los ojos en buscar tierras que deben ser feraces, lugares donde se pueden levantar fábricas, hogares donde hay frío, ciudades que hay que hermosear, manos que tender, miserias que abolir.

Cada día, durante veinticinco años, nos han acostumbrado a la noticia de la presa que canaliza el riego, de la central que sirve a nuestro deseo la celeste teoría de la luz, de los pueblos que nacen, de las tierras que concentran su dispersa propiedad, de los cultivos que por vez primera dan su cosecha en tierras que ni su nombre conocían, de complejos industriales, de planes agrícolas, de conquistas sociales.

Se nos ha acostumbrado a exigir esfuerzo y a cosechar verdades. Todo ello con la sencillez de una sonrisa a tiempo, cuando los pusilánimes se atemorizaban y con la confianza de saber que es buena la mano que guía. Todo ello cuando se intentaba lanzar tempestades extrañas sobre nosotros y se hablaba de revanchas y exigencias. No es necesario mirar atrás, como tampoco necesitamos mirar hacia afuera, donde aquellos que no admitían nuestro orden ven sus propias tierras en sangrienta amenaza, y los que no toleraban nuestra seguridad ya no se sienten seguros, y los que esperaban nuestra ruina miran hacia España para aprender la forma de salvar la suya.

Se nos ha acostumbrado, en estos veinticinco años de buena paz, a una confianza de tranquilos amaneceres en los que Dios escucha cuando se le pide el pan nuestro de cada día y en los que aquellos que tenían ambición saben que hay un camino cierto para saciarla: el del trabajo diario, sin descanso, sin ociosos estériles, sin atajos sospechosos, con ciencia y paciencia, con afán y seguridad de servir.

Veinticinco años no son toda la historia de un pueblo, pero nunca se habían dado en España con una continua canción de alegría cotidiana, de saber firme la mano que empuña el timón, sin sospechosos e inciertas aventuras. Fueron, primero, hoguera ardorosa que buscó la victoria; luego, servicio a las órdenes del hombre que Dios puso delante y, año tras año, paz, bendita paz, española paz de hogares donde han nacido y son ya hombres los que nada supieron de las horas trágicas, paz donde los nietos de los héroes «circundan de oro las barbas de armiño», paz de canciones triunfales, de obstáculos salvados, paz cristiana, paz de Franco.

No es necesario sino mirar a España, sentirnos orgullosos de esta Patria trabajadora, fecunda, emprendedora y alegre. Basta alegrar el corazón cuando, después del trabajo de cada día, se llega al descanso sin sobresaltos, sin temor de que mañana esté perdido nuestro esfuerzo de hoy. Basta mirar a las tierras de España y buscar nuevos motivos de esfuerzo, porque el porvenir está limpio, porque se nos ha acostumbrado a servir, y hasta la juventud tiene por lema aquello tan hermoso de que «Vale quien Sirve».

Vemos cómo ojos extraños nos miran con envidia, porque no supieron seguir nuestro camino. Vemos que los que atacaron empiezan a darse cuenta de que Franco es ya Historia y ellos han de pasar como los que no acertaron a darse cuenta de que él nos traía una de las eras más hermosas de todos los tiempos. Vemos cómo lo que nuestro Caudillo nos dice, en éstas que son fechas de alabanza y loor, es que no podemos detenernos en mirar hacia atrás, que aún hay mucho que hacer y no se ha hecho más que empezar; que nos esperan otros veinticinco años de servicio, de entrega, con el esfuerzo de cada día.

Los pueblos han hablado mucho de paz. Han lanzado a los vientos manifiestos ostentosos en pro de la paz.



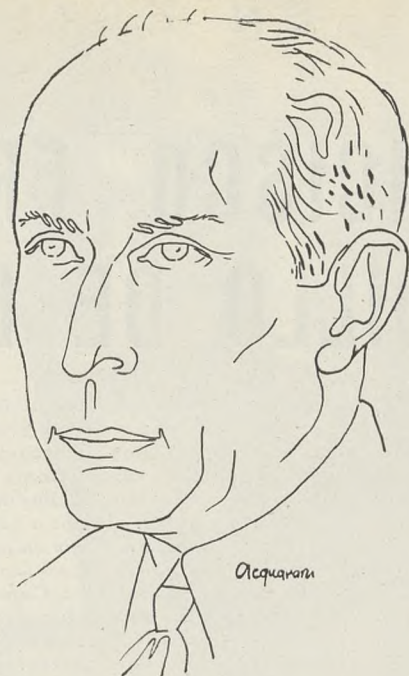
Han pintado palomas, han lanzado consignas. Como resultado, han ensangrentado las tierras de África y Asia y Hungría y las de aquella dulce Cuba. Y en la tierra y en el cielo han levantado la amenaza insultante de los terribles hongos nucleares para espantar a las naciones.

Pero Dios ha querido que sólo España pueda enseñar al Mundo la paz de un pueblo que trabaja y que canta y que reza. La paz que durante veinticinco años le ha proporcionado a su Patria un hombre providencial, Francisco Franco, a quien toda la nación aclama jubilosamente hoy, Día del Caudillo.

LUIS LÓPEZ ANGLADA

PORTUGAL asume su destino

Por J. L. GÓMEZ TELLO



En nuestra época son muy pocos los pueblos a quienes les es dada la grandeza y servidumbre de ser fieles a su propio destino. Vivimos unos tiempos en que se prefiere dejarse arrastrar por las olas fáciles que nadie sabe ni de dónde vienen ni adónde van, hasta estrellarse. Sin embargo, el pequeño colono de Quicabo o el cabo ultramarino que defiende la iglesia de Mucaba saben que en Angola del Norte se decide el destino de Portugal, y también el de Occidente. Esto se ha dicho tantas veces de otros países, que luego eludieron las responsabilidades que por ello les corresponde, que basta citar el hecho: Los portugueses, blancos o negros o mestizos, de Quiza, de Carmona, de Icolo, de Catete, están clavados bajo el cielo verde, entregados a su tarea de trabajo, alternan las labores civiles con las militares, mueren si es preciso, vuelven con la bandera nacional a su hacienda o a su aldea en cuanto pueden. Pero no ceden. Ni siquiera cuando se les quiere comprar el honor por un puñado de dinero.

Cuando, hace unos días, una columna de civiles y militares recuperó Quicabo, encontró la ciudad destruida por los terroristas y en el templo habían sido fusiladas las imágenes.

Apretando el dolor —ese dolor portugués secreto y sin gritos—, los hombres emprendieron inmediatamente la reconstrucción, mientras las tropas se mantenían vigilantes en los alrededores. «Estamos dispuestos a hacer de nuestra ciudad y de nuestra comarca un emporio de riqueza y de calma», dijeron.

Tales hechos no suceden en la época de las grandes expediciones de una Europa que aún tenía sangre y alma. Esto sucede en los días de 1961, cuando verdaderamente lo que se llama Occidente es el fruto amargo de una Civilización del ocio, acomodaticia, en que no se entiende bien a estos hombres arriesgados, que son los descendientes de aquella «insólita geração», cuyos donceles están enterrados en el monasterio de Santa María de la Victoria, el Convento de Batalla. Permítasenos decir que los españoles, sí, los entendemos, los admiramos y estamos a su lado.

Primero, por vecindad. «Nos e Espanha somos dois irmaos, com casa separada na Península, tão vizinhos que podemos falarnos das janelas, más seguramente mais amigos, porque independentes e ciosos da nossa autonomia», dijo una vez Oliveira Salazar. Con estas hermosas palabras queda explicada esa emoción común por la que a los españoles

nos es dado captar la heroica y severa mentalidad con que en este tiempo los hombres de Lusitania ponen sobre sus hombros obligaciones que, después de todo, es cierto que también son servicio para Europa, esa Europa que Camões aún llamaba «Europa entera», y que está partida. Pero tenemos otra razón más cálida y cercana, referida a la decisión con que en Lisboa se estuvo al lado de España, con la sangre y la inteligencia. Frente a quienes, en el mejor de los casos, deseaban limitar el conflicto español de 1936-1939 a un episodio circunscrito a un ángulo de la Europa geográfica, los portugueses presintieron que era necesario plantearse la lucha de los españoles en una visión de conjunto. Desde los Pirineos a Algeciras se libraba la primera batalla de Europa contra el comunismo. Portugal lo entendió así, sus Viriatos vinieron a pelear por la Cruz de la Cristiandad y, como soldados, se dieron por bien pagados con la sangre derramada.

Después, el Tratado de amistad y no agresión de 17 de marzo de 1939, con el protocolo adicional del 29 de julio de 1940, refrendaron en la paz ese sentimiento de comunidad.

De todas las construcciones diplomáticas que se han ido elaborando estos años como pasos hacia la solidaridad occidental, el Pacto Ibérico fue la primera, la que mejor sirvió sus fines de paz y que en la encrucijada de Europa fue el fanal de solidez que se necesitaba. Así, si por sus provincias ultramarinas Portugal prolonga su destino africano, por sus relaciones con España cimenta la resistencia peninsular, su integración en la NATO y los servicios que ha prestado al Viejo Continente la hacen solidaria con Europa. Y al otro lado del Atlántico, la herencia brasileña.

Sin embargo, las nuevas generaciones creen que este milagro portugués, en lo espiritual y en lo material, es eso: una cosa de milagro. ¿Cómo puede un pequeño país afrontar los riesgos y las cargas de un conflicto lejano, con qué medios, con qué espíritu? ¿Cómo es posible que haya superado un momento difícil de crisis y la bandera siga, moralmente y militarmente, en alto? El fenómeno todavía podría ser más inconcebible si las nuevas generaciones hubieran alcanzado a conocer lo que era el Portugal de hace menos de cuarenta años: un país endeudado, escindido, caído en el prestigio internacional, gangrenado y pasivo.

El secreto está en los hombres. Y está en la revolución del 28 de mayo de 1926. El Portugal que

entonces trazó la raya sobre su situación de hecatombe, se puso seriamente a la obra de reconstrucción nacional. La estabilidad en lo alto estuvo en figuras como el llorado mariscal Carmona, presidente de la República, al que habían de suceder hombres como Craveiro López o como el actual presidente, el almirante Américo Thomaz, que encarnan la continuidad y la firmeza del Régimen. Pocos hombres han asumido con tanto tacto y energía su misión en momentos tan difíciles como el almirante Américo Thomaz, que tras haber formado en el equipo inspirador del ideario del Estado surgido de la Revolución, lo encarna hoy en su más alto puesto. Hace pocas semanas dirigía a la Mocidade unas palabras que flameaban como una bandera: el espíritu de sacrificio, la lealtad, la disciplina, el entusiasmo por la Patria, forman la más bella lección que un Jefe de Estado pueda dar a la juventud, que es el futuro.

El almirante Américo Thomaz encuentra a su lado a ese motor sereno y firme de la revolución nacional que es el presidente del Consejo, Oliveira Salazar. Una figura de mística política que hoy se impone en Europa por la gallardía con que recientemente reivindicó conceptos que forman el patrimonio común de nuestra Civilización. Hubo un tiempo en que se llamó «el místico de los números» y se le consideraba como un perfecto administrador, un estadista que había conseguido enderezar la economía de un país endeudado. Cuando las circunstancias lo han exigido, Oliveira Salazar demostró que era bastante más que el solitario profesor de los claustros de Coimbra, y que su mirada estaba tendida sobre horizontes enormes de la política internacional.

En el fondo, ¿no es ése el destino de Portugal? Cuando el mundo no vive en tensión dramática, Portugal aparece como el país dulce y coloreado que dio el manuelino y los versos de Camões, que da uno de los más espléndidos folklóres y una de las geografías más seductoras.

Pero siempre hay una encrucijada en que Portugal se descubre tal como es: como un pueblo de hombres que saben combatir mirando más allá de sus fronteras metropolitanas hacia el mundo, hacia lo que el mundo les exige.

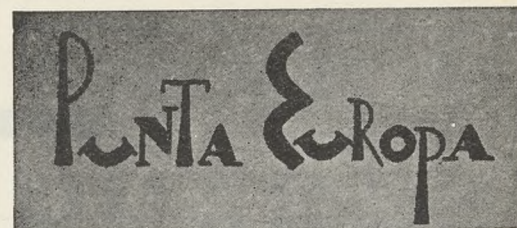
Portugal vive esta hora. Y en esta hora tiene, al frente de los hombres sencillos que combaten en Mucaba o en sus fábricas del Tajo, en la lejana Goa o en el melódico Tras Os Montes, los hombres que conducen con decisión la rueda de ese destino: Américo Thomaz y Oliveira Salazar.

LA SEÑORA ROOSEVELT DEBERIA DEDICARSE... AL DESCANSO

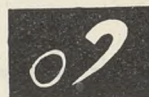
En el mundo revuelto en que vivimos, oscurecido ahora por las nubes de las explosiones nucleares de los rusos para conseguir por el temor lo que saben que no pueden lograr por la justicia, resulta confortante escuchar las voces orientadoras de quienes se olvidan de sí mismos para entregarse al bien de la comunidad clarificando los hechos. Tal es el caso de *Juan Alba* y del equipo de esa revista penetrante que es *Punta Europa*.

Hace unos meses ya, en su «Crónica Internacional», *Juan Alba* daba la clave de la política norteamericana al perfilar algunos de los colaboradores del nuevo presidente con estos trazos:

«Como se sabe, Kennedy tardó mucho en formar su nuevo Gabinete. Eso se puede comprender fácilmente. El partido demócrata, con su ala mayoritaria patrocinada por la señora Roosevelt, en nada enamorada del joven presidente, quería inundar el nuevo Gobierno con sus adictos filosoviéticos. La doctrina de éstos, que en puro americano se llama filocomunista y neosoviética, y en lenguaje clave *progresista*, es la de una continuación hasta las últimas consecuencias de la fraternidad rusoamericana de Yalta-Teherán-Potsdam. Estas últimas consecuencias serían la paz definitiva con una partición ratificada del mundo, la retirada de los americanos de Europa, neutralizada y eterna-



1961 - Madrid



SUMARIO

EDITORIAL.	
Lo que podemos hacer: Veinticinco años después, por <i>Luca M. Oriol</i> .	
PLIEGO LITERARIO	
Primavera de carne (poema), por <i>Rafael Palma</i> .	
Guardini y el nuevo estilo de expresión oratoria, por <i>Alonso López Quintas</i> .	
La lámpara de tres brazos (cuento), por <i>Carlos Luis Álvarez</i> .	
ENSAYOS	
La guerra española y el trástago de cerebros (VII): La generación de 1936 y el espíritu de concordia, por <i>Vicente Marrero</i> .	
Depauperación y opulencia: Galbraith y la "nueva frontera" por <i>José Ramón Lasuen</i> .	
ACTUALIDAD SOCIAL Y ECONOMICA	
Los movimientos sociales a través de las revistas españolas contemporáneas (II): "La Revista Blanca" y los orígenes ideológicos del anarquismo español, por <i>Domingo Paniagua</i> .	
CRIBA Y COMENTARIO	
Negación y defensa del 18 de Julio como Cruzada. (Historia de una polémica olvidada), por <i>Javier M. Pascual</i> .	
HORIZONTES ABIERTOS	
Cine a la vista, por <i>Horio Stamatou</i> .	
Los lunes de "Punta Europa": Un americano contra el comunismo: Edgard G. Bundy, por <i>Esplandian</i> .	
Lengua de Fuego. Crónica Internacional. Puertas Adentro. Notas al Paso. Caña y Mosca.	

LA LLAVE DE ORO DE SAN JUAN, AL DOCTOR LA FUENTE CHAOS



El catedrático de la Facultad de Medicina de la Universidad de Madrid, doctor Alfonso de la Fuente Chaos, recibe de manos de la alcaldesa de San Juan de Puerto Rico, doña Felisa Rincón de Gautier, la llave de oro de la ciudad, durante su reciente estancia en aquella isla, a la que fue invitado por sus alumnos puertorriqueños que estudian en Madrid. Asistieron al acto el cónsul general de España, don Ernesto La Orden Miracle; el historiador del Municipio, don Rafael Ramírez de Arellano; el presidente de la Casa de Puerto Rico en Madrid, don Pedro González Cámara; el director médico del Hospital Español, doctor Carlos Muñoz Mc Cormick y otras personalidades

mente dividida, la liquidación de Chang Kai Shek, un particular cariño para los Estados *progresistas*, como Cuba de hoy, etc. Esta es, en realidad, la actual política de las *Naciones Unidas*, verdadero monumento de la doctrina rooseveltiana.

»Pero Kennedy, personalmente, no se mostró hasta la fecha partidario de esa doctrina. Cada vez que puede, la niega. En su cualidad de hombre que luchó duramente en la guerra, no se muestra tan *idealista*. Existía en los Estados Unidos, a partir de Wilson, la tradición de tener en los momentos más graves presidentes enfermos o paráliticos. Kennedy ha roto esta tradición nefasta.

»A causa de su posición personal, Kennedy tuvo que hacer su Gabinete en largas negociaciones dentro del partido. La señora Roosevelt está representada por los ministros del Trabajo y de la Educación y, lo que parecería curioso, también por Dean Rusk, secretario de Estado; por Adlai Stevenson y Harriman, que no pertenecen al Gobierno, pero serán activos. Además de éstos, el rooseveltianismo dispone de todo un mundo y muchos mundillos, de la Prensa, con periódicos como *The New York Times*, o periodistas como Lippman, y de una horda de «chicos listos», que saben embrollar muy soviéticamente las noticias. Kennedy se ha reservado en primer lugar lo más importante para la seguridad de la nación: la Justicia, donde está su hermano. Este Departamento tiene una capital importancia en la vida nacional americana. La famosa F. B. I. depende de él.

»Un fuerte apoyo tiene Kennedy en Lindel Johnson, su vicepresidente, hombre no menos hábil y experimentado que Nixon y amigo personal de Kennedy. El valor de este hombre puede juzgarse por su sacrificio: aunque de mayor edad y apto para presentarse como candidato, con éxito, cedió en favor de su amigo, cuyas ideas comparte y cuya energía le parece provechosa para la nación...

asegure el placer de sus viajes

Al viajar, la seguridad de usted
y los suyos descansa sobre los
neumáticos de su coche.

Asegúrese con **GENERAL**
"Super Suave".

- Para más rápido y seguro.
- Extraordinaria flexibilidad.
- Banda blanca más elegante.



Neumáticos

GENERAL

PROTEGEN VIDAS

Opiniones convergentes

Estremece el pensar que, con táctica diabólica, muchos de nuestros actuales dirigentes sociales hayan tragado el anzuelo comunista y que de un momento a otro el ambiente de odio, de barbarie y de ferocidad que ha invadido claramente a una de las Repúblicas hermanas invada nuestro suelo mexicano. Ya padecemos la enfermedad; ya hace tiempo, mucho tiempo, que el cáncer se ha ido infiltrando entre nosotros: desde que el liberalismo y el laicismo tomaron carta de nacionalidad, ante el mundo entero, estamos dando el espectáculo de ser una avanzada del comunismo ruso y ateo. Pero aún, a Dios gracias, nuestro pueblo, en general, no se ha apartado de Dios y sigue obediente a la Iglesia.

Doctor M. MARTÍN DEL CAMPO, *Obispo de León, México.*

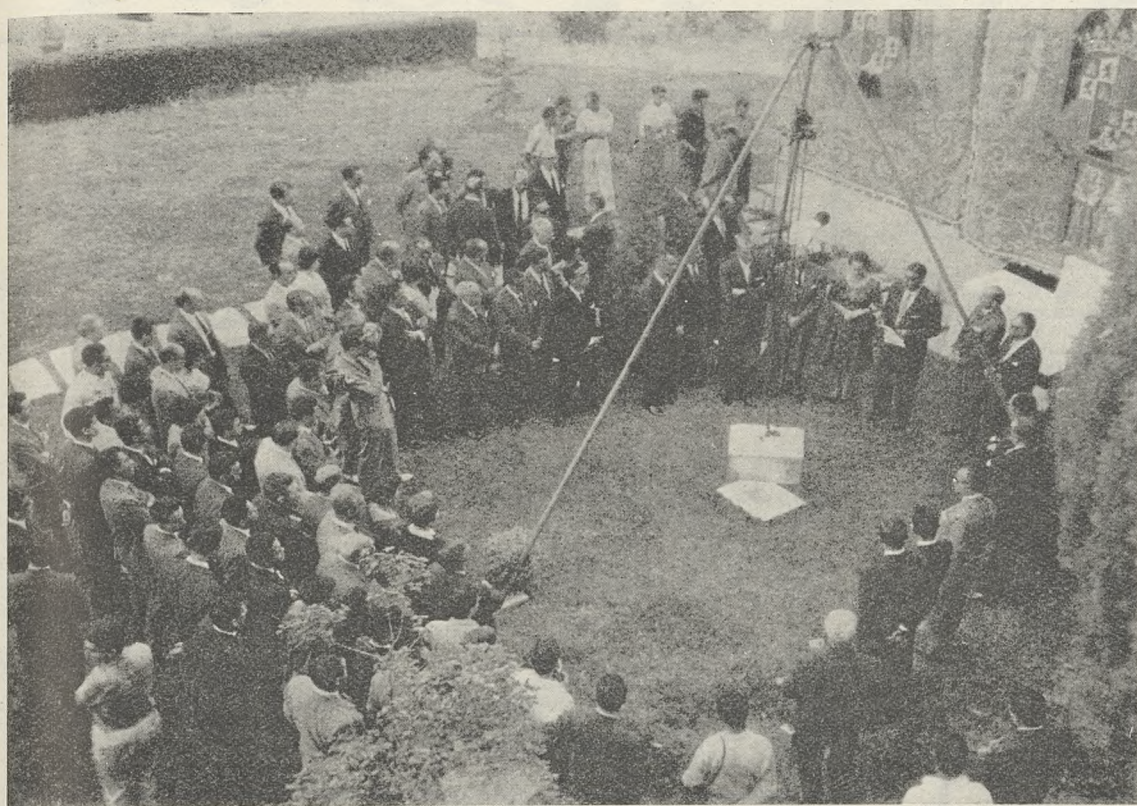
Ningún país subdesarrollado pensaría ni remotamente en la fórmula marxista como posible solución a sus males si conocieran las interioridades del mundo comunista.

KURT HANSSEN, *Periodista alemán.*

En estos días y noches de inquietud, causados, inútil decirlo, por los arrogantes, descarados e impíos paganos de Moscú, desearía honrar y felicitar a un pueblo grande y valiente y a su dirigente, con motivo del XXV aniversario, por haber rechazado y aniquilado las hordas ateas del comunismo en sus fronteras al enorme precio de un millón de muertos. Me refiero a España, nuestro amigo histórico y tradicional, y a su gran dirigente el Generalísimo Francisco Franco —reconocido por nuestros más destacados militares como uno de los mejores hombres de ciencia militar y estrategia de esta o de cualquier otra época—. He conocido y hablado con el General Franco y no tengo la menor vacilación en decir que posee el instinto y la experiencia de un estadista y que ha rendido con total abnegación un servicio eficaz y humanitario al pueblo español en el último cuarto de siglo...

El mundo libre nunca podrá recompensar adecuadamente al pueblo español y al General Franco por los tremendos sacrificios que durante la Guerra Civil hicieron en sangre, vidas y propiedades con el fin de defender la causa de la libertad y de la cristiandad.

Mr. CAPEHART, *Senador republicano por Indiana, Estados Unidos.*



Con asistencia de diversas personalidades españolas y colombianas se procedió a la colocación de la primera piedra del Colegio Mayor Colombiano Miguel Antonio Caro

Colegio Mayor Colombiano, en Madrid

El día de la fiesta nacional de Colombia, bajo la advocación de la Virgen de Chiquiniquiyá, Patrona de aquel país, fue bendecida por el arzobispo colombiano, doctor González Arbeláez, la primera piedra del Colegio Mayor Colombiano Miguel Antonio Caro, que se levantará en la Ciudad Universitaria. En el acto hicieron uso de la palabra el ministro de Educación de Colombia, señor Ocampo, y el ministro español de Educación Nacional, señor Rubio. El nuevo Colegio, con capacidad para ciento cincuenta alumnos, ha sido trazado al estilo de los edificios coloniales típicos de Colombia, aunque sus

instalaciones serán modernas y funcionales.

Asistieron también a este solemne acto el ministro de Educación de Costa Rica, señor Vargas Méndez; el presidente de la Diputación de Madrid, señor Marqués de la Valdavia; los embajadores de Colombia en España y de España en Colombia, señores Jaramillo y Sánchez Bella; el rector de la Universidad de Madrid, señor Royo Villanova; el embajador de Costa Rica, señor Pozuelo; el director del Instituto de Cultura Hispánica, señor Piñar; directores generales, miembros del Cuerpo Diplomático y otras personalidades.

SEGOVIA, AGRADECIDA

En el número 160 de MUNDO HISPÁNICO se ha publicado un artículo con el título «Segovia en tres tiempos», que causó grata impresión, agotándose inmediatamente los ejemplares en aquella ciudad.

Posteriormente, Radio Segovia dedicó a MUNDO HISPÁNICO un editorial cordialísimo, y ahora recibimos del Alcalde una comunicación, que también agradecemos, trasladándonos el siguiente acuerdo de la Corporación Municipal, y que reproducimos como testimonio del interés que en esta revista se siente por la exaltación de las ciudades y pueblos hispánicos:

«AGRADECIMIENTO Y FELICITACIÓN POR PUBLICACIÓN DE ARTÍCULO SOBRE SEGOVIA. Por unanimidad, se acuerda dejar constancia en acta de la satisfacción, muy grande, que a la Corporación ha producido el conocimiento y lectura del artículo «Segovia en tres tiempos», publicado en el último número de la prestigiosa revista MUNDO HISPÁNICO, y del que es autor el director de la misma, don Francisco Leal Insúa, y con tal motivo testimoniar a éste la cordialísima gratitud y más efusiva felicitación corporativas por aquel su bello y magnífico trabajo, pleno de valores, donde, aunando primores de estilo con la profundidad del concepto, se captan magistralmente, con fino espíritu observador y exquisito temperamento artístico, las bellezas y el alma de Segovia, constituyendo, en suma, un encendido y brillante canto de elogio a la misma y un incentivo para su visita.»

AMAR Y QUERER

Por Martín Alonso

Me preguntan, por carta femenina, la naturaleza semántica de estos dos verbos, *querer* y *amar*. En otras palabras más llanas: ¿cuál es el matiz diferencial y el uso propio de estas dos palabras, que mueven misteriosamente nuestra vida afectiva?

Amar es más abstracto. Adquiere un hábito de valor espiritual y un uso de superior categoría. Se ama la libertad, la soledad del campo. Se aman los libros, que son noticia y sabiduría. Se ama a Cristo en el Crucifijo y en el Sagrario, causa eficiente de los bienes del espíritu.

Querer es más concreto. Se quiere a un amigo. Tú quieres a tus padres y yo a los míos. Se quiere a la novia, y en el enlace matrimonial se pregunta: «¿Quieres a fulano por esposo?» «Sí, quiero.» El verbo *querer* es un término que en nuestro léxico se matiza mucho. *Querer la justicia* implica todo un procedimiento de actos y resoluciones. «Hasta que no se haga justicia, no estoy tranquilo.» Es un proceso concreto. En cambio, *amo la justicia*, porque en todos los casos deseo su cumplimiento. Estoy siempre de su lado. *Amar* es un verbo teórico, medio platónico y trascendental. *Querer* es un verbo eficaz, activo, de concreciones y realidades diarias.

Los latinos distinguieron entre *volo* y *amo*, *desidero* y *quaero*. *Volo*, en la voluntad, es la apetencia mental, la adhesión de nuestro juicio, la decisión o determinación para un acto: «¿Quieres ser bautizado?» «Sí, quiero.» *Desiderare* es echar de menos una cosa, la que más deseamos. *Quaerere* es buscar. Un perro sediento busca el agua. Es puro instinto. Con esta palabra se ha procurado representar lo mental, lo puramente fisiológico. Al desaparecer el verbo *volo*, se alza el *quaerere*, de donde proviene «querer».

En su procedencia latina, *amare*, amar supone la necesidad de tener a tu lado aquello que el trato continuo te ha impuesto. «¡Hemos comido juntos tantas veces! Y por eso te amo, porque el tiempo me ha ido estrechando lazos y afinidades.» De la misma raíz se origina *amigo* (*amicus*), un ser a quien amas en virtud del tiempo, de las acciones, de la admiración de sus cualidades, de la comprobación de su lealtad. Y ese verbo amar es el que ha pasado al español para expresar las grandes apetencias abstractas.

Unamuno hablaba de la *noluntad*, porque el origen de los verbos amar y querer tiene, aun negativamente, un resultado de proceso reflexivo, de postura decidida e inmovible. Son verbos radicalmente fuertes.

Quiero que estés a las siete en punto. Estamos a cada paso acariciando el verbo querer y se nos pasan los días y semanas sin recurrir al verbo amar. Entre los novios no se dice «Te amo», sino «Te quiero». Los une el cariño, que es un querer verdadero.

El *amo* es frío, estatuario, de solemnidad de lápida. El *quiero* es caliente, pasional. Tiene pulso, latido, llama y vibración. Está humanizado por tantos cariños a través del tiempo: el maternal, el filial, el de los novios y esposos: «Yo la quiero de veras. — Es la pura verdad. — No le digo yo al otro: — Anda y llamatela.»

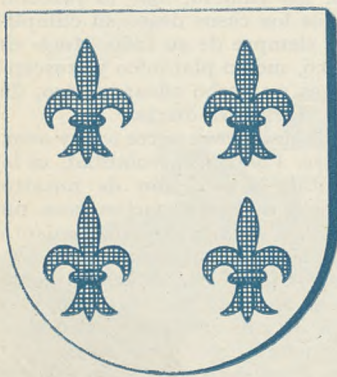
La gama de pasión vibra en todos los versos. Y el pueblo es el que menos disfraza la pasión.



CARLOS SÁENZ DE ITURBE, Cuenca (Ecuador).—Los Iturbe mexicanos descienden de Villarreal (Guipúzcoa), traen por armas: *en campo de plata, una banda de gules (rojo), acompañada en lo alto de una estrella de azul (azul); bordura de sinople (verde), con cinco conchas o veneras de plata.*

Tienen por tronco a don Juan de Iturbe, señor de Iturbe, en Villarreal de Urrechu, en el año 1472. Estuvo casado con doña Sancha de Irigoyen. Séptimo nieto de don Juan fue don Isidro de Iturbe y Zabalo de Zuazola, que casó con doña María Antonia de Mancisidor Irastorza, y trasladó su residencia a Vergara. Su nieto, don Francisco Antonio de Iturbe y de Heriz, bautizado en Vergara (San Pedro) el 20 de septiembre de 1768, casó con doña Josefa Anciola y pasó a México.

Pertenece a este linaje doña María de la Piedad de Iturbe y Scholtz-Hermensdorff, marquesa que fue de Belvis de las Navas, casada con el príncipe Max-Egon de Hohenlohe-Langenburg y Schönbor-Bucheim.



J. C. J., Guadalajara (México).—Los Jofre, llamados Jufre en un principio, son oriundos de Medina de Rioseco (Valladolid). Ramas suyas pasaron a Chile y a la Argentina.

Usan: *en campo de plata, cuatro flores de lis de sable (negro).*

GENEALOGÍA

I. Don Francisco Jufre de Loaysa, natural de Medina de Rioseco, que casó con doña Cándida de Montesa. Fueron sus hijos:

1. Don Luis Jufre de Loaysa, nacido en Medina de Rioseco, caballero de la Orden de Santiago.

2. Don Juan Jufre y Montesa, que sigue.

3. Doña Juana Jufre y Montesa, natural de Medina de Rioseco, que casó con don Cristóbal del Águila, caballero de Santiago.

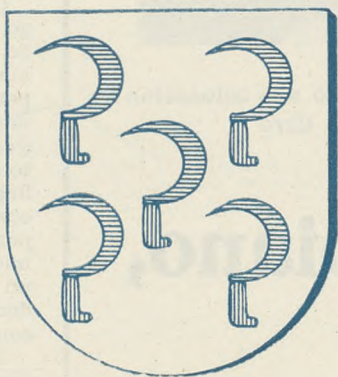
4. Don Diego Jufre y Montesa, también nacido en Medina de Rioseco; pasó a Indias, en 1555, con su mujer, doña Francisca López de Alarcón, y cinco hijos. Tomó parte en las guerras de Arauco y se avecindó en Cuyo (Argentina), donde fue encomendero. Fue su primogénito don Francisco Jufre y López de Alarcón, nacido en Medina de Rioseco en 1538; sirvió largos años en las campañas de Arauco y fue vecino fundador y primer alcalde de la villa de Chillán, en 1580. De su matrimonio con doña Mariana de Madariaga tuvo a doña Mayor Jufre de Loaysa, casada con don Álvaro Núñez de Pineda y Bascuñán, tronco de la familia Bascuñán, en

Chile. Hermano de don Francisco fue don Juan Jufre de Alarcón, nacido en Medina de Rioseco en 1540, capitán de las guerras de Arauco, casado con doña Isabel de Fuentes. Su descendencia radicó desde entonces en la Argentina, ocupando altos puestos en la Iglesia y en la Milicia.

5. Doña Inés Jufre y Montesa, nacida en Medina de Rioseco y casada con don Alonso de Avalos Mendoza. Con sucesión en Chile.

II. Don Juan Jufre y Montesa, nacido en Medina de Rioseco en 1516, paje del conde de Oropesa. Pasó a Indias en 1538, tomó parte en la conquista del Perú y acompañó a Valdivia a Chile en 1540. Fundó la ciudad de San Juan en la Argentina. Casó con doña Constanza de Meneses. Fue su hijo

III. Don Luis Jofre de Loaysa y Aguirre de Meneses, maestre de campo, fundador de la ciudad de San Luis (Argentina). En su matrimonio con doña Francisca de Gaete y Estrada tuvo a don Juan Tomás Jofre de Loaysa y Gaete (casado con doña Juana Linán de Vera y Miranda) y a don Diego Jofre de Loaysa y Gaete (casado con doña Ana Varas y Ponce de León). Los dos hermanos con numerosa y distinguida descendencia en Chile.



JUAN QUINCOCES, Avila.—Son los Quincoces oriundos de las montañas de Santander, de donde pasaron a Córdoba. Dícense de ellos los siguientes versos:

*El escudo de cinco hoces,
según la historia nos canta,
es de aquella antigua planta
del linaje de Quincoces.
No se encontró en toda España
más noble y más singular,
por que tienen su solar
en medio de la montaña.*

Traen, por consiguiente: *en campo de plata, cinco hoces de azul (azul), encabadas de gules (rojo), puestas en aspa.*



JOSÉ PASEIRO, Caracas.—Aunque no figura el apellido Paseiro, o Paxeiro, en ninguno de los Nobiliarios gallegos por mí consultados, persona de toda mi confianza en materia heráldica me afirma que usaron por armas: *en campo de azul (azul), un pájaro al natural.*
Con las reservas consiguientes, se lo transcribo a usted.

**JULIO DE ATIENZA,
Barón de Cobos de Belchite**

En atención a las múltiples cartas que recibimos con destino a esta Sección de Estafeta nos vemos obligados, para no demorar excesivamente la publicación de los avisos, a reducir, en lo sucesivo, los textos de nuestros anuncios, consignando exclusivamente sus nombres y direcciones.

Advertimos asimismo a nuestros lectores que, si desean una mayor amplitud de estos anuncios, consignando alguna particularidad sobre la clase de correspondencia que desean mantener o quieren que la publicación de los mismos sea con carácter preferente, deberán abonar a razón de dos pesetas por palabra, que habrán de remitir a la Administración de MUNDO HISPÁNICO en sellos de Correos, los anunciantes españoles, y en Cupones Response International, que les podrán facilitar en cualquier estafeta de Correos, los de los demás países.

Agradeceremos a los lectores que se sirven de estas direcciones que citen siempre, al iniciar su correspondencia, a la revista MUNDO HISPÁNICO.

ELEN LLUCHTO. Paseo de Calvo Sotelo, 18, 1.º Alcoy, Alicante, España. Desea correspondencia con caballero de cuarenta o más años, católico.

GODOFREDO FERNÁNDEZ BARBERO. Calle de la Cabeza, 32, Madrid-12, España.—Desea correspondencia con señorita de más de cuarenta años.

ANTONIO MARTÍNEZ SORIANO. Miguel Servet, 33, Albacete, España. Conductor de automóviles, de veintitrés años, que conoce toda España profesionalmente y con carnet de primera clase, internacional, se ofrece a particular o empresa del ramo para cualquier parte de España. Inmejorables referencias o informes. Escriban.

ANTONIA LLEVAT y ANTONIO JORDANA. Carmen Alta, 30, 1.º Reus, Tarragona, España.—Desean correspondencia en español para intercambio de sellos, postales, etc.

ELIZABETH MIRÓ. Saradini, 320. Santa Lucía. Departamento Canelones. Uruguay.—Joven de veinticuatro años, culta y con formación religiosa, desea correspondencia con caballero español.

JOSÉ ÁLVAREZ RAMÍREZ. Isidra Jiménez, 61. Madrid-19. España.—Desea tener amigos en todo el mundo para intercambio de ideas culturales, revistas, postales, etc. Contestará a cuantos amigos le escriban, en inglés o español, con preferencia del sexo masculino, aunque mantendrá correspondencia con señoritas, exclusivamente para intercambio cultural.

MARÍA LUISA MARTÍNEZ. Apartado de Correos 4. Benetuser, Valencia, España.—Señorita de treinta y dos años, desea correspondencia con personas de ambos sexos. Fines culturales.

INDALECIO BAÑUNA. Unanderra. Hostel. Wollongong. N. S. W. Australia. Desea correspondencia con señoritas de cualquier parte del mundo.

MARÍA I. C. Carnet de identidad número 13.577.614. Lista de Correos. Ávila, España.—Desea correspondencia espiritual con lectores de formación moral. Mayores de veintiocho años.

HENRIK NILSSON. Box 5, Tvärålund, Suecia.—Solicita correspondencia con estudiantes iberoamericanos, en español o portugués.

Rafael Ruz y Cándido Fernández. Apartado 10. El Escorial, España.

Armando Coelho Silva. Aerodromo Base. Aeropuerto. Lisboa-5. Portugal.

A. F. G. B. Casilla 565. Concepción, Chile.

Juan Sáez. Segura, 22. Alicante, España.

Georgina Zaldívar. General Gómez, 446, Camagüey, Cuba.

Antonio Pérez Lale. Tercio Duque de Alba. Tercera compañía, cuarta bandera. Ceuta, España.

Enrique Albi. San Miguel, 7. Valencia, España.

José Chaves. Rua Alexandrino Cavalcante, 224. Campina Grande. Paraíba. Brasil.

Gilberto Gonçalves. Av. Getúlio Vargas, 344. Campina Grande. Paraíba. Brasil.

Carol Brown. 89, Brampton road. West Neltan. Nr. Rotherham. Iobshire, Inglaterra.

Gládis Dihl. Av. Carneiro da Fontoura, 88. Porto Alegre, Río Grande do Sul, Brasil.

Luis Santos Carrascal. Cuartel de Serrallo. Ceuta, España.

María Teresa Maspocho. A. Clavé, 3. Mahón. Menorca, España.

Francisca Pons. Doctor Orfila, 27. Mahón, Menorca, España.

María del Carmen Barco Trillo. Ibiza, número 39. Madrid-9, España.

Javier Dols Moral. Roger de Flor, 162. Sabadell, Barcelona, España.

Alfredo Macías Macías. Av. de Cristóbal Colón, 134. Huelva, España.

Vicente Martínez Tudón. Muntaner, 82. Barcelona-11, España.

Justo Barreto Viera. Apartado de Correos 23. Arrecife, Lanzarote, Canarias, España.

BUZÓN FILATÉLICO

ANTONIO MIELGO. B. Purificación, 61. Bilbao, España. Cambia sellos de Correos.

FELY JIMÉNEZ SAMANIEGO. Plaza de España, 10. Llera, Badajoz, España. Desea intercambio de sellos de todo el mundo.

CARLOS LÓPEZ RODRÍGUEZ. Meléndez Valdés, 43. Madrid-15, España. Envía 50-100 sellos de España o Europa contra la misma cantidad de Venezuela.

ALFREDO CURBELO. José Ellauri, número 166. Montevideo, Uruguay. Envía 100 sellos de Uruguay o universales contra la misma cantidad de cualquier país.

CARLOS AGUSTÍN SARRADELL. Wheelwright. Santa Fe. F. C. G. B. M. Argentina.

EFRAÍN GÁNDARA CALDERÓN. Calle Felipe Ángeles, 26. Cd. Saucillo, Chihuahua, México.

No tiene rival..



ACEITE PURO DE OLIVA

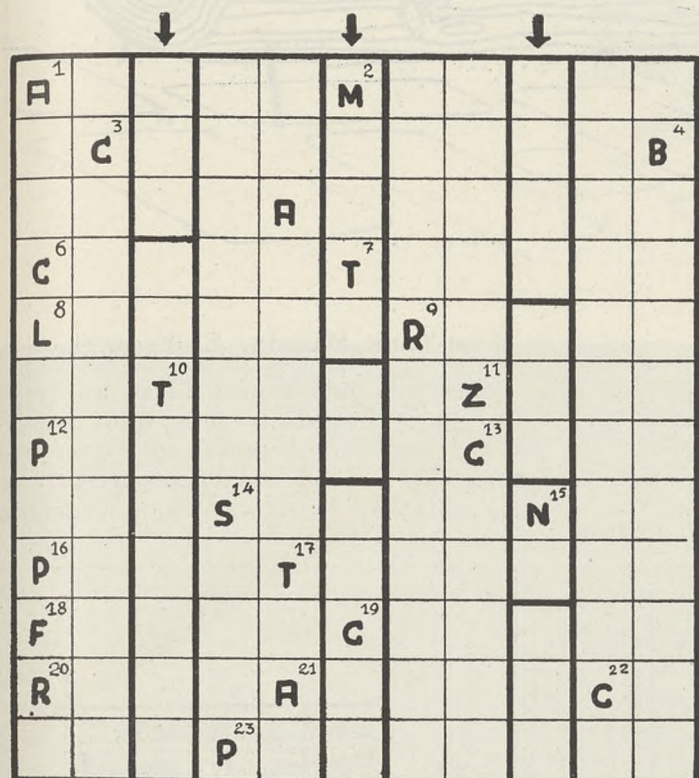
CARBONELL Y CIA.

CORDOBA

PASA TIEMPOS

Por PEDRO OCÓN DE ORO

PENSAMIENTO ESCONDIDO (Patentado)



MODO DE RESOLVERLO

Colóquense en el encasillado las palabras correspondientes a las definiciones, teniendo en cuenta que cada palabra empieza en la casilla en que figura su número y acaba en la casilla anterior a la del número siguiente. Las letras que figuran en el encasillado son, por tanto, las iniciales de las palabras. Una vez determinadas correctamente todas las palabras, leyendo en sentido vertical las tres columnas señaladas con flecha y trazo más grueso aparecerá *Un pensamiento de Clemente XIV*.

DEFINICIONES

1. Calor grande.—2. Biombo movable.—3. Dícese de los cuerpos sólidos que blanquean al estar muy encendidos.—4. Rollo de metal sin labrar.—5. Instrumento para ver objetos lejanos.—6. Estampa de varios colores.—7. Espanto, pavor.—8. Brillo.—9. Inspección.—10. Límites.—11. Se extrae de algunas frutas.—12. Indicio, señal.—13. Medida de capacidad para áridos.—14. Antiguo coche de punto.—15. Embarcación.—16. Bolita pequeña de cristal.—17. Sobresaltóse.—18. Conjunto de las plantas de un país o región.—19. Lámpara de aceite.—20. Asiento sin respaldo.—21. En este momento.—22. Embarcación muy ligera.—23. Hacer diligencias para conseguir algo.

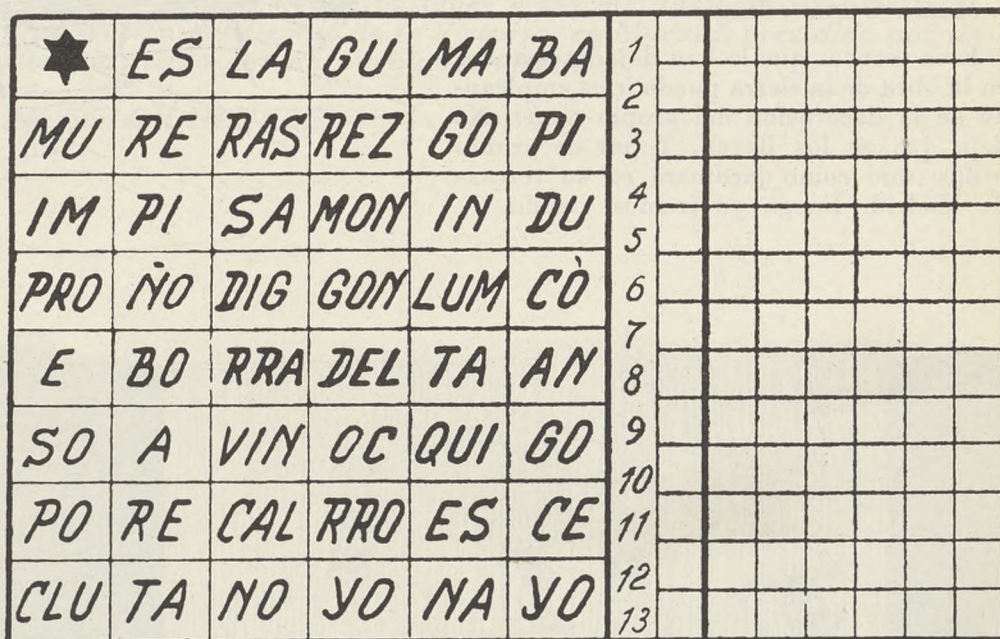
SOLUCIÓN

«Dar ostentosamente es mucho peor que no dar.»

PENSAMIENTO

1. Ardor.—2. Mamparara.—3. Candentes.—4. Barra.—5. Ante-ojo.—6. Cromo.—7. Terror.—8. Lustre.—9. Requisa.—10. Topes.—11. Zumos.—12. Premisa.—13. Celemin.—14. Simón.—15. Nao.—16. Pita.—17. Turbóse.—18. Flora.—19. Candil.—20. Raso.—21. Ahora.—22. Canoa.—23. Procurar.

O CONOGRAMA (Patentado)



MODO DE RESOLVERLO

Fórmense en las casillas numeradas de la derecha las palabras (todas de siete letras) correspondientes a las definiciones, tomando para ello las sílabas necesarias de entre las que figuran a la izquierda. Táchense las sílabas que se vayan utilizando. Una vez determinadas correctamente todas las palabras, las sílabas que sobren a la izquierda, leídas en orden, formarán el título de una famosa poesía, y leyendo verticalmente la primera letra de dichas palabras (columna señalada con trazo más grueso) aparecerá el nombre y primer apellido de su autor.

DEFINICIONES

1. Diente de ajo.—2. Sazón.—3. Dícese del trabajo muy duro o excesivo.—4. Dolor reumático que ataca generalmente a los riñones.—5. Perverso, odioso.—6. Especie de flautín.—7. Molusco acéfalo pequeño y comestible.—8. Pieza de cuero para proteger una parte del cuerpo contra roces o quemaduras.—9. Arañazo.—10. Preso.—11. Composición poética que antiguamente se recitaba delante de un cadáver.—12. Conjunto de caballos destinados a un cuerpo militar.—13. Cabellera arrancada de la piel, que es trofeo de guerra entre los pieles rojas.

SOLUCIÓN

1. Espígón.—2. Madurez.—3. Improbo.—4. Lumbago.—5. Indigno.—6. Octavín.—7. Coquina.—8. Angorra.—9. Rasguño.—10. Recluso.—11. Epiceyo.—12. Remonta.—13. Escalpo. Poesía: *La musa del arroyo*.—Autor: Emilio Carrere.

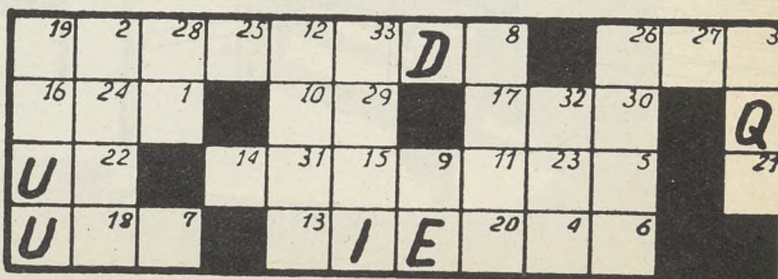
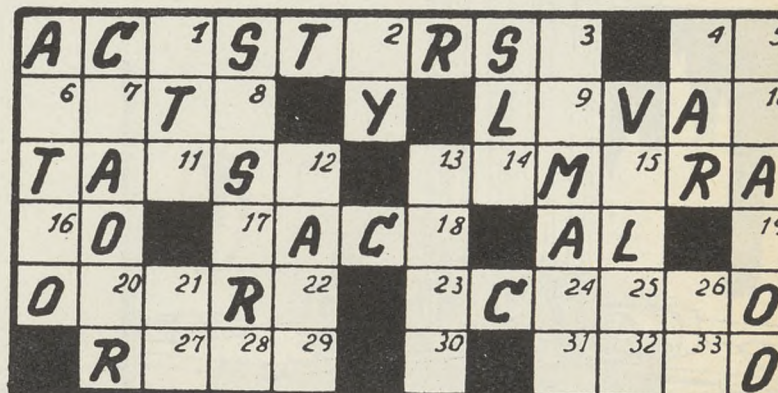
DOBLE REFRÁN (Patentado)

MODO DE RESOLVERLO

Complétense en el primer encasillado las letras que faltan hasta formar un refrán. Trasládense después dichas letras, según su numeración, al encasillado inferior, y en éste quedará formado otro refrán.

SOLUCIÓN

Primer refrán: «Acos-tarse pronto y levantarse temprano, hace al hombre activo, rico y sano.»
Segundo refrán: «Haciendo viento, no hay que esperar buen tiempo.»



CONSULTORIO DE DECORACION

JOSÉ M.^a TOLEDO

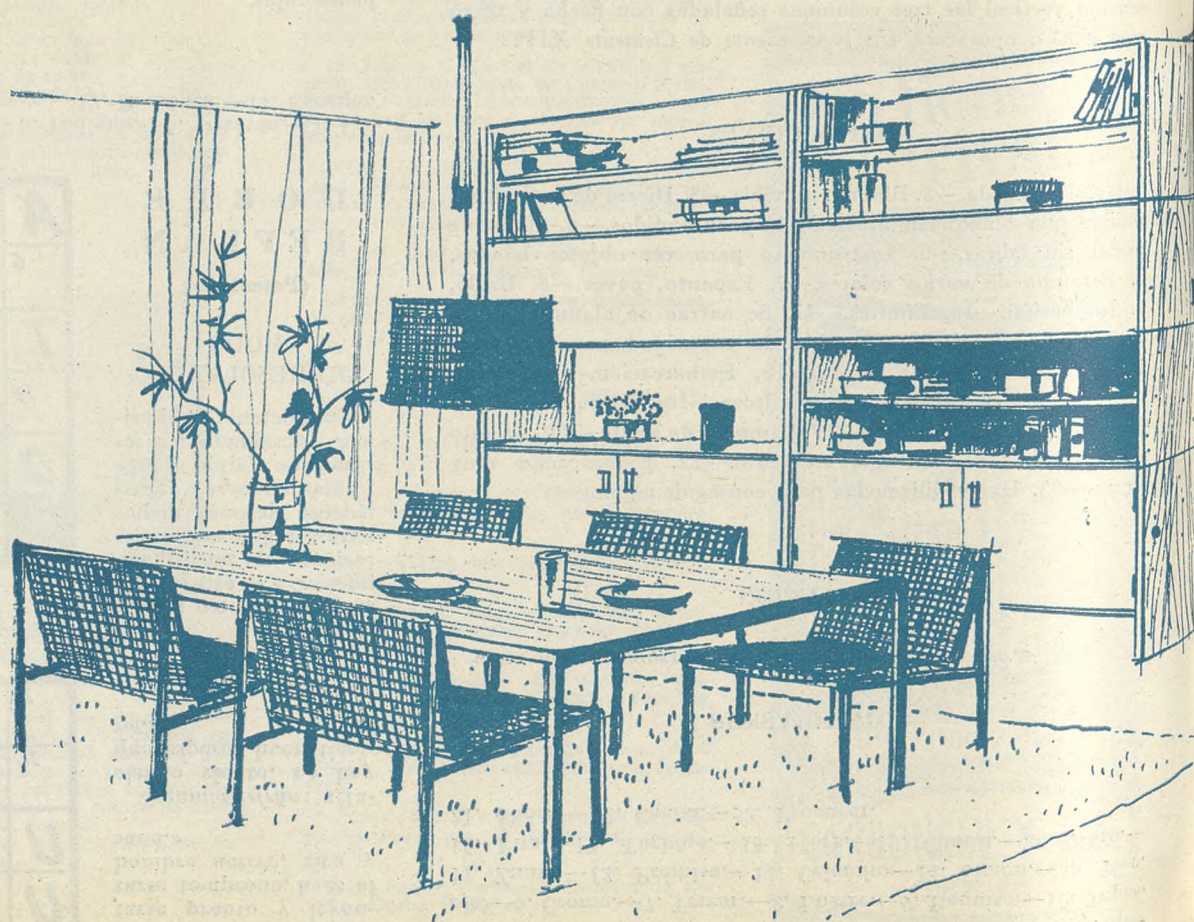
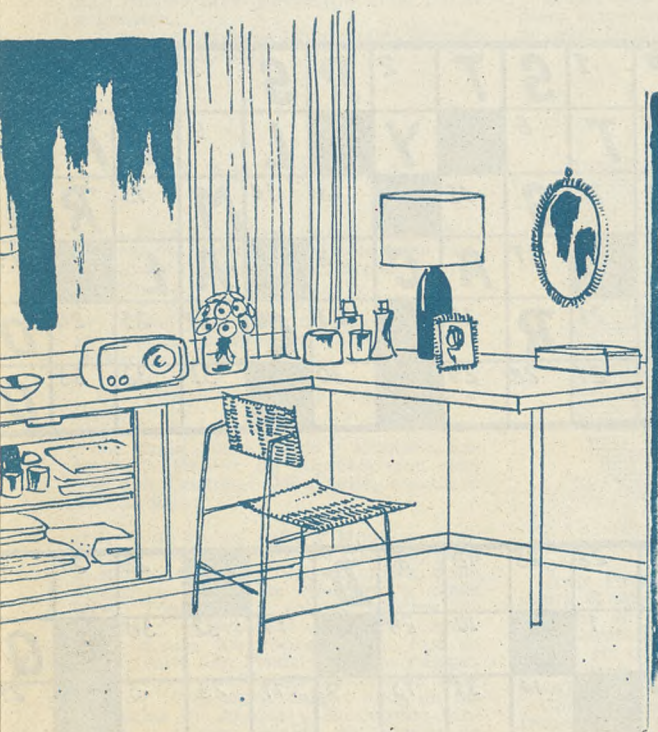
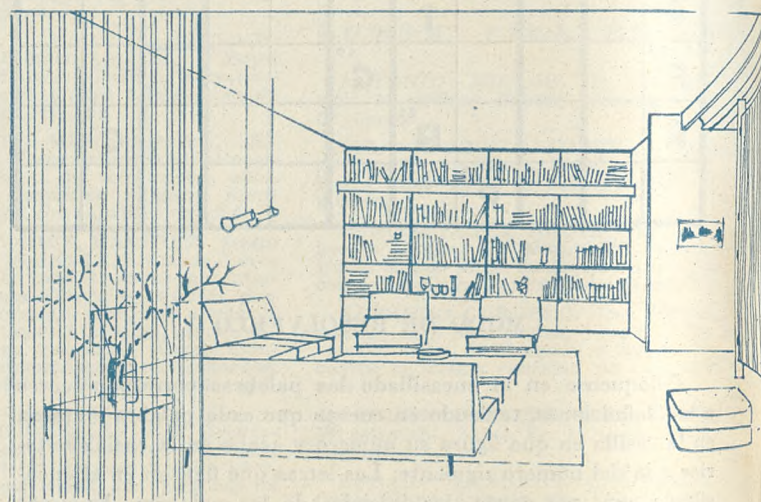
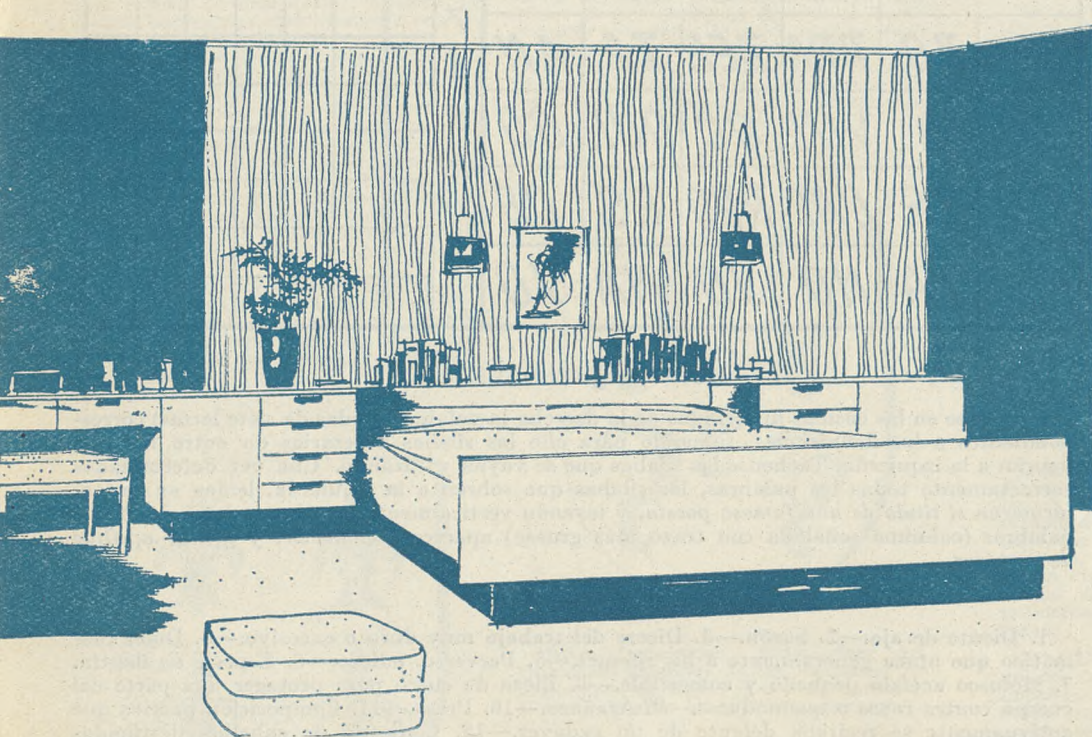
MARÍA DURÁN. Madrid.

Esos troncos que le han dejado cortados en la obra de la sierra puede irlos empleando en la decoración del propio chalet. No deje que se los lleven. Y por de pronto utilice uno como jardinera en su terraza de Madrid. Luego ya iremos viendo.



MARI-TERE MARTÍN. El Escorial.

Como me pide tantas ideas no tengo sitio para contestarle más que gráficamente; esto no obstante, creo que todo queda explicado de una manera bastante clara. Si así no fuera, vuélvame a escribir.

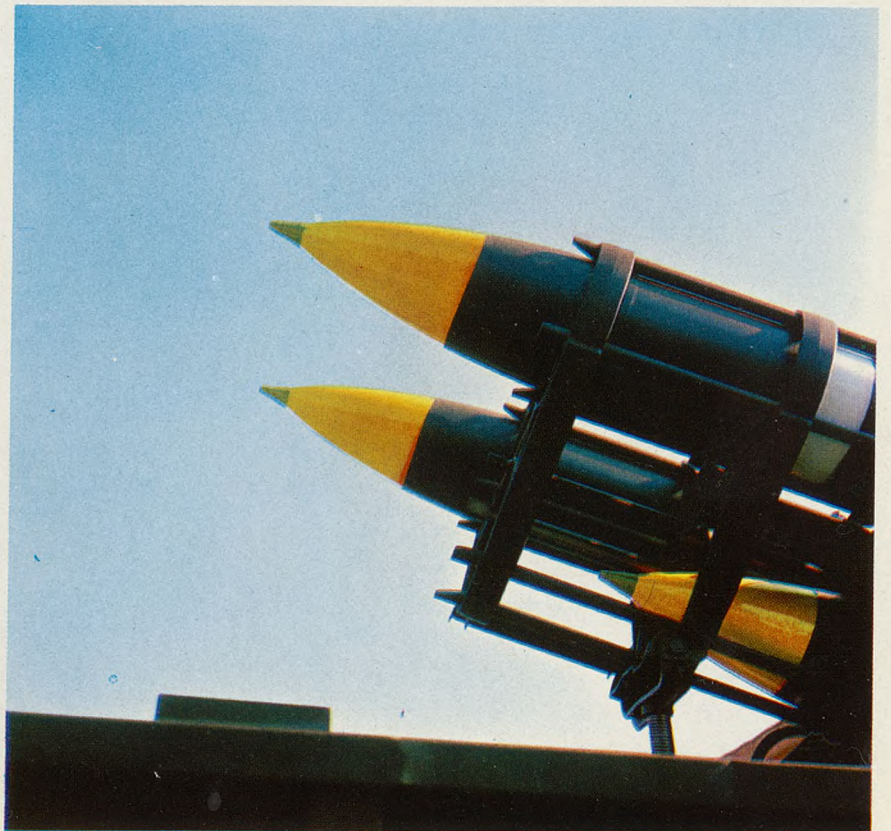
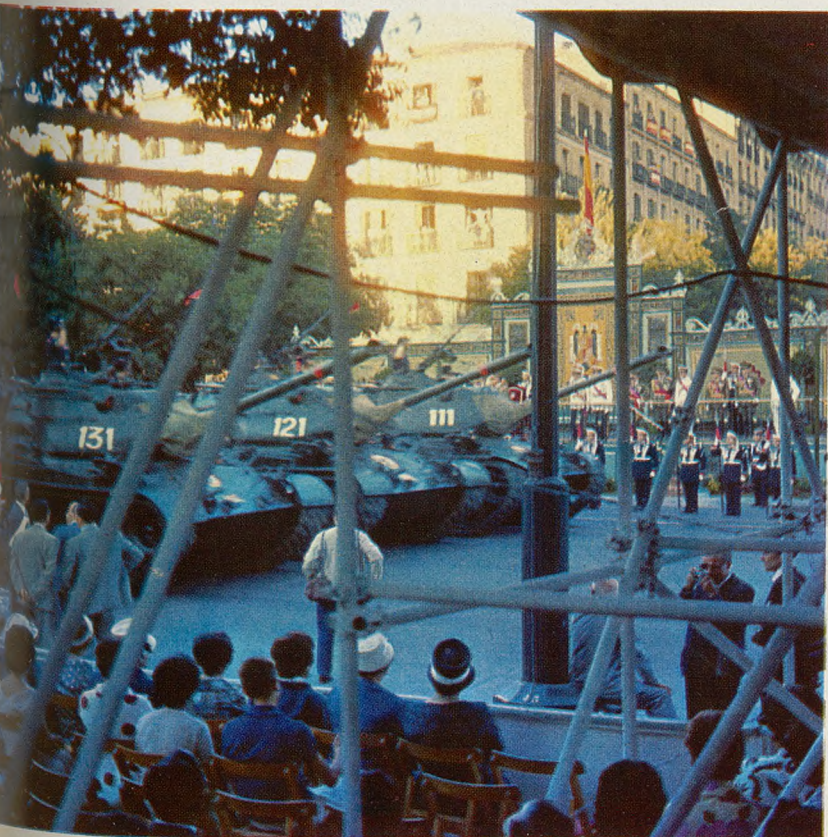


ESPAÑA, GRAN POTENCIA

(Viene de la pág. 2.)

De ahí que en la hora presente los tanques, la aviación y los proyectiles, precediendo a 20.000 soldados, hayan rubricado esta obligación hispánica en el aire y en la tierra —así como los barcos y submarinos en el mar, durante la «Operación Foca»— de disuadir al comunismo internacional de cualquier golpe de fuerza en Europa. Y también en América, pues ya todos los pueblos velan sus armas para que en el mundo no haya guerra y para que el brutal imperalismo soviético sepa que si da un paso más será el comienzo de su propia destrucción. Frente a cualquier penetración totalitaria, el mundo libre tiene el derecho y el deber de defender sus libertades y sus instituciones tradicionales. Esta fue la gran lección del Desfile de la Victoria, en Madrid, presidido por un Héroe histórico y asistido por un pueblo inmortal.

FOTOS EN COLOR HENECÉ





Aceite de oliva español...

GARANTIA DE CALIDAD

El aceite de oliva español, da a las carnes una insuperable succulencia

Solicite recetario al:

INSTITUTO PARA LA PROPAGANDA EXTERIOR DE LOS PRODUCTOS DEL OLIVAR
ESPAÑOLETEO, 19 • MADRID - 4 (ESPAÑA)